

The background of the cover is a painting of a woman's face in profile, looking down with her eyes closed. The color palette is warm, with shades of red, pink, and brown. Overlaid on the right side of her face is a translucent, blue-tinted version of the same face, also with closed eyes, creating a spectral or 'ghost' effect.

Pedro de Matos


Círculo Rojo
EDITORIAL

El beso del fantasma

Ayuntamiento de Madrid



Pedro de Matos es escritor, fotógrafo, guionista y autor de cómics. Nació en Cádiz, en 1979, y poco después empezó a inventar historias. Pensó que escribir novelas sería la forma más fácil y rentable de transmitir las, y dedicó a ello más horas de clase de las que está dispuesto a confesar. Le gusta escribir sobre la gente normal a la que le pasa cosas muy raras y odia hablar de sí mismo en tercera persona.



Círculo Rojo

El beso del fantasma

El beso del fantasma

Pedro de Matos



Círculo Rojo
EDITORIAL

Ayuntamiento de Madrid

Primera edición: octubre 2017

Depósito legal: AL 2026-2017

ISBN: 978-84-9175-748-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pedro de Matos Manzanera

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de cubierta: Marta Mesas

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Ayuntamiento de Madrid

Para Anabel,
por mostrarme la Vida y la Muerte...
... y porque te quiero tela...

Y para el Pipa.

Lo he sentido una vez más.
Me está abrumando.
Su espíritu como el viento.
El ángel que me guarda.
Oh, lo sé... oh, lo sé...
Él vela por mí.

-Iced Earth, *Watching Over me* -

Nota

Algunos meses después de terminar de escribir esta novela, mientras se encontraba en proceso de repaso, recibí una de las noticias más duras, a la vez que inesperadas, de mi vida.

Mi amigo Javi había muerto.

Yo conocí a Javi ocho años atrás.

Había quedado con mi amigo David y él se trajo a un viejo colega.

El chaval, al principio, chocaba, pero en seguida se hizo con todos nosotros.

Sí, era raro, pero, ¿es eso un defecto? Para mí pocas virtudes son mayores.

Si me pusiera a contar todas las cosas de Javi, todas las que liaba, todo lo que vivimos juntos, seguramente olvidaría demasiadas de ellas mucho antes de que os hiciérais una mínima idea de qué era ese fenómeno al que, cariñosamente, llamamos Javichu.

Espero que baste decir que era locura, vida, alegría y diversión.

No paró de ser el alma de la fiesta ni cuando se veía postrado en su cama por su enfermedad, enganchado a una bombona de oxígeno. Ni cuando su debilidad era mayor que su voluntad.

Él estaba ahí, y pensamos que siempre estaría.

Al menos, nunca imaginamos que se nos iría tan pronto...

Por eso, cuando aquel lunes David me sacó prácticamente de la ducha para darme la noticia de su muerte, no pude evitar que el

mundo se me cayera encima. Luego reaccioné, aquello no podía ser...

Aunque me había despegado bastante de la pandilla del instituto, hacía sólo una semana que le vi... una semana, después de tanto tiempo...

Y sí, estaba mal... pero no podía ser... Javi no podía estar muerto...

No podía creérmelo, ni aún cuando en el Tanatorio nos reunimos sus amigos con su familia, a llorar en nuestra incredulidad.

Empecé a aceptarlo al día siguiente, cuando cargué con su ataúd del coche al interior de la iglesia y de nuevo al coche, y supe que nunca más escucharíamos su risa cuando se cerró la puerta del horno crematorio.

Algo de todos nosotros estaba muriendo con él.

Pero su recuerdo seguirá siempre vivo. Como cuando recordábamos, esperando que su cuerpo se redujera a cenizas, aquellos partidos de fútbol en que se tragaba más balones de lo imaginable, o cuando íbamos de barbacoa, cuando nos crispaba los nervios, cuando nos ponía *Al amanecer* hasta la desesperación, cuando decía lo de las empanadillas que corrían por la orilla, cuando nos hacía pasarlo tan condenadamente bien...

Recuerdo que Javi me dijo hace tiempo, antes de que su enfermedad se manifestase, que, cuando muriera, prefería ir al Infierno, porque el Cielo tenía pinta de ser un sitio muy aburrido...

Lamento pensar que su deseo no se cumplirá, porque este chavalito hizo mucho bien a la gente que tuvo cerca.

Nada, tío... que vas al Cielo...

...

...

...

Allí arriba no saben lo que les espera...

Esto también va por ti, Javichu. Un abrazo.

I

Me llamo David Rojo Cano. Nací el 23 de noviembre de 1986 en Alcidia, Cádiz. Tengo, por tanto 19 años.

Y no cumpliré más.

Hace seis semanas, morí.

Suena raro, ¿verdad? "Morí". A veces me pregunto si estará bien dicho así...

Pero vayamos por partes. Confieso que puede parecer raro el que un muerto, que ni tan siquiera puede posar sus dedos en un teclado, aún menos sostener un bolígrafo, os cuente esta historia. Pero para eso debo agradecer la ayuda desinteresada, y poco voluntaria, de alguien cuya identidad permanecerá, al menos de momento, discretamente omitida.

Como ya dije, hace seis semanas, el 14 de mayo del año 2005, mi vida acabó. Era un sábado más. Nada especial. Hasta que, mientras volvía con mis amigos de una noche por Cádiz, supuestamente de divertirnos, un coche nos adelantó en la autovía. Estaba claro que el conductor iba borracho, o colocado, porque, al incorporarse al carril, dio un frenazo, hizo un trompo, y nos dio de lleno. Los dos amigos que me acompañaban salieron del hospital a los pocos días. Yo no llegué a entrar.

Tengo vagos recuerdos de ese momento. Me arrastraba entre los enfermeros, médicos y policías pidiendo ayuda, pero no me hacían caso alguno. Entonces me vi a mí mismo tirado en el asfalto, la mirada perdida, la cara ensangrentada, inerte.

Aún así no pude admitir que estaba muerto.

También pude ver al responsable de mi muerte. Estaba siendo atendido por tantos sanitarios como los que intentaron, en vano, devolverme a la vida.

El muy hijo de puta era el que mejor había quedado de los cuatro.

Quise gritar. Pero ni un sonido salió de mi garganta más allá de un gemido agónico.

¿Qué iba a pasar ahora? Todo había terminado. ¿Pero qué fue del túnel, de la película de la vida, la luz, el cielo o el infierno?

No hubo nada de eso. Sólo yo, ante mi cadáver, escuchando los llantos de mis amigos, diciendo que aquello no era posible, que no era más que una pesadilla.

Deseaba que tuvieran razón. Pero, en el fondo de toda esa esperanza, sabía que no iba a serlo.

Cuando quise darme cuenta, todo aquel alboroto había cesado. La carretera estaba cortada, y allí sólo quedaban unos miembros de la policía. La prensa no llegaría hasta la mañana siguiente, dispuestos a contar una nueva tragedia en las carreteras del sábado noche.

Y tenía frío.

De repente, tuve frío. Pero no un frío que te rodea y que hace que desees abrigo más que otra cosa. Ojalá fuera eso.

Ese frío nacía de mi interior. Y supe que nada, a lo largo de la eternidad, mitigaría ese frío.

Los días siguientes fueron como un sueño. Ya sabes, uno de esos de los que despiertas y sólo guardas algún recuerdo, poco claro, que sólo aparece cuando menos te lo esperas.

Lo único que tengo claro en mi memoria fue mi funeral.

Fue bonito. Para qué negarlo...

En la iglesia de mi barrio, con todos mis amigos y mis familiares. Una gran foto mía de la pasada nochevieja, vestido con mi traje negro, con la sonrisa del que no sabe que en medio año sólo quedará de él el recuerdo.

Y la música. Nunca pensé que respetarían mi deseo, y pondrían *Watching Over me* de Iced Earth al principio, y *Brothers in Arms*, de Dire Straits, al final.

Hasta yo me conmoví.

Y, sentada en la segunda fila, llorando sin consuelo, Ana.

Ana nunca gustó a mi familia, y yo nunca comprendería por qué. Tal vez porque yo nunca gusté en la suya.

"Puedes aspirar a algo más", le decía su familia.

"Apuntas demasiado alto", me decía la mía.

Nunca les entendimos. O nunca nos importó entenderles.

Pero no les escuchábamos. Qué más daba, después de todo. Lo único que importaba era que éramos felices. Bueno, a veces...

Pero, al verla llorar en mi funeral, supe que yo nunca más lo sería.

Tal vez eso sea peor que morir: saber que en toda la eternidad no volverás a tener razones para sonreír.

No. Sin duda. Es peor.

Ver las lágrimas de Ana... eso no podía ser superado. Normalmente, cuando lloraba, la rodeaba entre mis brazos. Y, si no conseguía consolarla, acabábamos llorando juntos. Aunque, por lo general, bastaba el abrazo y unos besos para devolverle una sonrisa.

Pero ahora no habría forma de hacerla sonreír.

Ahí la veía, tan bella, vestida de negro, tan negro como su cabello ondulado, sus ojos castaños, adornados con tristes ojeras y rodeados del rojo producto de tanto llanto. Sus labios temblando mientras las notas de la primera canción comenzaban a sonar. La mirada perdida, ladeando la cabeza, sin admitir que yo ya no estaría a su lado para consolarla.

Pero ahí estaba yo. Sufriendo su pena más que mi muerte.

Y sin poder hacer nada...

También mis padres, mis hermanas y mi cuñado estaban allí, hechos una piña. Consolándose mutuamente. Incluso culpándose sin motivo de mi desgracia.

Y yo no podía decirles que no tenía sentido. Que no había sido su culpa. Ni mía. Y Ricardo, uno de mis mejores amigos, el que conducía esa noche y no fue capaz de esquivar esa muerte de metal rodante que acabó conmigo, con su pierna rota escayolada, que se negaba a que nadie firmara, y Manolo, que estuvo a punto de perder su ojo izquierdo junto con los dos dedos que ahora le faltaban en esa mano, y que iba de copiloto.

A ellos los vi más afectados incluso que a los demás. Pero verlos vivos fue, quizá, lo único que me hizo soportable estar allí.

Yo iba sentado atrás. Sin cinturón. No había cinturón atrás. Cuando la puerta se abrió con el impacto, yo salí disparado, caí contra el asfalto, y rodé hasta morir. Eso lo recordé en ese momento.

Me acerqué a Ana. No soportaba verla así. Pero, si ella sólo podía sentir dolor, al menos, yo lo sentiría junto a ella. Así que me senté a su lado, en un asiento libre.

Y lloré.

Lloré tanto como ella, pues no podía decirle que no pasaba nada, que todo se arreglaría, que mañana será otro día. Y no sólo porque no pudiera oírme, sino porque yo no lo creía.

No es fácil aceptar que las peores pesadillas son la nueva verdad.

Aún menos saber que lo serán siempre.

II

Era el más insulso sábado noche de marzo. De esas noches en las que el tiempo no parece tener muy claro si es invierno o primavera.

En Alcidia, la juventud tomaba de nuevo las calles, en un intento de liberarse de las preocupaciones y rutinas del resto de la semana.

Un coche pasó demasiado cerca de una muchacha que pretendía cruzar la calle, y tal vez se hubiera llegado a la tragedia si un brazo amigo no la hubiera agarrado de la cintura, tirando de ella con firmeza y suavidad.

—¡Ten cuidado, gilipollas! — gritó alguien desde el vehículo.

—¡Que no me cago en tu padre por no darte pistas, hijo de puta! — respondió la chica.

Se giró para dar las gracias al amigo que la salvara, pero se sorprendió al ver a un completo desconocido.

—Oh, vaya... — dijo ella -. ¿Quién eres? No te conozco.

—No, no... Pero bueno... No sé...

El muchacho pareció darse cuenta entonces que seguía con su mano en la cintura de la chica, aunque pasó de rodearla a sólo posarla sobre la suave piel un poco más arriba de la cadera.

Y la quitó con un ligero respingo.

—Perdona — se excusó el chaval.

—No, no pasa nada — sonrió la chica.

Tenía la chica los ojos de color castaño, más grandes, más intensos que los azules de él. El pelo de ella era negro como la pupila de un lobo, y caía libre y ondulante como el viento de la noche. Negras eran también sus ropas, raso, lana, cuero y algodón, como las de él, cuero y vaquero. Su pelo salvaje y oscuro, sus azules ojos penetrantes.

Podría ser sólo a primera vista cuando cualquiera podría pensar que estaban hechos el uno para la otra.

—¡Quilla, que nos vamos! — advirtió a la muchacha uno de sus amigos, una vez pareció que todo iba volviendo a la normalidad.

—Sí, claro... Muchas gracias — dijo volviéndose al muchacho —. Ya nos vemos — y se despidió con un gesto de la mano y una sonrisa.

Y ahí quedó él, rodeado de sus atónitos amigos, pensando que no volvería a ver a aquella maravilla hecha de luz y carne.

Y no volvería a verla. Hasta pasadas dos semanas.

Entonces el sol parecía haber convencido al cielo de que era su momento.

Y quiso el destino que los pasos del joven le condujeran por delante del banco donde la muchacha leía un pequeño libro de gastadas pastas negras y hojas amarilleadas por el paso de los años.

—¡Hola! — saludó él, sorprendido de su propia sorpresa.

La chica levantó la mirada, y le vio mirándola mientras pelaba un caramelo de menta.

Le gustaba ponerse a leer a media tarde en el parque cuando hacía bueno. Ahora parecía muy interesada en el volumen que leía. Por eso, el joven pareció sentirse arrepentido de intervenir al momento.

—Hola... — devolvió el saludo con una bella sonrisa.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—¿Cómo que no? Mi ángel de la guarda...

Él sonrió.

—Siéntate — invitó ella señalando al banco -. No te he dado las gracias.

—Sí me las diste — respondió él, tomando asiento -. Justo antes de irte la otra noche.

La muchacha le miraba con una divertida sonrisa.

—Me llamo David — dijo él.

—Yo Ana.

—Ibas como loca la otra noche.

—No era culpa mía. Esos gilipollas... Por cierto, debiste pensar que soy una ordinaria.

—¿Por lo que les dijiste a esos del coche? Que va... Si luego, pensándolo, me reí mucho...

La muchacha sonrió.

Se hizo el silencio.

Empezaba a resultar incómodo.

—Bueno... — dijo David -. Creo que me voy.

—¿Te volveré a ver? — preguntó Ana, tomando la mano de David.

Pareció arrepentirse nada más hacerlo, pues sus ojos se cerraron fuertemente mientras su boca chasqueaba tímidamente y su mirada se desviaba hacia el suelo.

—Claro... — respondió él -... si quieres.

Ana sonrió sin mirar a David. Y cuando levantó la mirada, sus ojos castaños penetraron el alma del muchacho.

—Me temo que eso es algo que tendremos que descubrir de alguna manera...

—Pues si tú te sorprendiste, yo más — confesaba Ana la tarde del viernes siguiente -. “Me temo que eso es algo que tendremos que descubrir de alguna manera...” — se imitó a sí misma -. ¡Vaya una frase barata!

David no pudo evitar reír estridentemente.

Había algo en su sonrisa que llenaba a su nueva amiga de paz. Acababan de conocerse, pero él sentía que llevaban toda la vida buscándose.

Ella parecía querer preguntarle algo, pero no era como si no supiera qué era o cómo decirlo.

—¿Qué edad tienes? — preguntó finalmente.

—Cumplí 18 en noviembre. ¿Y tú?

—Eso no se le pregunta a una dama — respondió Ana sonriendo -. Yo cumplí 16 la noche que me salvaste la vida.

—Exagerada...

—¿“Exagerada”? — protestó -. ¿Será mamón? ¡Me salvaste la vida!

—No creo... Tan rápidos no iban los hijoputas esos. No te digo que...

—Bueno — interrumpió Ana -. Pero la falda que llevaba era de una amiga. Se la llega a llevar por delante el coche ese y no vivo para contarlo.

—Bueno, vale. Admitiré que te salvé la vida.

La chica sonrió y pareció que el sol asomó entre las oscuras nubes.

—Eres mi ángel de la guarda.

III

Manolo se tiró sobre la cama, buscando un cigarro. A pesar de no saber nadie en su casa acerca de su incipiente tabaquismo, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un paquete de cigarrillos. No le fue fácil sacar uno y encenderlo. Casi llora al verse impedido ante la simple falta de dos dedos de una mano.

“Egoísta de mierda”, pensó. “Tu amigo ha muerto y tú todavía echarás de menos dos putos dedos.”

Gustoso habría dado sus dos manos a cambio de la vida de David.

Sin ganas, se levantó de la cama y se dirigió al ordenador. Mientras esperaba a que se cargara, alargó la mano izquierda para coger su Cort, negra y blanca, y la colocó sobre su regazo.

Acarició el mástil con su mano derecha, pulsando las cuerdas en sus trastes, mientras la izquierda caía inerte por encima de las cuerdas junto al puente, con sus tres dedos dudando qué hacer.

No soltó la guitarra, sin siquiera haber sacado una nota, hasta que en el *Messenger* saltó una ventana.

Era Lidia.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal ha sido?

—Imagínatelo.

Manolo aún no dominaba el teclado con tan pocos dedos, pero hizo un esfuerzo.

—No ha sido agradable —añadió.

—Lo siento... Pensé que era mejor no ir. Pero me habría gustado estar con vosotros.

—Sí, lo imagino.

—¿Qué tal está Ricardo?

—Pues imagínate... -. Manolo respiró hondo -. El pobre está fatal, pero sigue adelante. ¿Qué le vamos a hacer?

—Claro...

—Mira, Lidia... sinceramente, no sé por qué he encendido esto. Pero ahora me doy cuenta de que no tengo ganas de estar aquí. Aunque la verdad es que no tengo ganas de nada, realmente...

—Sí, te entiendo.

—Nos vemos luego, ¿vale?

—Claro. Ya sabes dónde encontrarme.

La puerta se abrió, y el padre pudo oír cómo su hija entraba y, sin decir hola, subía las escaleras a su cuarto.

Ella sabía que él no veía sentido en que fuera al funeral de ese pobre chico. Podía comprender lo que sentía ella, pero nunca vería aquello de otra forma que no fuera como el principio del fin de sus quebraderos de cabeza, por muy duro que fuese.

Pero Ana tenía rota el alma, y en ese momento, lo que menos le preocupaba era lo que su padre pensara.

Tras encerrarse en su cuarto, se arrojó contra la cama, y mordió la almohada con tal de que no la escucharan cómo moría poco a poco.

Las lágrimas, el desgarró que sentía en el interior de su pecho, la voz que moría por salir gritando al mundo su dolor, no eran suficientes para calmar su pesar, ni serían suficientes para que aquellos a los que tenía por su familia sintieran un mínimo de piedad por su pequeña.

De pronto vivía en un mundo donde lo único que tenía sentido era su dolor... y ni siquiera eso escapaba de la más descabellada locura que una mente enferma sería capaz de engendrar.

No veía el momento en que despertaría de esa pesadilla tan real.

Todo. De repente, todo lo que tenía sentido, belleza, alegría en el mundo, se había ido.

Para siempre.

No volvería.

¿Cómo podría aguantar toda una vida sin su vida? ¿La vida que daba vida a su propia vida? ¿Sin todo aquello que le daba valor y sentido?

Todo a su alrededor le recordaba a David: las fotos y dibujos que decoraban paredes y muebles, la música que escuchaba a cada momento, la misma luz que el sol colaba por la ventana, esa cama en la que compartieron tantos buenos y malos momentos...

La misma vida le recordaba a David. Y él ya no estaría nunca más con ella.

Se tumbó boca arriba, los ojos arrasados por las lágrimas.

No podía haber nada en el mundo que no le recordara que estaría por siempre sola, vacía, despojada de toda alegría.

Pero, lo que no sabía, era que no estaba sola en su dolor.

En una esquina de su habitación, sin que ella pudiera verle, el amor que daba muerte a su vida, compartía ese sufrimiento del que se sabía responsable.

IV

“¿Qué haces...?”

Nunca me disgustó vestir de traje.

En serio. A mucha gente le resulta chocante conociendo mis tendencias, mi música, y cómo suelo vestir. Después de todo, ¿a cuántos guitarras rítmicos de un grupo heavy que acaba de terminar el instituto se les ve con traje y corbata?

Pues a mí tampoco. Pero eso no significa que no me gustara.

Y no, no creo que hubiera sido esta la manera en la que hubiera elegido pasar el resto de la eternidad, o lo que sea que me quede aquí.

Pero así es: pasaré el resto de los tiempos con un traje negro, camisa gris perla y corbata también negra... y unas Converse de las de toda la vida.

Lo mejor es que, a pesar de cómo quedé tras salir del coche, todo parece como nuevo. Incluido lo que iba dentro del traje.

Pero bueno, supongo que no te interesa oírme hablar de estilo... así que vamos a lo que vamos.

Llegó un momento en el que estaba más que aceptado que estaba muerto, y, créeme, pocas cosas hay mejor que la muerte para agudizar el humor negro. Pero, al mismo tiempo, no hay nada peor para... bueno... para todo lo demás.

Digamos que todo es, al menos al principio, como un sueño, aunque tal vez se deba a que eso de dormir y soñar se acabó. Pero así es. Todo es confuso, y, aún así, lo aceptas... como si nada...

¿Y la gente? La gente viva, vamos.

Joder... son como emisores de luz... de calor...

Bueno, la luz no la ves, pero la notas, te sientes atraído por ella... el calor sí lo sientes. Quieres tocarles para aliviar tu frío... pero no lo haces. No preguntes por qué, pero no lo haces.

Es como un miedo.

Bueno, los demás como yo, no sé. En una semana o así no había visto a nadie más como yo. No sé si es que no había, o que no podía verlos...

Y créeme, eso no es necesariamente bueno. ¿Te imaginas la sensación de soledad?

No te preocupes, algún día la sentirás...

¿Ves lo que te digo del humor negro?

No sabía qué debía hacer, ni a dónde podía ir.

Por supuesto, me sentía atado a algunos lugares: mi casa, la plaza donde quedaba con los amigos, el cuarto de mi... vamos, de Ana, la librería de mis padres, el local de ensayo... Pero no me sentía demasiado a gusto en ninguno de esos sitios por mucho tiempo, por varias razones. Sobre todo en el local, que casi siempre estaba vacío. Salvo tal vez Ricardo, sentado a la batería sin tocar, sólo mirando a la nada...

Es como... no sé... ¿sabes la sensación que se tiene cuando vas a un sitio en el que lo has pasado tan bien, pero que alguien que relacionas con ese lugar ha muerto, y estar allí ya nunca será lo mismo?

Pues igual, pero el difunto eres tú, así que es como si todos los demás que tuvieran algo que ver con eso hubieran muerto.

Vamos, que no es agradable, aunque está claro que otra cosa no se puede hacer.

Masochismo de muerto, vamos.

Como te cuento, se volvía insoportable a cada momento que pasaba. Al menos, si tuviera esperanza, me quedaría la cosa de que todo mejoraría en algún momento. Pero es difícil tener esperanza cuando ves que todo se ha acabado, ¿no crees?

En seguida dejas de responder cuando oyes tu nombre. Al principio, vagando por las calles, escuchaba a alguien gritar “¡David!” u, “¡Oye!”, o cualquier cosa, e, instintivamente, me giraba, como cualquier otro, aunque sabía que no iba por mí. Ahora ya ni eso...

Supongo... bueno, creo que está bastante claro, que la alienación es parte del paquete.

Y no, no es nada agradable.

Yo siempre fui una persona muy sociable. Me encantaba estar rodeado de amigos, y nunca tuve dificultad para conocer gente.

Tal vez la soledad sea el mayor castigo que pueda recibir por mis pecados. Pero, ¿qué pecados? Nunca le hice mal a nadie intencionadamente, que yo sepa. Nunca me metí en broncas, nunca traté mal a nadie, siempre fui respetuoso y educado. No creo que Dios me haya castigado por no haber ido a misa y esas cosas... aunque, después de esto, tengo más claro que eso de Dios no me lo creo. No más que en el Ratoncito Pérez. Al menos, los Reyes Magos y Papá Noel tienen base histórica, ¿no?

Pero bueno, supongo que me estoy yendo un poco por las ramas.

Pero es que, sinceramente, da un poco de asco ver la vida, por llamarla de alguna manera, que llevo. Lo comprendes, ¿verdad?

V

—¿Hay algo que te gustaría hacer antes de morir? — preguntó Manolo.

—No lo sé — respondió Ruth, tras meditarlo unos segundos.

Ese era un momento típico cada vez que salía el grupo, explicó David a Ana.

—Llega un momento, normalmente pasadas las dos y media, en el que Manolo se nos pone trascendental.

Hacía tres semanas escasas que Ana y David habían empezado a verse. Sin embargo, se habían hecho grandes amigos.

Y las miradas de los colegas de David hacían pensar que creían que había algo más.

En su interior, David esperaba que no se equivocaran.

Esa noche paseaban juntos sin un destino claro cuando se cruzaron con la pandilla de David, que llevaba tres semanas preguntándose qué sería de su amigo.

Al final, acabaron todos juntos.

Como era costumbre, se quedaron tomando unas bebidas en el parque junto a la Plaza de Astarté. Como tres miembros de la pandilla vivían allí, era donde solían verse desde tiempos inmemoriales, en el parque en el que pasaron la infancia jugando cada día, y en el que cada noche de su adolescencia pasaron en juegos algo más maduros.

Ana pareció entenderse perfectamente con Ricardo, Mata y Ruth desde el principio. Luisa y Paco le resultaban simpáticos. Manolo era un poco más difícil de conquistar. Y empezaba a pensar en serio que nunca se entendería con Jana.

A decir verdad, Mata le pareció de primeras un tío imponente. Metro noventa de alto, constitución fuerte, con un pelo negro y rizado, barba y una voz de precoz devoto de Ducados le hacían aparentar muchos años por encima de los 18 que su DNI aseguraba que aún tenía. Conocía a David desde que empezaron en el instituto, y Mata juraba y perjuraba que, de no haber sido por su divina intervención, David pasaría su vida escuchando cualquier porquería que radiaran. Era el vocalista del grupo que, aún sin nombre, empezaba a gestarse. Sin duda, su voz era capaz de sentar a una multitud enfervorizada de "jevis jaleosos", como él mismo afirmaba.

Pero, en el fondo, era un cachito de pan. Como Ricardo, que tocaba la batería. Ricardo era un niño mono, pensó Ana. Tenía el pelo rubio, y empezaba a ser largo, lo que hacía que destacaran más en su cara pálida ese par de ojos negros como pozos. No conocía desde hacía tanto a David, pero sí a Mata. De hecho, se conocían desde el colegio, aunque Mata era casi dos años mayor.

Manolo llevaba tocando la guitarra con David desde antes de saber qué demonios iban a tocar... y juntos descubrieron, de manos de Mata, el bello a la par que duro mundo del metal. Finalmente, Manolo optó por ser solista, mientras que David acabó siendo el rítmica. Físicamente era muy parecido a David, aunque un poco más alto, y aparentemente mayor, aunque sólo le sacaba cuatro meses.

El bajo era, finalmente, cosa de Paco. De aspecto tímido, oculta la mirada bajo su negro flequillo, sorprendía con un aluvión de atenciones y afectos una vez le cogías el tranquilo. Era un poco más bajo que los demás, salvo quizás Ricardo. Todo de negro. Pelo negro. Piel morena. Ojos negros. Sólo su sonrisa iluminaba algo, y lo hacía bastante, entre tanta sombra que parecía ser.

En cuanto a las chicas, Ruth, la novia de Mata, era la típica "jeva". Todos lo decían, y a ella no le importaba. Rubia, alta, unos preciosos ojos oscuros con trazas verdosas, ropa negra... guapísima. A Ana no le costaba admitir que Ruth era una belleza. Y se comprendieron desde el primer momento. Según Ruth, David siempre había sido su niño mimado, y, si ella tenía algo con él, ella era su protegida.

Luisa era la más callada del grupo. Casi siempre se limitaba a sonreír, o dar su opinión cuando alguien la pedía. Sin embargo, lejos de ser incómoda, su presencia parecía ser una especie de terapia antiestrés. Pequeña y morena, era como un juguete para los demás, que la tenían como una muñequita, e incluso, Ana pudo ver cómo Mata y Manolo se la lanzaban entre ellos como si fuera una pelota. Era entonces cuando Luisa se descubría, y reía y chillaba divertida.

En cuanto a Jana, era un poco más difícil. Miraba de reojo a Ana con sus ojos azules a través de sus ondas rojizas, sobre esa cara pálida de mejillas pecosas. No le hablaba directamente, nunca lo hizo, y Ana estaba segura de que nunca lo haría. Sin duda se debía a que Jana se hizo muy amiga de la antigua novia de David, Lucía, y, desde que la pareja se rompió, la amistad entre ambas chicas sufrió mucho. Ya apenas se veían, y Jana la echaba mucho de menos.

—Yo creo que tengo que irme ya — anunció Ana levantándose del banco que ocupaban.

—Te acompaño — dijo David levantándose tras ella.

—No hace falta — sonrió Ana.

—Ya... — respondió el muchacho.

—¿No te parece que esto empieza a ser incómodo? — preguntó David cuando, durante el camino a casa de Ana, llevaban callados cerca de cinco minutos.

—No — rió Ana.

Silencio.

—¿Qué te ha parecido esta gentucilla?

—Bien...

Silencio.

—¿Nos vemos mañana? — preguntó Ana.

—Claro... ¿a la misma hora?

—Vale. En el mismo sitio, ¿vale?

—Vale...

Silencio...

Finalmente, llegaron junto a la cancela de la casa de Ana.

—Pues nos vemos mañana.

David puso la mano en la cintura de Ana dispuesto a darle un beso de despedida, pero se sorprendió al notar la mano de Ana rodeando su cuello.

Tal vez ella también se sorprendiera del hecho de que se estaban abrazando tiernamente.

—Ana... — musitó David una vez sus cuerpos se separaron.

—Dime... — respondió ella sonriendo.

—Tal vez vaya a decirte algo que mejor me callaría, lo sé, pero es que, si no te lo digo... bueno... voy a estar arrepintiéndome hasta que pueda volver a verte... o más allá, seguramente... y es algo importante que quiero decirte... y es de las típicas cosas que uno, y yo especialmente, no sabe cómo decir... y no sé si esta es la mejor manera... bueno... en verdad, dudo que sea siquiera una buena manera de hacerlo... pero esó... básicamente, lo que quería decirte es... pues eso, que... no sé, lo mismo no debería, pero ya he empezado a hablar y es una de esas situaciones en las que no sé hasta qué momento puedo seguir hablando sin decir nada, pero eso, que después de estas semanas... que eso... vamos... no sé... ¿te gustaría...?, no sé... a lo mejor... tener... algo... una especie de... no sé... ¿romance? ¿Conmigo?

Ana seguía sonriendo.

—¿Romance, idilio, aventura...? ¿Cosa?

Ana seguía sonriendo...

Se encogió de hombros.

Volvió a abrazar a David, con más firmeza, pero a la vez, con más ternura.

Y, levemente, sus labios se posaron en los de él, probando el frescor de su caramelo.

—No sé. Ya veremos — contestó.

Y se alejó hacia la puerta, dejando a David, finalmente, callado.

Y pensando que un simple “sí” o “no” habría evitado que pasara las próximas casi 24 horas, como mínimo, dándole vueltas al asunto.

VI

“¿Por qué estás aún aquí...?”

¿Alguna vez te has preguntado qué hacen tus personajes favoritos cuando no están en escena, o cuando la narración no se ocupa de ellos?

¿Nunca se te ha ocurrido pensar qué es de los personajes de videojuegos cuando no juegas? ¿A que no?

Yo tampoco, la verdad.

Sin embargo, desde que estoy muerto, me pregunto algo parecido.

¿Qué demonios hago cuando no estoy haciendo nada?

Sé que te estarás preguntando a qué puñetas me refiero. Te explico.

No soy consciente de qué estoy haciendo o dónde estoy a cada momento. De repente es noche cerrada y estoy en mi cuarto, y, al siguiente segundo, es mediodía y estoy en medio de la calle.

Cuando esto sucede, siempre supongo que es por algún motivo concreto. No sé. Como si tuviera que estar ahí por alguna razón. Tal vez sea, simplemente, que no siempre soy consciente de lo que hago. Tal vez sí que duermo, y durante el llamémosle sueño voy vagando de un lado a otro.

No lo sé.

El caso es que eso fue lo que me pasó la tarde que Loli se cruzó en mi camino.

Estaba en mi cuarto de noche, intentando que mis dedos se posaran sobre mi Epiphone nuevita, sin conseguirlo, cuando, de repente, me veo en mitad de la calle Sagrario.

Serían cerca de las seis, pues era la hora a la que Ana asistía a clase de dibujo.

Y allí estaba ella.

Justo en ese momento pasó por mi lado.

Sus ojos seguían llenos de una tristeza que me vaciaba el alma. Su pelo negro caía sobre su mochila y su ropa del mismo color que llevara desde que la conozco. Miraba a su alrededor como si nada fuera importante en este mundo. De verdad, me mata verla así...

Bueno, ya entiendes lo que quiero decir.

Es tan hermosa...

Ana es una maravilla digna de ser contemplada. De siempre la avergonzó que me la quedara mirando. Pero me daba igual. Tenía una sonrisa capaz de hacer que las plantas florecieran, las piedras rieran y las nubes huyeran.

Si al menos ahora sonriera, yo podría resistir un poco esta situación.

Pero no lo hace. No la he visto sonreír desde antes de que yo la abandonara.

Sin embargo, aquella tarde no podía hacer otra cosa que seguirla. Caminaba a su lado, como si siguiera vivo, odiando el no poder extender mi mano y tomar la suya. La miraba, los ojos perdidos allá adelante, concentrada sólo en la música que le llegaba de su reproductor de mp3.

Moriría otras mil veces más a cambio de haber podido apretarla entre mis brazos, contra mi pecho, y decirle lo mucho que la quiero, y que siempre estaré a su lado.

Pero no pude hacerlo.

No pude...

La dejé en la puerta de la academia. La vi entrar, y pensé que mejor esperaría a que saliera. Mientras podía hacer tiempo. La librería de mis padres estaba cerca, y ahora los dos estarían allí.

Y tenía ganas de verles, la verdad. Así que me giré para encaminarme hacia la librería, pero entonces la mirada de Loli me sobresaltó.

Por un momento, pensé que Loli, una loca que se pasa la vida tirada en las calles, me miraba. Y su mirada perdida me atravesaba llenándome de incomodidad, así que decidí moverme, aunque no podía apartar mi mirada de ella.

Y parecía que ella tampoco podía apartar la suya de mí.

Por todos los demonios... ¿me estaba mirando?!

Un escalofrío recorrió todo mi... bueno... toda mi alma.

Así pues, decidí, cautelosamente, acercarme a ella.

Santo cielo... ¿me estaba mirando!

—Ho... hola... — saludé dudando.

Ella sonrió.

—Hola, niño guapo.

¡No podía creerlo!

¡Loli, la loca, me estaba hablando!

En ese momento empecé a comprender muchas cosas. ¡Loli podía verme, podía oírme!

Me llevé las manos a la cabeza, totalmente sorprendido.

¡Por eso Loli siempre iba por la calle hablando sola!

Miré a mi alrededor. Tal vez hubiera otros como yo por ahí cerca. Pero no, sólo estábamos ella y yo. Pero ella podría saber dónde había más como yo. ¡Ella podía hablar con los muertos que nadie más podía ver!

Una mezcla de terror y emoción me inundó. Y, entonces, como quien ve materializarse una bruma, empecé a verle a él.

Primero fue una especie de niebla amarillenta que se iba definiendo poco a poco. Lo primero que vi fue una serpenteante forma, algo como un jirón de niebla que ascendía desde lo que pronto reconocí como el extremo de una mano, como quien lleva un cigarrillo encendido. Luego empecé a identificar el cuerpo del hombre. Alto y delgado, me sorprendió verlo vestido con jirones que en otro tiempo fueron un elegante traje.

Y, entonces, lo vi tan claro como te estoy viendo a ti ahora.

Su cara, dioses, su cara... sus ojos miraban perdidos, como si fuera lo único que reflejara un mínimo de cordura en el rostro de un loco.

Le chorreaba sangre. Sí, desde lo alto de su cabeza, y bajo la mandíbula... y su mandíbula... destruida, colgando sólo de un jirón de carne en el lado derecho de su cara, un colgajo de algo que debía ser músculo y hueso, y que ahora sólo era una niebla que simulaba una quijada eternamente abierta, eternamente colgante... horrenda...

Y vi que, en su mano derecha, el origen de ese humo no era ningún cigarro.

Una pistola seguía escupiendo humo desde el extremo del cañón.

VII

—¡No, vete, déjame, estoy harta de ti!

Las estrellas mismas parecieron sobresaltarse durante su contemplación de la joven pareja cuando la voz de Loli rompió el silencio.

Loli pasó junto a David y Ana, terminando con su momento de largo tiempo buscada intimidad y al fin encontrada en los bancos de la Plazoleta de Santa Inés.

—¿Y esa loca? — dijo David

Cuando se disponía a devolver sus labios a la mejilla de Ana, acurrucada contra su pecho, pudo ver que ella miraba a Loli con algo entre curiosidad y compasión.

—Me da pena — dijo cuando Loli se alejó de ellos.

—La pobre está loca.

—¿Por hablar sola? —preguntó Ana -. Yo hablo sola cuando tengo miedo.

David sonrió, apretándola suavemente contra su cuerpo.

—¿Sabes por qué se volvió loca?

—He escuchado muchas historias — respondió David, anhelando volver a besar a Ana.

—Yo sé qué pasó en verdad — dijo Ana -. Mi abuelo trabajaba para el padre de Loli. Bueno... era su socio, más bien. Aparte de llevar una empresa de exportaciones, era dueño de media Alcidia, y mi abuelo era el encargado de varios de sus negocios. Pero el

padre de Loli tenía enemigos, y, de alguna manera, descubrieron que se traía entre manos algún asunto poco claro. Algo de que pasaba dinero a los rojos, no sé. Es algo que nunca se aclaró. Loli tenía cinco años o así... era en el año 54. El caso es que el gobierno de Franco acosaba al viejo, y él no lo pudo soportar. Estaba amenazado, y sus negocios empezaban a sufrir. Mi abuelo decía que estaba desesperado. Su mujer pensaba abandonarle, y al final se fue, desapareció, sin dejar más rastro que su hija. Borracho de desesperación, el viejo cogió una pistola y se voló la cabeza. Lo que no supo era que Loli lo vio todo. Vio cómo apretó el gatillo y cómo su padre se voló la tapa de los sesos, y media cara.

Ana suspiró profundamente.

—Como entenderás, eso era demasiado para una niña. Es por eso por lo que ahora Loli es lo que es. Fue acogida por sus tíos maternos, pero siempre fue una niña muy rara. El trauma fue minando su cordura poco a poco. Y cada vez su locura fue mayor. En fin, ya la has visto. Habla sola y pasa casi toda la vida tirada en la calle. Me da pena.

“¿Y yo no te doy pena?”, pensó David cuando se vio privado de los besos de Ana, que sustituyó por un caramelo de menta.

—¿Que podría llevar a ese hombre al suicidio? — preguntó Ana al aire.

—Bueno... tú lo has dicho...

—No... me refiero... ¿qué grado de desesperación pudo alcanzar ese hombre para dar fin a su vida? Y dejando atrás, además, una hija.

Los ojos de David buscaron la figura de Loli, que se perdía en la lejanía entre las sombras de la noche.

—Nunca había pensado en ello — dijo finalmente el muchacho. Entonces sintió los labios de Ana posarse en su cuello.

—Prométeme — dijo ella -, que nunca, por muy mal que vayan las cosas, comerás esa locura.

Los ojos de uno y otra se enfrentaron.

Se miraron.

David sonreía.

Ana esperaba.

—Claro que no, tonta.

Ana fingió enfadarse, pero sonrió.

Y sus labios se posaron leve y rápidamente en los de David.

Sus cuerpos se fundieron en un emotivo abrazo. Los labios de David besaron el cuello de Ana, y el muchacho pudo escuchar una risita.

Ana acomodó su cara contra el pecho de David. Mientras, él, con una mano, rodeaba la cintura de Ana, al tiempo que con la otra acariciaba con ternura su cuello y su cara, sin una sonrisa en los labios, la mirada cubierta por sus párpados, paladeando el momento, respirando profundamente el aroma de Ana. Abrió los ojos, y contempló el brillo en los labios de la chica. Sintió la tentación de acariciar también sus labios con las yemas de sus dedos, aunque se limitó, finalmente, a besar su nariz, gesto que fue recibido con una risa de la muchacha.

—¿Qué hora es? —preguntó Ana.

—Tarde —respondió David sin separarse.

Ninguno hizo más movimiento.

—Tendría que irme.

—¿Y dejarme solito aquí?

Ana rió.

—Nunca te dejaré solo.

—Hmm... no sé si podré soportar toda la eternidad a tu lado —bromeó David.

—Pues más vale que te vayas haciendo a la idea.

Silencio.

Más silencio.

Silencio incómodo.

—¿Cómo?

VIII

“¿Qué crees que estás haciendo?”

—Si no te ofrezco nada, que sepas que no es por mala educación — rió Loli mientras entrábamos en su casa.

O ese híbrido de corral y vertedero en el que se suponía que vivía. Lo cual me hizo comprender por qué prefería la calle.

—Perdona el desorden, pero apenas paro por casa.

—No pasa na...ahhh...

Una especie de repelús ectoplasmático me recorrió entero cuando el padre de Loli, con su mandíbula colgante y su pistola humeante, pasó por mi lado.

—Es mi padre — dijo la mujer, sentándose en una vieja y sucia butaca. Yo me quedé de pie donde estaba, sin perder de vista al fantasma con la pistola.

—Lo sé... quiero decir... lo suponía. ¿Por qué me has traído aquí?

—Porque vas a querer preguntarme muchas cosas, y no quiero que hablemos con todo el mundo por la calle pensando que estoy loca.

Pero he de reconocer que, aunque ahora comprendía que estaba equivocado en algunos aspectos acerca de Loli, bien es verdad que seguía pensando que algo fallaba en su cabeza.

—Lo primero que me vas a preguntar — me dijo — es cómo es que yo puedo verte, ¿verdad?

—Sí... bueno, entre otras cosas.

—Pues es por culpa de ese — dijo señalando a su padre.

Este apenas hizo un gesto que indicara que se supiera aludido.

—Cuando mi padre se mató, yo lo vi — siguió Loli -. Los suicidas son castigados después de muertos, ¿lo sabías?

—Lo imaginaba.

—El castigo de este supongo que sería ver sufrir a su hija con su presencia.

Loli cogió un plato sucio del suelo, y lo arrojó contra su padre, atravesándolo, y estallando contra la pared en mil pedazos.

Este hizo menos gesto de haberlo notado que si una mosca hubiera revoloteado cerca de su espalda.

—¿Fue en esta casa donde se suicidó?

—No... aquella la vendimos. Es una de las casas señoriales del Paseo de la Cruz. Esta era de mis tíos.

Parecía lógico. La casa en la que estábamos tenía mucho que envidiar a cualquier casa vieja de La Cruz. Y no tenía pinta de que el dueño de media Alcidia viviera allí 60 años atrás.

—¿Y por qué ves a los demás... fantasmas? — pregunté

—No lo sé. Al principio sólo veía a aquel de allí, pero supongo que por verle desde chica, pude empezar a ver a otros.

“Y por lo mismo te volviste loca”, pensé.

—¿Por qué hasta ahora no he podido ver a los otros?

—Eso es algo que tampoco sé. Es más, tampoco los ves a todos.

—¿Cómo lo sabes?

—Detrás de ti están mis tíos.

El miedo, absurdo una vez lo piensas, me recorrió mientras miraba detrás de mí y no vi a nadie.

—¿Qué hacen?

—Nada. Hablan de mí. Se quejan. Siempre se quejan.

—¿Tú los ves a todos?

—No lo sé. Creo que sí. Al menos, veo muchos. Por eso me gusta estar en la calle.

-¿Hay menos en la calle?
 -No, pero al menos, mientras más concurrido está un lugar, menos fantasmas hay.
 -¿Por qué?
 -Porque no soportan el contacto de un vivo.
 Bajé la mirada, meditando sus palabras.
 -¿No es verdad? – me preguntó.
 -No lo sé... nunca me he atrevido a hacerlo.
 Loli sonrió.
 -¿Y para qué seguimos aquí?
 -¡Eso lo sabe todo el mundo! – exclamó Loli -. Porque os queda algo que hacer antes de iros. O bueno... como castigo – añadió mirando a su padre con la mirada llena de ira.
 -¿Y a dónde vamos? ¿Existe el cielo o algo así?
 Loli empezó a reír.
 -¿Aún sigues creyendo en Dios “o algo así” después de haber pasado por lo que has pasado?
 -Bueno... ¿y cómo sé qué me queda por hacer?
 -Eso no lo sé.
 Resoplé, desesperanzado.
 Es curioso cómo algunas reacciones físicas siguen actuando tras morir, por cierto...
 Necesitaba un caramelo.
 -¿Y cómo podría saberlo? – pregunté.
 -Bueno... piensa... algo tiene que haber que quieras hacer con demasiada fuerza como para que no te deje morir en paz...

IX

Cuando Ana entró en la librería, su presencia no fue advertida.

Concha estaba despachando a unos clientes con una sonrisa forzada que no disimulaba la pena de sus ojos. Eusebio, por su parte, se encontraba colocando una partida de libros que le habrían llegado hacía poco.

Ana no estaba totalmente segura de qué hacía allí, pero ya estaba dentro, y era tarde para echarse atrás.

Se dirigió a la sección de salud, haciendo como que leía los lomos mientras observaba a Concha primero, que, tras despedir a los clientes, volvía a su lectura, y luego a Eusebio, quien la miraba con los ojos húmedos.

Ana, sin saber muy bien qué hacer, le saludó con la mano abierta.

Eusebio, por su parte, sonrió y asintió con la cabeza, justo antes de acercarse a ella.

El hombre tenía los intensos ojos azules que legó a su hijo, y un pelo gris, casi blanco, y una bien cuidada barba. Aunque estaba entrado en kilos, y a pesar de su tristeza, su aspecto era muy saludable.

—Ana, hija, ¿cómo estás? — saludó con un único beso en la mejilla.

—Intento estar bien — respondió sincera y triste —. Pero ya sabe que no es fácil.

—Lo sé... lo sé... —respondió asintiendo. Finalmente, la miró con una sonrisa -. Me alegra verte por aquí.

Ana sonrió levemente.

—Gracias... pero se me hace raro venir.

—Ana, sé que nunca te sentiste a gusto con nosotros, que pudimos ser algo fríos contigo...

—No, Eusebio... no diga eso... usted fue el único que al menos hizo un esfuerzo por que me sintiera bien.

—Bueno, eso ahora es lo de menos —respondió Eusebio -. Ojalá todos nos hubiéramos dado cuenta de que lo que había entre mi hijo y tú no era ninguna tontería.

Ana bajó la mirada sonriendo con tristeza.

—Pero bueno, quiero que sepas que estás en tu casa, y que, si quieres algo, sólo tienes que decirlo.

—De acuerdo —respondió Ana -, pero sólo estaba curioseando.

—Pues, si no me necesitas, sigo colocando esos libros.

Eusebio sonrió y volvió a su trabajo mientras Ana se alejaba de él.

Observó a Concha. No parecía haber reparado en su presencia aún. Sin dejar de mirarla, se acercó a la sección de literatura oriental, donde vio *El profeta*, de Khalil Gibran, y no dudó en cogerlo. Siguió avanzando hacia la sección de religión, sin perder de vista a la madre de su amado. Vio entonces un volumen forrado en piel marrón con el sencillo título *El hinduismo*, de una colección sobre las grandes religiones. Siguió avanzando, observando a Concha, y tomó un libro cualquiera en la sección de ciencias ocultas, justo cuando reunió valor para acercarse al mostrador.

Cuando sintió la presencia, Concha levantó la mirada y se sorprendió al ver a la chica.

—¡Ana! Hola, ¿qué tal estás?

Ana se encogió de hombros.

—Algo mejor... pero sigue siendo duro.

—Sí... Te entiendo.

—También quería hablar con usted.

Concha se mordió el labio.

—Sé que usted y yo nunca nos hemos llevado bien. Pero quiero que sepa que lo intenté. Yo nunca le he gustado, y eso es algo que no podía cambiar, pero...

—Ana... no hace falta que sigas.

Ana se interrumpió. No podía descifrar el tono de Concha.

—Si pretendes que ahora seamos amigas después de todo este tiempo... no puedo garantizarte nada. Ni siquiera que lo intentaré.

Ana asintió mientras Concha cogía los libros del mostrador y los metía en una bolsa.

—Sin embargo, créeme cuando te digo que me gustaría que nos lleváramos bien. Aunque David ya no esté. O puede que precisamente por eso. El lo querría así.

Ana levantó la mirada y una sonrisa iluminó sus ojos mientras recibía la bolsa con los libros.

—¿Cuánto le debo?

—Nada — respondió Concha —. Invítame a tomar un café un día, o tres, uno por libro, y estamos en paz.

Ana volvió a sonreír. Metió la bolsa en la mochila.

—De acuerdo. Nos veremos un día de estos.

—Claro que sí. Cuídate — añadió Concha con una sonrisa.

—Y usted.

Ana salió de la librería un poco más feliz. Fue entonces cuando advirtió que la madre de David dijo que eran tres los libros que llevaba en la bolsa.

Uno era el de Gibrán, y el otro el de hinduismo.

¿Cuál era el tercero?

“Claro”, pensaba mientras abría la mochila, “cogí uno en ciencias ocultas sin mirarlo... espero no tenerlo ya...”

Sacó el volumen de la bolsa, y miró la portada.

Después de... Vidas que nos aguardan más allá de la muerte.

El autor era un tal Juan Gonzalo Saavedra, y en la portada se veía una fotografía en la que una figura brumosa descendía una escalera en lo que parecía una gran casa victoriana.

Ana abrió el libro cargada de interés.

De alguna manera, al abrir las páginas de ese usado y pequeño volumen, algo de David penetró en sus sentidos.

X

—Hueles a libro viejo — dijo Ana riendo.

—Oye, ¿tú siempre encuentras motivo de queja?

Aquella tarde de sábado, a pesar de ser principios de junio, el cielo amenazaba con lluvia.

Y, cuando el cielo de Alcidia amenaza, suele cumplir.

Gotas como puños chocaban contra los cristales del salón de Ana. Esa tarde había quedado con David y dos de sus más antiguos amigos (a pesar de conocerlos de sólo un par de años atrás), Julio y Gloria, para ver una película que había acabado hacía escasos minutos. Ahora los cuatro seguían tirados en el sofá, cargados de un absurdo cansancio.

—Pues nosotros nos tenemos que ir — dijo Gloria.

Parecía que no sería así por mucho tiempo...

—¿Ya? — preguntó sorprendida Ana, consultando el reloj del vídeo.

—Sí. Ya nos vemos el lunes en el instituto — se despidió Gloria de Ana mientras esta les acompañaba a la puerta -. A ti ya te veré la semana que viene, ¿no, David?

—¿Eh...? Claro... supongo... — y sacó la lengua.

—Adiós, David — se despidió Julio.

—Nos vemos.

Tras cerrar la puerta, Ana se acercó al sofá y se dejó caer con una sonrisa en los labios, que, tras unos segundos mirando a David, posó momentáneamente sobre los del muchacho.

—¿A libro viejo?

—Sí, un poco. ¿Cuánto tiempo has pasado en la librería hoy?

—Toda la mañana — respondió David —. Yo me gano el pan... Rieron.

—Quiero enseñarte algo — dijo Ana.

—¿Lo qué?

—Tú ven.

Ana se levantó y ofreció sus manos a David. Este las tomó mientras se levantaba, y siguió a la chica a su habitación, arrastrando los pies cubiertos sólo por los calcetines, como si fuera un niño pequeño, y sólo los levantó para subir las escaleras.

—Siéntate ahí — invitó Ana señalando la cama. David obedeció, al tiempo que la muchacha pulsaba un botón de su equipo de música.

Con un suave zumbido, el equipo comenzó a reproducir uno de los cinco compactos que tenía. Un segundo después, el sonido de un melancólico piano tomó posesión del cuarto, mientras Ana sacaba una hoja de papel grueso de una carpeta.

David identificó inmediatamente la canción: *...a Distance There Is*, de Theatre of Tragedy, ya que era un tema que le gustó desde que lo escuchó por primera vez, no hacía mucho.

Sacó del bolsillo de su pantalón un caramelo de menta, lo des envolvió y recibió un manotazo de Ana cuando estaba a punto de depositar el papel en un cenicero si darse cuenta que era el cenicero prohibido, que tan importante era para ella, pues lo hizo con sus propias manos a los siete años.

Ana extendió los brazos hacia David. En una mano tenía una papelera, en la otra una hoja de papel con un dibujo.

—Mira. ¿Te gusta?

—Hostia...

David se sorprendió al verse reflejado en el papel. Era él, no cabía duda, tocando a Christabel, la Epiphone que se comprara meses atrás, con llamas a su alrededor, envolviéndole en espirales

quien se apoyó en los pies, levantando las caderas, fue mostrando poco a poco el negro y recortado vello del pubis, que fue acariciado por David, mientras besaba su vientre, una vez la braga desapareció del cuerpo de la mujer.

Mientras se tendía, David se vio despojado a su vez de sus calzoncillos por las manos de Ana.

Y ya no serían nunca más otra cosa que no fueran dos cuerpos desnudos llenos de amor, de pasión, de mutuo deseo.

Sin embargo, se limitaron a tenderse uno junto a la otra, disfrutando de la mera compañía del otro cuerpo, de la otra alma, del otro corazón sobre esa cama. Acariciando sus pieles, sus cabellos, sus labios...

De nuevo, la canción terminó con el sonido de la lluvia, y, al volver a comenzar, de nuevo se fundieron en un apasionado abrazo.

La pierna derecha de Ana rodeó la cadera de David mientras besaba el labio inferior del muchacho, cuyas manos dibujaban sobre la espalda y las nalgas de ella los símbolos de su deseo. La diestra de Ana alcanzó la mesita de noche, abriendo el cajón y rebuscando algo. Nerviosa, tomada por la pasión del momento, Ana sacó una caja de preservativos, tendiéndole uno a David, aunque fue ella quien, al ritmo de la canción, se lo colocó sobre el trémulo miembro, con lentitud.

La respiración de David se hizo ruidosa cuando el deseo se mezcló con el aire de sus pulmones, empujado por el placer que sentía, que no pudo más que crecer cuando fue levemente empujado por Ana, quien rodeó su cadera con sus muslos, tendiéndose sobre él. Y el aire penetró en su pecho al mismo tiempo que él entraba en el vientre de su amada, a la vez que ella vaciaba sus pulmones, y todo era deseo, todo era placer, todo era amor.

Ella se inclinó, las mejillas presas de un rubor que no la hacían si no más deseada por él, los ojos entrecerrados, una gota de luz en un mar de sombras, rodeadas del fuego de sus mejillas y las negras olas de su pelo.

Tomó David el rostro de su amada y besó sus labios, mientras ella comenzaba a balancearse, suavemente, y sus cabellos, sus pechos comenzaron un baile de placer y amor, de pasión y deseo, mientras la canción llegaba de nuevo al fin.

Entonces, cesó Ana el movimiento, tendiéndose sobre David, su rostro junto al de él. El hombre la acariciaba, y la mujer, poco a poco, volvía al movimiento de sus caderas, mientras sentía sobre su pecho el poderoso latido del corazón de David.

Se miraron. No dijeron nada. No era necesario.

Sin abandonarla, David se giró, girándola a ella, de modo que quedaron tendidos uno junto a la otra, bailando al ritmo de la música que volvía a sonar, sincronizando sus latidos, sus alientos, sus gemidos. Alimentándose la una del otro. Viviendo sólo para dar placer. Para dar amor.

Una comunión, de los sentidos y los sentimientos, que culminó al tiempo que la canción llegaba a su fin, en una conjunta explosión de sensaciones cuando el deseo les golpeó en su ya único interior, y ambos lo sintieron casi al mismo tiempo.

Esclavizados por la sensación de que ahora eran uno, y seguirían siéndolo, mientras sus corazones fueran uno.

Y siempre estarían juntos.

El sonido de la lluvia en el exterior se mezcló con el que salía de los altavoces, y dos cuerpos desnudos y sudorosos se tendían sobre el colchón, acariciándose, saboreándose... amándose.

Viviéndose.

XI

¿Y ahora qué estás haciendo...?

No estaba seguro de cuánto podría haberme explicado Loli. No me quedé el tiempo suficiente para averiguarlo.

Pero no fue algo premeditado.

Como ya te he explicado, a veces desaparezco un tiempo, sin saber a donde voy, y vuelvo a aparecer en otro lugar.

Y tan pronto estaba en casa de esa loca, como de repente me vi en una oscura habitación.

Otra de las ventajas, por así llamarlo, de estar muerto, es que no necesitas la luz para ver. Así, a pesar de saberme rodeado de impenetrables sombras, supe que estaba en la habitación de Ana.

Y allí podía verla. Tumbada, los ojos cerrados, los labios entreabiertos, el hombro desnudo asomando por el amplio cuello de la camiseta.

Esa piel tan suave...

Su pecho bajando y subiendo al calmo compás de su profunda respiración.

Me arrodillé junto a ella, y luego me senté, mirándola, contemplando aquel rostro dormido, como lo hiciera por primera vez, hacía poco más de un año, toda una vida...

Contemplé su pelo, enmarcando su rostro, rozando su barbilla redonda que tantas veces besé, esas mejillas tiernas, bailando sueltos cabellos ante el aliento que invadía y abandonaba su boca, esos dulces labios que fueron el único alimento de mi alma.

La sábana apenas cubría sus caderas y sus piernas. Debía tener calor. Su calor... su calor que era mi único calor.

Deseaba tanto poder volver a abrazarla, besarla, decirle al oído lo mucho que la echaba de menos...

Quizás sólo tocarla.

Estaba tan hermosa. Un oscuro ángel dormido, poseído por el sueño. Mi ángel. Mi niña...

Quería compartir con ella su lecho una vez más. Compartir nuestro amor. Decirle "estoy contigo, amor, no tienes nada que lamentar".

Pero no podía hacerlo. Mi mano se detenía cada vez que se acercaba a su piel.

No podía comprender por qué temía el contacto con la vida. Con esa vida que era toda mi vida.

Casi podía saborear su aliento cuando mis labios se acercaron a los de ella, pero algo me volvió a detener, a alejar de ella.

¿Qué era? No lo sabía.

Un gemido salió de entre sus labios. Y yo la contemplé más detenidamente.

¡Tan hermosa...!

Supe que la deseaba desde que la vi por primera vez, una completa desconocida, a punto de cruzar una carretera por la que venía un coche al que no le preocupaba la belleza que podía...

No podía siquiera pensar en ello.

Algo en mi interior me decía ya entonces que pasaría toda mi vida a su lado.

Pero nada haría pensar que sería tan poco nuestro tiempo.

Ahora estábamos ahí, juntos, unidos, pero solos.

Una vez más, mi mano se acercó a ella.

Y, una vez más, algo dentro de mí la detuvo.

Me alejé de ella, sentado, apoyando mi espalda contra el armario, frente a ella, contemplando su apacible sueño.

¿Qué me impedía tocarla, en verdad?

¿Qué me impedía besarla?

Me acerqué a ella lentamente. Intentando escuchar cada respiración. Contemplar cada movimiento de su pecho. Cada reflejo de cada ínfimo rastro de luz sobre su piel, su pelo, sus labios...

Me incliné sobre ella. Todo lo que deseaba en este mundo que abandoné era besarla...

Me arrodillé junto a la cama. Ella seguía durmiendo como un tierno angelito.

Extendí mi mano sobre ella, acercándola a su hombro desnudo mientras mis labios se acercaban a su mejilla.

Y, otra vez, ese algo me detuvo.

Pero le desafié. Ana era mi amor, era todo lo que quería en ese momento, tocarla, besarla.

Y lo haría.

Decidido, me acerqué más a ella, y mi etérea mano tocó la piel de su hombro. Y, suave, dulcemente, mis labios se posaron sobre su mejilla.

Y noté ese calor. No un calor que me quemara y doliera. Uno que me alimentaba. Que llenaba mi alma de la vida que me faltaba. Todos mis sentidos muertos parecían volver a la vida en medio de un paraíso.

Y fue entonces cuando lo noté.

Un temblor.

No en mi interior, sino en Ana.

La piel de su hombro bajo mi mano empezaba a erizar su fino vello, mientras su mejilla temblaba y empezaba a dolerle.

Y lo supe porque en ese momento despertó, ahogando un grito.

Yo caí de nuevo contra el armario, asustado, desconcertado.

Y me miró.

¡Lo juro! Me miró a los ojos menos de un segundo. Tiempo más que suficiente.

¡Me había visto!

Sin embargo, cuando me levanté, ella seguía mirando el vacío que dejó mi presencia una vez me separé del armario.

Luego, encogiéndose, abrazando la almohada, miró de un lado a otro de la habitación, aunque en sombras no pudiera ver nada. Pero buscaba.

Pero, finalmente, volvió a tenderse en la cama.

Y lloró.

Lloró hasta que sus lágrimas arrasaron sus tiernas mejillas y el sueño y el cansancio la derrotaron finalmente.

Yo seguí llorando mucho más.

XII

Ana se levantó lánguidamente de la silla de su escritorio cuando escuchó que su madre la llamaba.

Mientras bajaba las escaleras, una sonrisa asomó en los labios de Ana cuando vio a esa hermosa chica, con vaqueros y camiseta negra, en contraste con su piel clara y su cabello rubio.

La chica rubia la miró a los ojos y le sonrió.

—¡Ruth! — exclamó Ana abrazando a su amiga.

—Hola, bonita — respondió ella besando la mejilla izquierda de Ana -. ¿Cómo estás?

Ana respondió encogiéndose de hombros con una triste sonrisa.

—Vamos arriba.

Ana agarró la mano de Ruth y juntas subieron las escaleras.

—Tu madre me ha mirado mal...

—Es una fea costumbre que tiene... ¿Qué tal está el Mata? — preguntó Ana cerrando la puerta y poniendo música.

—Bien... Te manda muchos besos... — contestó Ruth sentándose sobre la cama -. El Mata está como todos. Intentamos seguir. ¿Y tú?

—Me es difícil — respondió Ana bajando la mirada. Cuando la levantó, Ruth vio que tenía lágrimas en los ojos.

La chica rubia tomó a la morena de las manos, haciendo que se sentara junto a ella, la abrazó y la besó en la frente y en las mejillas.

—No te preocupes, pequeña — le dijo -. Todos estamos igual, pero tenemos que ser fuertes. Él no podría soportar verte así. Ni a ninguno de nosotros. Tenemos que ser felices para que él pueda descansar en paz.

En ese momento, Ana se puso tensa.

—¿Qué pasa, bonita?

Ana se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—Anoche soñé con él.

—¿Con David?

—Sí — confirmó Ana.

—Bueno... ¿y qué tal?

—No sé... era raro... al principio muy bien. Estábamos en el parque. Yo estaba tumbada leyendo un libro, y él apareció ahí entonces. Me miró y me sonrió -. Una sonrisa apareció en los labios de Ana -. Y entonces se puso a mi lado, se arrodilló, se apoyó en mi hombro y me besó en la mejilla — dijo colocándose la palma de la mano donde soñó el beso de David.

Ruth no sabía qué responder.

—¿Algo más?

—Entonces fue algo raro... Noté un temblor en la cara, y un frío en el hombro... y desperté de repente. Asustada.

Ruth guardaba silencio, interesada.

—Y entonces le vi aquí — dijo señalando el suelo junto al armario.

—¿Qué viste?

—A David.

—¿Cómo?

—Sé que suena absurdo...

—No, no — la tranquilizó Ruth -. No suena absurdo en absoluto... es normal. Pero no le viste a él. Podrías haber estado influenciada por el sueño... estabas adormecida... ya sabes... no totalmente consciente -. Ruth tomó en sus manos las de Ana -. Sólo creíste haberle visto. Pero es normal.

—Lo sé, Ruth... pero... no sé... estaba vestido con el traje que llevaba cuando... bueno... Cuando le vi por última vez.

—Ana... ¿no estarás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Depende de qué creas que te estoy diciendo...

Ana permanecía de pie, con los brazos cruzados. Ruth, sentada en la cama, mirando a su amiga con ojos preocupados.

—Sabes a qué me refiero.

La mano de Ruth señaló a la mesita de noche.

Ahí, un viejo libro, reposaba con un marcapágina sobresaliendo.

En la portada de cartón aparecía el título en letras negras.

Después de...

XIII

“¿Qué te ata...?”

¡“Desesperación” es una palabra demasiado agradable para describir lo que sentí cuando vi cómo afectó mi tacto a Ana!

¡No podía tocarla!

¿Qué clase de maldición ha caído sobre mí para tener que soportar todo esto?!

¡Apenas la toqué con mi mano, y mi beso apenas tocó su mejilla! ¿Por qué parecía sufrir tanto por algo tan nimio?! ¿No se supone que no tengo forma, que no puedo tocar nada porque físicamente no existo?!

En ese momento estaba tan confuso que no sabía qué pensar de todo esto. Intenté golpear todo lo que se cruzara en mi camino, pero mis puños y mis pies lo atravesaban todo, ahora sí, como si yo fuera menos que aire.

Finalmente, caí, hecho un ovillo de rabia y dolor, y me cobijé en mi pesar, que era todo cuanto me quedaba.

Intenté llorar, intenté gritar, pero no sé si lo logré.

Al menos, no conseguir acallar mi vacío...

¡Verla sufrir y no poder abrazarla, no poder hablar con ella... verla y no tenerla como desearía... como necesitaba!

¡No podía comprender qué me detenía, qué impedía que la tocara, por qué no atravesaba esa barrera y la tocaba, aunque no me sintiera!

Y, cuando derroto a mi miedo y me dispongo a tenerla de nuevo entre mis brazos...

¡No comprendo cuál pudo ser mi pecado, por qué tengo que pasar por esto!

¿Qué clase de existencia me espera, si lo único que me da una razón para seguir en este mundo sufre cuando intento tocarla?

Pensé por un momento en ir a buscar a Loli la Loca para que me dijese por qué mi tacto es tan doloroso para los vivos, pero no pensé que me fuera de ayuda.

Incluso pensé probar si ocurría lo mismo si tocaba a alguien más, pero la sola idea de tocar a alguien que no fuera Ana me resultaba absurda. Repugnante, casi.

Y a ella no volvería a tocarla...

No volvería a tocarla... no podía creerlo...

¿Cómo soportaría seguir mirándola sin tenerla entre mis brazos, besar su piel, agarrar sus manos...?

¿Sin, en definitiva, sentirla?

En ese momento no había nada que pudiera hacerme sentir una mínima chispa de esperanza. De alegría. Si todo lo que me hacía sonreír después de muerto sufría al tenerme tan cerca...

Me llevé mis "letales" manos a los ojos, intentando refrenar el dolor que me salía en forma de inmateriales lágrimas, sintiendo lo más parecido al dolor que puede sentirse cuando tu cuerpo no es más que un montón de carne podrida.

De repente me sentí sin aliento. Sin fuerzas. Como si algo dentro de mí, lo que fuera que me mantenía en pie se retorciese de angustia en mi interior.

Como si, poco a poco, muriera otra vez.

Es una sensación difícil de explicar. Me sentía entumecido, los miembros me hormigueaban mientras mi... bueno... mi "cuerpo" se enfriaba aún más...

Me sentía mareado, y, de haber tenido estómago, estoy seguro de que habría vomitado hasta la primera papilla... hasta el líquido amniótico, incluso.

Intenté levantarme, pero caí de nuevo. Mis piernas no respondían.

De repente me sentí como si todo en mi interior diese vueltas en sentido contrario que todo lo que había fuera.

Y, cuando todo parecía que iba a acabar... y muy mal... lo escuché.

Era como un susurro sin voz... como un camino de sonido.

Algo que quitaba todos los males de mi maltrecho fantasma.

Sea lo que fuere, hizo que me levantara sin esfuerzo, y, cuando me di cuenta, estaba en el cuarto de Manolo.

Me dolía tanto como a él ver su mano mutilada. Todavía tuvo suerte y fue la izquierda. Cierto que es zurdo y tendrá dificultades para valerse, pero, para la guitarra, para su vida, siempre podría usar una púa. Tal como hacía en ese momento, sentado en su cama con la Cort enchufada al pequeño amplificador.

Es decir, mientras tocaba. Porque pronto lo dejó. Colocó la guitarra en su soporte, apagó el ampli, y se echó sobre la cama. Y respiró hondo.

Minutos después, dormía, y yo seguía ahí, de pie, mirando a Manolo, y a la guitarra. Y de nuevo a Manolo.

Una idea brotó en mi mente. Después de todo, algo habría que pudiera hacer.

No sabía si funcionaría. Y, en caso de que lo hiciera, no sabría si habría sido gracias a mí, pero esa idea cobró cuerpo en seguida, y yo me dispuse a hacerla realidad.

Después de todo, no tenían que sufrir todos porque yo ya no estuviera.

Así pues, me arrodillé junto a él, cuidándome mucho de tocarle, y le susurré al oído.

—Volved... volved a tocar... hacedlo por mí...

XIV

Ruth se reunió con Mata esa misma tarde en las escaleras del Pabellón. Cuando la vio venir, se guardó en el bolsillo su paquete de pipas y la recibió con sus gruesos brazos abiertos.

Tiernamente, la rodeó con ellos mientras besaba los labios de su novia.

—Hola, mi vida — saludó Ruth.

—Hola, ¿qué tal?

Ruth se encogió de hombros.

—Esta mañana estuve en casa de Ana.

—¿Y cómo está? — preguntó Mata.

—Me preocupa — respondió Ruth -. Está leyendo un libro sobre la vida después de la muerte... creo... fantasmas y eso... no sé explicar...

—No... si entiendo lo que dices... pero es normal...

—¡Yo no lo veo tan normal! — contestó Ruth -. ¿Por qué no puede aceptar que está... que ya no está?

Mata miró a su novia con gesto severo.

—Me sorprende que precisamente tú digas eso.

—Pues precisamente por eso. Yo quería a David más que la mayoría de vosotros, y creo que nadie sufrió ni lloró más que yo cuando murió. Comprendo que Ana sufra más que ninguno de nosotros, pero, por favor... ¿por qué no puede aceptar que...?

Ruth sintió un nudo en la garganta.

—Sabes que yo podría haber muerto también...

Por un momento, Ruth se quedó sin aire, y sólo pudo sollozar mientras las primeras lágrimas asomaban a sus ojos.

Mata la rodeó con sus brazos, besando su sien. También él empezaba a llorar.

—Ruth, mi amor, no te preocupes... ya sabes que a Ana siempre le interesaron esos temas.

—Sí, lo sé... pero es que no admitió haber comprado ese libro porque sí... ¿Te puedes creer que me dijo que lo compró sin darse cuenta, en la librería de David?

—Bueno... ¿si yo me muriera lo aceptarías tan fácilmente?

—No, Mata, eso no tiene nada que ver...

—¿Y qué si piensa que algo de David sigue por aquí?

—Pues eso mismo, Mata... sólo me preocupo por ella... cuanto antes lo acepte, más podrá seguir viviendo su vida.

Mata respiró hondo.

—Te entiendo... por cierto, Manolo me llamó justo cuando salía.

—¿Qué quería?

—Que nos viéramos en el local.

El local no era más que una habitación de la casa de Ricardo, que pertenecía a su hermano antes de que se emancipara. Ahora tenía las paredes forradas de cartón de huevo, la batería de Ricardo, unas cuantas sillas y banquetas, una neverita que todos los del grupo se dedicaban a llenar de refrescos y chucherías varias y unos amplis que compraron con lo que pudieron sacar de sus tres primeras actuaciones remuneradas, y que esperaban poder usar en público cuando surgiera una cuarta.

Cuando Mata y Ruth llegaron, Ricardo estaba emulando a su ídolo, Mike Portnoy (todo lo que podía emularlo teniendo su kit sólo un bombo, dos cajas, dos toms y cuatro platos...), ante la atenta mirada de Jana, que sonreía mientras saludaba a los dos recién llegados.

—Por Dios, Ricardo, deja de aporrear esa cosa... — bromeó Mata besando a Jana.

—No te levantes — saludó con dos besos Ruth, indicando a Ricardo que no se molestara.

Aunque ya no llevaba la escayola, aún debía usar muletas un tiempo más.

—¿Qué tal estáis? — preguntó Jana.

—Estamos — respondió Mata tomando asiento en una de las banquetas —, que no es poco.

—¿Van a venir todos? — preguntó Ruth sin darse cuenta.

El incómodo silencio se rompió cuando la puerta se abrió y Manolo, Luisa y Paco entraron, y el incidente se borró de la mente de todos.

Ambos llevaban sus instrumentos enfundados. Aunque nadie dejó de advertir que Manolo traía una segunda funda.

—Hola holita hola — saludó Paco con un gesto de la mano.

Tras saludarse todos, más tristes que alegres, los recién llegados tomaron asiento y miraron a Manolo.

—Ricardo —intervino Mata —, ¿un cenicero?

—Tío, aquí dentro no se fuma — respondió Manolo.

Mata levantó el paquete de pipas.

—Lo estoy dejando...

Tras el interludio, de nuevo las miradas recayeron sobre Manolo.

—¿Qué? — preguntó.

—¿Qué querías? — respondió Ricardo, aunque todos conocían la respuesta.

—Bueno, iré al grano — Manolo intentó ponerse serio, pero su gesto severo arrancó alguna risita —, cabrones...

Las risas se acrecentaron.

—Vale ya, esto es serio... David hace ya tres semanas que murió.

La afirmación cayó como una losa.

—En fin — continuó Manolo —, lo que quiero decir es que, desde entonces, no nos hemos reunido para tocar. Y se supone que tocar es lo que más nos gusta.

—Eso lo dices porque no tienes novia — rió Mata mientras recibía una torta de Ruth en el hombro.

—Ya vale. Lo que quiero decir, es que David no querría que dejáramos de hacer esto. Le he estado dando vueltas desde hace algunos días... y es lo que creo que tenemos que hacer. Volver a tocar. Seguir por donde lo dejamos o empezar de nuevo. Pero tocar. Y hacerlo por nuestro amigo.

Un nudo en la garganta de todos los presentes trajo al local un silencio que finalmente se vio roto por Ricardo.

—Tendremos que buscar a un nuevo guitarra rítmica.

—De momento podremos apanárnoslas los cuatro solos.

—¿Con sólo un guitarrista?

—¿Y por qué no, Ricardo? Led Zeppelin tenían sólo a Jimmy Page, Deep Purple a Ritchie Blackmore y ahora a Steve Morse, Rush a Alex Lifeson, Cream a Eric Clapton...

—Pero tío, esos son grupos de cuando al principio creó Dios los cielos...

Ricardo se mordió la lengua ante la mirada asesina de Manolo.

—Tío, que eso lo diga alguien cuyo grupo favorito es Dream Theater...

—Manolo, yo te quiero mucho — se defendió Ricardo con una sonrisa -, pero tú no eres John Petrucci.

—Ya, lo sé, y además me faltan dedos en una mano — añadió mostrando sus muñones, ya perfectamente cicatrizados -. ¿Pero acaso tú dejarías de tocar si te faltara un brazo? Porque has visto a Def Leppard, ¿no?

—Claro... pero...

—Y mira a Yngwie... también estuvo a punto de perder una mano...

—Pero tampoco eres Yngwie Malmsteen — rió Mata.

Manolo le acompañó en sus risas, como el resto del local.

—Pero bueno, ¿queréis un segundo guitarrista? Pues bueno, para algo me he traído la vieja.

Manolo cogió la funda más vieja de las que traía, y de ella sacó una Academy, réplica de una Stratocaster, que enchufó a uno de los amplis, comprobó que estaba bien afinada, y, finalmente, se la tendió a Luisa.

Esta la cogió y se la colocó sobre el muslo.

—Venga — animó Manolo.

—¿“Venga” qué? — preguntó Luisa.

—¿Cómo que “venga qué”? Toca...

—¿Que toque?

—Claro... sabes tocar, te hemos escuchado todos.

—Pero sólo toco clásica. No sé *heavy*...

—¿Y qué? La música es música. Sabes tocar. Y te gusta. Te gusta lo que hacemos, y puedes hacerlo. ¿A que puede? — preguntó a sus compañeros.

Estos estaban tan sorprendidos de lo que estaba pasando que no sabían qué decir.

—Tanto como poder... — empezó a decir Paco — ... hasta mejor que tú.

—Paquito, no te pases...

—No se pierde nada porque lo intente — añadió Ricardo.

Luisa estaba roja como un tomate.

—¿Qué decís?

—Que sí — insistió Manolo —, que puedes.

—¿Crees que podría tocar *Layla*? — preguntó Luisa en voz muy baja.

Todos la miraban en silencio.

—Bueno... lo intentaré.

—Lo intentarás y lo harás muy bien.

Luisa sonrió, y todos pensaron entonces que sí que podría ser...

Y entonces, tras unos golpecitos, la puerta se abrió.

Ana apareció en el umbral, saludó y entró tímidamente.

—Justo cuando pensaba que no vendrías — dijo Manolo.

Todos la besaron y abrazaron, incluso Jana, y Ruth, quien pareció haber olvidado el incidente.

—Así que volvéis — dijo con una sonrisa en sus labios.

—Claro — respondió Paco —, como si todo siguiera igual.

—Es lo que él querría — dijo Ana, triste —. Vamos, estoy deseando escucharos.

—¿Y si empezamos con algo nosotros cuatro, mientras Luisa deja de temblar? — propuso Mata con una risa, para aliviar el ambiente.

—¿Con algo como qué? — preguntó Paco.

Manolo expuso su propuesta pulsando las cuerdas de su Cort, que ya había preparado, con las notas del riff principal de *Aqualung*.

—No tenemos teclado — dijo Mata, aunque nadie le hizo mucho caso.

Al acabar la segunda, Ricardo se le sumó con la batería, y Mata y Paco se unieron para empezar a interpretar el clásico.

Y, aunque todos lo notaron, nadie supo precisar qué era esa sensación de alegría y unidad que les embargaba.

Tampoco sabrían precisar en qué momento notaron como si un observador, invisible en un rincón, hubiera vuelto a sonreír por vez primera desde la noche de su muerte...

XV

“¿Por qué no te has ido ya...?”

Y supongo que pensarás que una leve sonrisita me haría feliz para el resto de los tiempos, ¿no?

Iluso...

Vale, lo admito, tuve un pequeño reflejo momentáneo de felicidad. Pero, al pasar... pues pasó.

Y me hundí más en mi propia mierda, por así decirlo.

Por un momento volví a pensar en buscar a Loli para que hablara con Ana. Pero de nuevo me parecía una estupidez. Ana no escucharía a Loli. Aunque a veces pensara que sí. Después de todo, si le dijera que iba en mi nombre, ¿no lo haría? ¿No lo haría yo acaso? ¿Acaso no me amaba ella a mí como yo a ella?

Pero entonces pensaba que no, que no era lógico que la escuchara. A una loca que se le acerca y dice hablarle en nombre de su novio muerto.

Jeje... tiene gracia... su “novio”.

Tal vez no me amara tanto, después de todo...

No sé cuánto tiempo pasó, pero tampoco creo que importara. Fueron algunos ratos vagando sin rumbo, sin sentido, sin saber nada, y nada me importaba que así fuera... el caso es que llegué a un callejón que no había visto nunca antes.

Había dos extraños hombres, hablando en voz baja. Evité acercarme, principalmente, porque el tema que trataran me la

traía especialmente floja en ese momento. Pero, por otro lado, sentía una especie de extraña curiosidad...

No sé... algo difícil de explicar.

El caso es que decidí acercarme. Total, ¿qué podría pasarme?

Pero, entonces, algo hizo ruido, como de cosas cayendo, a la entrada del callejón, y los hombres miraron hacia el origen del ruido.

Se miraron uno a otro y pasaron por mi lado, llegaron a la entrada del callejón y tomaron direcciones opuestas.

De nuevo, sonó un ruido similar, y entonces vi a lo que lo originó.

Era un gato.

Un gato negro con la punta de las patas blancas.

Y el muy... cabrón, me estaba mirando.

No sabía si es que los gatos podían verme, o si este en concreto era médium, pero la verdad era que me estaba mirando, impasible, como si nada, siguiéndome con la mirada, hasta que levantó la pata a mi dirección.

De verdad que me asustó.

Entonces, escuché una serie de ruiditos mecánicos, y vi algo que sólo la contemplación del gato hizo que me pasara inadvertida.

Un hombre de unos treinta años, de aspecto descuidado, con una cámara de fotos.

Miró hacia donde estaba yo, y sonrió al aire.

—Mefistófeles — dijo, y el gato se puso a su lado. Se arrodilló y acarició su cabeza -. ¿Seguro? Bueno... ya lo veremos.

Y se fue.

Me quedé helado, clavado en el sitio.

Hasta que escuché una voz.

—¡Idiota! — dijo. Y, lo que es peor... me lo dijo a mí -. ¡Te ha pillado!

Me giré lentamente, lleno de terror e incertidumbre más o menos a partes iguales, a pesar de saber con qué me iba a encontrar.

Ahí había una mujer de unos setenta años, con medio cuerpo perdido al otro lado de la pared... Y parecía estar enfadada.

Y yo no sabía cómo contestar.

Así que hice lo único que se me ocurrió: echar a correr tras el de la cámara y el gato. Pero la calle estaba llena de gente, y no quería tocarles. Pero me decidí, salí a la calle, y me vi en el cuarto de Ana.

Y allí estaba ella.

Vestía unos viejos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes. Todo negro.

Sentada en su escritorio, sus tristes ojos se posaban sobre una hoja de papel en la que escribía algo.

Me arrodillé junto a ella. No sé durante cuánto tiempo pasó, y tampoco creo que eso importara. El dolor físico es la mayor incomodidad de la que te deshaces al morir. Pero el dolor espiritual es increíblemente mayor.

Y de cosas así me daba cuenta en situaciones como esa.

Pero no podría haber apartado la mirada de sus enormes ojos oscuros, velados por los flecos de su negro cabello ondulado.

Me iba a destrozar, lo sabía, pero no podía hacer otra cosa.

Y comenzaba a notarlo. Una especie de dolor en toda el alma, que me consumía poco a poco. Y yo lo permitía... ¿qué otra cosa podía hacer?

Suspiré con dolor, a pesar de no necesitar ya de aire, pero no pude evitarlo, ni veía motivo para hacerlo, en cambio, en ese momento lo sentía así.

Habría querido tanto extender mi mano, jugar con su pelo como lo hice tantas veces... acariciar su cuello o besar sus tiernos labios...

Pero no podía, no me arriesgaría a hacerle de nuevo lo mismo. Apoyé mi cabeza en la mesa, para mirar mejor esa cara tan preciosa, esa nariz que tanto me gustaba pellizcar, besar, lamer... sí, también lamer... a ella le hacía reír. A mí también, cuando era ella la que me lo hacía.

Esa piel suave, que mis labios habían conocido tan bien... y esos ojos que me miraban al fondo del corazón.

Habría deseado salir vivo de aquel accidente sólo para que ella no sufriera.

Porque para mí ella lo era todo.

Cuando nuestras vidas no eran nada, nos encontramos, y ahora que éramos uno...

Entonces se levantó, lánguida como una marioneta de trapo. Dejó su escrito sobre la mesa, y se dirigió al cuarto de baño. Y yo la acompañé.

Al encender el grifo de la bañera comprendí que estaba sola en casa, pues le gustaba poder bañarse tranquila sin nadie que le metiera prisas. Poco a poco, se fue desnudando, como si el roce de la ropa contra su piel le produjera una especie de placer, aunque no sonreía.

Su carita de ángel estaba triste, y sus lágrimas corrían abajo mezcladas con su sudor.

El agua estaba caliente, demasiado para el verano que ya debía estar encima. Eso lo comprobé cuando vi el espejo empañarse, y el sudor brotar del cuerpo desnudo de Ana.

Ella se metió en la bañera, siendo cubierta casi totalmente por el agua caliente.

El sudor y el vapor fueron alisando poco a poco su pelo, cuando, de repente, sus párpados, que caían relajados sobre sus ojos, se abrieron.

Sin preocuparse del agua que chorreaba su piel, salió de la bañera y se dirigió a uno de los cajones del lavabo, sacando una cuchilla de afeitar. Miré a sus piernas, preguntándome para qué la quería, si su piel se veía tan suave que me mataba no poder acariciarla...

Entonces, la repentina certeza de lo que iba a hacer me llenó de terror. No podía creer lo que estaba a punto de hacer ni aun cuando, con un fuerte golpe, cerró el cajón, a cuyo interior aso-

maba la cuchilla, de modo que rompió la maquinilla, tomando entre sus finos dedos la pequeña pieza de metal...

Si hay algo parecido al aire en el interior de un fantasma, en ese momento me abandonó, el frío me inundó de repente, y le grité.

¡No podía hacer eso!

Intenté agarrar sus manos, a pesar del miedo que me suponía. ¡Pero mayor era el de verla condenada como al padre de Loli!

Así que la agarré, pero yo no era ni aire, y ella, temblorosa, no pareció notar cómo mi forma atravesaba su cuerpo como si fuera niebla. No parecía sentir nada. Ni el calor del agua que se evaporaba y que volvía a cubrir su cuerpo ni el dolor del fantasma atravesándola. Nada se reflejaba en su rostro salvo la determinación de acabar con su vida...

¡Le grité!

¡Acerqué mi cara a su oído y le grité con todas mis fuerzas que no hiciera eso!

Pero no podía oírme...

Golpeé todo a mi alrededor. El agua, las cortinas, el espejo... pero nada había que pudiera hacer que apartara la mirada de Ana de los reflejos de la reluciente cuchilla.

¡Ella no me veía intentar detenerla, no me oía gritar que no lo hiciera, no sentía mi presencia en su piel como antes!

Para ella no había nada más que esa cuchilla, y las venas que el calor dilataba en su muñeca...

Cuando posó el filo sobre su suave piel, noté que todo mi mundo se evaporaba como el agua sobre la piel de Ana.

Sin embargo, dudó.

Levantó la cuchilla, que había dejado un pequeño, insignificante orificio en su muñeca.

Y la colocó de diferente forma...

Yo no podía hacer nada más aparte de gritar y llorar mientras veía a Ana dudando si cortar en vertical o en diagonal o en horizontal, ensayando cortes en el aire sobre su muñeca.

¿Por qué me hacía sufrir así?
¡Tenía que haber algo que yo pudiera hacer! Pero, ¿qué?
Miraba a mi alrededor buscando algo, aun sabiendo que de nada serviría. Y, de nuevo, miraba a Ana.
Conocía esos ojos mejor que los míos propios, y sabía que en esa mirada el miedo y la determinación andaban parejos.

Iba a hacerlo...

¡Iba a hacerlo!

¡Yo le gritaba, más a mí que a ella, que no podía escuchar!

Colocó la cuchilla de nuevo sobre su vena...

Intenté golpear su mano, pero de nada servía.

La apoyó contra su piel...

Yo golpeaba el agua sin que hubiera efecto alguno.

Una roja gota de sangre asomó bajo la esquina del filo...

Creí que mi alma se evaporaba con el agua del ambiente cuando, de un rápido movimiento, Ana deslizó el filo de la cuchilla por su muñeca.

Y la sangre comenzó a brotar...

Grité como sólo podría gritar un espíritu sin cuerpo, pero Ana se limitó a cerrar los ojos y reposar la cabeza contra el borde de la bañera, mientras el agua comenzaba a adquirir un siniestro color carmesí.

¡Y yo sólo podía gritar!

Grité y lloré intentando que Ana me escuchara, que hiciera algo para que despertara de esta pesadilla en la que, de repente, me vi sumergido.

“¡Ana!”, le gritaba, “¡Deja de hacer esto!”, pero ella no podía escucharme.

Y así, agarrado al borde de la bañera, veía como, poco a poco, la vida iba abandonando su cuerpo.

Pero, de repente, abrió los ojos, sobresaltada.

Casi se cae al intentar salir de la bañera para coger unas gasas de un cajón y apretarlas contra su muñeca herida. Tras lavarse el

corte, aún sangrante, comprobó que no era tan profundo, apenas un rasguño, y se envolvió la herida con algodones y vendas.

Se arrodilló en el suelo del baño, apretándose la muñeca, y, con la cabeza gacha, lloró.

Yo también lloraba, tirado en el suelo, a escasos centímetros de ella.

XVI

—¿Qué tienes?

David apoyaba su cabeza contra el pecho de Ana, cuyas piernas rodeaban la cintura del muchacho. Éste podía sentir los latidos del corazón de ella contra su espalda, mezclándose ambos en un mismo son. También su aliento, tenue, cálido, leve, acariciaba el cuello y el hombro de David con ritmo uniforme. Y la suavidad de su piel contra la suya propia, refugio contra todos los problemas que le podrían acosar.

Las manos de Ana recorrieron el cuero cabelludo de David, despeinando su media melena negra.

—David.

—¿Qué?

—¿Qué tienes?

David respiró profundamente, incorporándose un poco, notando como su espalda oprimía suavemente los desnudos pechos de Ana.

—No lo sé.

—No, en serio, sí lo sabes... ¿Qué tienes?

—No lo sé... explicar.

—Puedes intentarlo.

David respiró hondo, despegando sus manos de las piernas de Ana, y extendiendo los brazos como en busca de comprensión.

Finalmente, volvió a posarlas sobre la piel de la muchacha.

—Seguramente me esté preocupando por nada — dijo David finalmente.

—Luego estás preocupado.

—Sí... bueno... no exactamente preocupado.

—¿Mosqueado?

—No lo sé... Asustado.

—¿Asustado por qué?

—Por ti.

Ana se quedó helada al oír las palabras de David.

—¿Por qué por mí?

—Porque me he e... creo que me estoy enamorando.

Ana sonrió sorprendida, besando la oreja de David.

—¡Pues no esperaba menos! ¿Y eso te preocupa?

—Sí, me preocupa, pero, por otro lado... todo lo contrario.

—No te entiendo.

—Lo sé.

Se hizo el silencio unos segundos.

—¿Me lo explicas?

—Ana... ¿sabes por qué nunca me he cortado al decirte lo que siento por ti, o lo que quiero de ti?

—Porque has pasado por muy malas experiencias, y la mitad de ellas han sido por culpa de no decir lo que sientes.

—Y no sólo por eso.

Ana esperaba.

—¿Y por qué más?

—Porque mañana puedo estar muerto.

Ana golpeó con la palma de su mano el hombro de David.

—No digas eso.

David soltó una risita.

—Pasa todos los días, Ana, mi vida. Todo está perfecto, y un día a alguien de arriba se le cruzan los cables, y decide que tu tiempo en la Tierra se acabó, y te manda un coche a setenta por hora saltándose los semáforos y los pasos de cebra, y, por supuesto,

pasándose tu vida por el forro de los cojones... Ana, tal vez no lo creas, pero, cuando te vi por primera vez, creí que ibas a morir...

—Exageras.

—No, en serio, vi ese coche, te vi, al alcance de la mano, y pensé, “se mata”. Y te agarré.

—No creo que...

—Eso es lo de menos, Ana, lo que creamos o lo que no... Pero no podía esperar a ver qué pasaba. Es como en todo, Ana. Si sólo somos espectadores, no haremos nada por cambiar las cosas. En cambio, si somos autores, tenemos el poder de cambiar las cosas, para bien, o para mal, para nuestro provecho o para el de quien sea.

Ana reflexionó acerca de las palabras de David por unos segundos.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que me has dicho antes?

David se giró, mirando a los ojos de Ana.

Acarició suavemente su mejilla izquierda, besando la derecha. Luego besó la izquierda.

—Pues que a veces no sé si con mis acciones te acerco o te alejo de mí. Soy torpe, lo sabes. Pero también sabes, creo, lo que siento por ti. Aunque no siempre lo tengo claro... Ahora mismo, por ejemplo, ¿cómo sé si abrir la boca me va perjudicar más que si la cierro?

—Te entiendo — dijo Ana —, pero no...

—A veces creo que no te tomas en serio lo que siento por ti.

Ana fue totalmente cogida por sorpresa por las palabras de David.

—¿Qué?

—No me malinterpretes, Ana...

—No, no hay manera de malinterpretar eso...

—No, supongo que no. ¿Pero qué somos?

—¿Cómo que qué somos?

—¿Qué somos? Novios no somos.

Ana miró al vacío, con las palabras resonando en su cabeza.

—Nominalmente no... —dijo finalmente.

—¿Y por qué ese miedo a...?

—¿Miedo? —interrumpió Ana—. David, pequeño, tú no eres el único que lo ha pasado mal antes, y los dos lo sabemos muy bien. ¿Qué importa lo que seamos? Para mí eres David, y yo para ti debería ser Ana. ¿Qué más da la etiqueta que le quieras dar? Para mí somos dos. Tú y yo. Lo demás son sólo palabras. ¿Es compromiso acaso lo que quieres? ¿Saber que soy sólo tuya como tú sólo mío? ¿Y crees que con palabras vas a atarnos más de lo que lo estamos? Amor, el único compromiso válido es el del corazón. No tienes que temer por eso, porque mi corazón es tan tuyo como el tuyo lo es mío.

David sonrió, con tristeza.

—Lo sé, Cielo. Pero es sólo que a veces tengo miedo de dejar algo por decir. Y siempre tengo la impresión de que es así.

—¿Quieres que seamos novios, oficialmente? —preguntó Ana.

—No. Eso me da igual...

Hizo una pausa, que aprovechó para respirar hondo.

—Si muriera mañana... temería perderme muchas cosas. Cosas que no estoy dispuesto a perderme, cosas por las que quiero luchar, pasando por encima de quien sea, tal vez incluso de ti, y lo siento, de verdad... Es por eso por lo que siempre te he dicho sin tapujos lo que siento por ti, y lo que he querido de ti. Porque mañana puedo estar muerto, y no quiero abandonar este mundo pensando que me he dejado algo por hacer. Algo que tal vez tú también querrías, pero que el silencio nos apartó de lograrlo.

Ana apretó sus brazos alrededor del pecho de David, besando su nuca.

—Mi niño, sabes que te quiero mucho. Y eso no va a terminar.

—Lo sé, Ana... —respondió David, melancólico—. Ahora lo sé...

XVII

Ana, luchando por ponerse la bota derecha, tuvo que abandonar el intento para ir a abrir.

“Quien sea, tampoco es oportuno...”, pensó.

Se asomó por la mirilla y sonrió nada más reconocer a la persona al otro lado. Pero luego torció el gesto al apartarse de la puerta cuando iba a abrir la puerta.

No podía ser él.

Volvió a mirar.

Era él.

Con una enorme sonrisa, abrió la puerta, exclamando el nombre de Julio. Él, por su parte, se sorprendió mientras recibía en sus brazos a Ana, que cerca estuvo de hacerle daño con la fuerza de su abrazo.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Ana, entrando en la casa y dando la espalda a Julio -. Pasa... aunque estaba a punto de salir.

—Pues eso, que me enteré de... bueno...

Ana se detuvo. Se giró y miró a Julio.

—De lo de David.

—Sí... me enteré hace un par de semanas... quise llamarte... pero pensé que lo mejor sería venir.

—No es verdad — dijo Ana con una sonrisa -. No has venido sólo por verme.

—Bueno, no... La verdad es que estaba loco por bajar, pero pensé que tenía que venir ya.

Ana trazó con sus labios una triste sonrisa.

—Me alegro de que hayas venido. ¡Pero la verdad es que tenía que salir!

—Ah, vaya...

—Pero puedes acompañarme. He quedado con la madre de David.

—¿Ah, sí? Creía que no os llevabais bien.

—Así es... Pero queremos hacer las paces.

—Ah, mira...

—Por cierto —dijo Ana metiendo unos caramelos en el bolso—. No sé si te lo dije, pero es una pena lo de Gloria y tú.

—Bueno... no pasa nada —dijo Julio, quitándole importancia—. Mejor así. Desde que supe que nos íbamos para allá arriba, teníamos claro que, al primer problema que nos planteara estar tan lejos, lo mejor sería dejarlo y quedar bien.

—Y habéis quedado bien, ¿no?

—Mucho —respondió Julio—, vino a recogerme con su novio, Antonio. Parece buena gente.

—No sé —contestó Ana—. No le conozco mucho... Por cierto —dijo sacando a Julio de la casa y cerrando la puerta—, ¿qué tal allí arriba?

—No muy bien. Todavía estoy esperando a que llegue la primavera.

Ana sonrió.

—Mucho frío, ¿no?

—No, frío no... Que no es como aquí abajo.

Ana y Julio comenzaron a caminar a través del jardín hacia la calle. Una vecina les miró de forma extraña cuando Ana la saludó.

Concha estaba sentada a la mesa de la terraza de la cafetería leyendo un pequeño volumen acerca de la Revolución de 1848 cuando vio acercarse, vestida de negro, camiseta y vaqueros, a

Ana. Parecía conversar muy animadamente con un muchacho alto y bastante mono. Finalmente, a unos metros de donde ella estaba, Ana y el desconocido se abrazaron, y fueron cada uno por su lado. Ana saludó con la mano y una sonrisa a Concha una vez la vio. Esta se levantó para recibirla con dos besos.

Concha no era muy alta, sin embargo, lo era más que Ana, y su largo pelo castaño claro y su figura de treintañera, harían pensar que podría ser para Ana cualquier cosa, excepto su suegra.

“Suegra...”. Ana se sorprendió de no sentir escalofríos al pensar en la palabra.

—¿Qué tal estás? — preguntó Concha.

—Bien, bien... Creo que mejor. ¿Y usted?

Concha se encogió de hombros.

—Tengo dos hijas más. No puedo dejarme devorar por la pena.

—¿Cómo están Sonia y Paloma? Hace mucho que no las veo.

—Paloma tiene a Marcos, así que tiene más apoyo, pero Sonia lo lleva un poco peor. Más de una vez la hemos encontrado tirada en la cama de David.

—Pobre...

—¿Quién era? — preguntó Concha.

—¿Quién era quién?

—Tu amigo.

—Ah, era Julio, un viejo amigo de toda la vida. O casi. Se hizo muy amigo de David, y en cuanto lo supo, quiso venir de Galicia. El padre trabaja allí, y tuvo que irse el otoño pasado.

—Ahá...

Concha abandonó la conversación por un momento para llamar la atención de la camarera. Cuando se acercó pidió un manchado, y Ana un simple vaso de leche.

—Por cierto — dijo Ana —, siento no haber podido quedar antes... Hace ya casi un mes que lo hablamos, pero tenía mucho que estudiar.

—No te preocupes. ¿Qué tal has acabado el curso? — preguntó Concha.

—Bien. Al final, lo aprobé todo.

Concha suspiró.

Sin duda para Ana, pensaba en la ilusión con la que trabajaba David para poder pagarse el módulo de técnico de estudio de grabación. Tendría que estudiarla lejos de Alcidia, y eso conllevaba una serie de gastos que estaba más que dispuesto a pagarse él mismo.

Se fijó entonces en que Ana no dejaba de jugar con la negra muñequera que le cubría buena parte del antebrazo.

—¿Y tus padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—Supongo que te apoyarán.

—No... no demasiado. La verdad, creo que les da un poco igual.

—¡Pero cómo es eso! -. Concha parecía escandalizada.

Ana se encogió de hombros.

—Así es como es... creo que a ellos... no sé si decir que se alivian. David no les gustaba.

Ana miró de reojo a Concha, quien parecía estar a punto de montar en cólera.

—Pero bueno — dijo Ana -. Creo que ni yo les gusto demasiado...

—Si te soy sincera — dijo Concha -, a mí tampoco me gustabas demasiado. Pero no creo que tuviera nada que ver contigo, sino conmigo. Tal vez no soportaba la idea de que te pudieras llevar a mi niño -. Concha sonrió con amargura -. Pero ahora me doy cuenta de que eras muy importante para él, y algo de él debe quedar en tí. Tal vez por eso ahora tenga la necesidad de acercarte a mí, o tal vez sólo sean desvaríos de una pobre desgraciada.

Ana iluminó su rostro con una sonrisa y su lagrimar con una pequeña gota de diamante.

—A veces siento que sigue a mi lado — dijo Ana -. Me viene su olor, o me da la impresión de que me voy a girar y él estará ahí.

—Sí, sé a qué te refieres. Yo también lo he notado. ¿Nos estaremos volviendo locas?

Ambas rieron un poco, olvidando la pena que las unía durante unos segundos.

Se hizo un breve silencio que fue finalmente roto por Ana.

—Estaríamos locas si no sintiéramos esas cosas, ¿no cree?

XVIII

"¿Por qué...?"

"Debe haber alguna razón... ¿no...?"

"¿Qué haces aquí...?"

"¿Qué te ata...?"

"Aquí no tienes ya nada..."

"¿Qué importancia tiene...?"

Ya lo dije, los muertos no soñamos.

Sin embargo, esas palabras me venían a la cabeza como si los recordara de repente de un sueño... no sé... es algo raro, difícil de explicar.

Pero en esos días empezaban a hacerse más fuertes dentro de mi cabeza.

En fin...

Llevaba más de un mes muerto, en la más completa soledad, cuando conocí a Raquel.

Vagaba por las calles, sin saber por qué, cuando la vi.

Estaba sentada en unos escalones de la plaza de Astarté, con una triste sonrisa en sus labios, mirando a sus pies, con lo que su pelo castaño claro le cubría la cara. Vestía un bonito vestido azul oscuro y unas botas negras, y jugueteaba con un colgante que llevaba al cuello.

Me acerqué a ella dudando un poco. Sabía que también ella estaba muerta, pero no sabía si podría verme.

Pero sintió mi presencia, y levantó la mirada hasta donde estaba la mía. Y sonrió.

—¿Tú también? — me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Hace cinco semanas. ¿Y tú?

—Un par de horas.

—¿Sólo un par de horas?

—Sí...

—¿Y puedes verme?

—Puedo verte y puedo oírte. Pero no sé como te llamas.

—Perdona... me llamo David.

—Yo soy Raquel.

Inmediatamente después de presentarse, Raquel se levantó, y, no haciendo caso a mi respingo, me tomó del brazo y me dio dos besos, como si tal cosa.

Cierto que nunca antes había tocado a otro fantasma (después de todo, sólo había visto a dos, y no me apetecía nada tocarles), pero nunca esperé que el tacto con otro de los míos resultara tan agradable.

—Lo llevas muy bien — le dije -. A mí me resultó más difícil de aceptar...

—Bueno — dijo ella con su triste sonrisa, encogiéndose de hombros -. Podría haber sido peor... Además, no ha sido ninguna sorpresa. Llevo enferma de esto — dijo llevándose la mano al pecho — desde que nací. Simplemente sabía que pasaría en algún momento. Y, cuando me lo vi venir, me puse mi mejor traje, y esperé. Mi madre me preguntó “¿por qué te has vestido tanto?”, y le respondí “porque me voy...”. La pobre... la dejé llorando. No se dio cuenta hasta pasado un ratito que yo había muerto. A los diecisiete años.

—Lo siento — dije yo.

Ella me miró sin dejar de sonreír.

—Sí, sé que lo sientes, porque también tú has pasado por esto... ¿cómo fue lo tuyo?

—De repente, un accidente de tráfico. Un mamón que iba borracho.

—También ibas muy guapo.

—Gracias... tenía un... llamémosle “evento”.

—¿Por qué te sorprende que te vea? — me preguntó.

—Porque yo tardé casi dos semanas en ver al primero.

—Bueno — dijo mirándome con sus ojos verdes —, tal vez tardaste en aceptar tu situación...

—¿Has visto a alguno más? — le pregunté mirando a mi alrededor.

—No, eres el primero.

Entonces se hizo el silencio entre nosotros. Miré de un lado a otro, sin saber por qué seguía allí. Raquel tampoco me hablaba. La situación empezaba a volverse incómoda, pero no quería alejarme de ella ni un segundo.

—Bueno... —dijo finalmente, moviendo sus manos alzadas en círculos alrededor de su cabeza —, también he visto a esas otras cosas...

—¿Qué cosas? — le pregunté alarmado.

—Las cosas... esas cosas pequeñas... pelotas amarillas... que revolotean alrededor de algunas personas... y les hablan...

—¿Que les hablan?

—Sí, ¿no las has visto?

—No... nunca... pero tal vez las haya oído.

—No sé si las has oído, pero yo sí las he visto... y... dan miedo...

—¿Qué son?

—Son como pequeños bichos, no tienen una forma concreta... vamos, que cada uno era totalmente diferente... al menos, los que vi... Aunque suelen tener forma de eso, de pelotas amarillas... Pero, viniendo hacia aquí, vi a unas pocas revoloteando alrededor de la cabeza de una mujer... y susurrándole cosas, no pude escuchar qué... pero ella parecía ajena a lo que le decían... pasando de todo...

Escuchar lo que me decía Raquel me dejaba claro que, en verdad, seguir con ella me vendría muy bien.

—Ven conmigo — dije, cogiendo su mano.

—¿A dónde?

—No lo sé... pero aquí no hacemos nada...

—Enfrente de ese escaparate hay una niña con un trajecito blanco... — me decía Raquel -. Tiene que llevar como cuarenta años muerta.

—Yo no puedo verla.

—Y... Dios...

—¿Qué pasa?

—¿Ves esa cosa en la azotea de aquel edificio?

—No... ¿Qué es?

—¿De verdad que no lo ves? ¡Si es enorme! ¡Dios! ¿Qué cosa es esa?

—¿¡Qué hablas!?

—Dios... es... está bajando... tiene que tener como quince metros de envergadura...

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Sí — respondió riendo.

Le di un golpe en el hombro y ella respondió con un manotazo en mi pecho.

—Estás de muy buen humor para estar recién muerta.

—Y tú demasiado serio para llevar ya cinco semanas... Aunque, si te soy sincera — dijo sentándose en un banco vacío -, siento que llevo muerta mucho más tiempo.

—¿Cómo es eso?

—Bueno... lo veía venir. Supongo que por eso lo acepto.

—¿Crees que por eso puedes ver a los muertos mejor que yo?

—Seguramente.

Raquel miró a un lado y a otro, y finalmente, a mí, sentado a su lado.

—¿Hay algo más? —preguntó finalmente.

—¿Cómo que algo más?

—No sé... algo como el cielo... o el infierno.

—Ni idea... llevo cinco semanas... bueno... al principio me lo preguntaba. Ahora creo que este es nuestro cielo y nuestro infierno.

—¿Y no has podido comunicarte con ningún vivo?

—No... Mentira, ¡sí que he podido!

—¿Sí?

—Claro, con Loli.

—¿Qué Loli? ¿Loli la Loca?

—La misma. Ella es médium.

—¡Tenemos que buscarla! —exclamó Raquel llena de emoción.

—Vamos a la calle Santa Elena. Normalmente, me la encuentro allí.

Pero no terminé de hablar cuando me di cuenta de que ya estábamos en Santa Elena. Y allí estaba Loli.

Pero no estaba sola.

El hombre del gato y la cámara de fotos estaba allí con ella, en cucullas.

Vestía con vaqueros, camiseta gris y zapatillas de deporte, y llevaba una mochila a la espalda.

Sonreía como si tal cosa, como si le hablara a una persona normal, cosa que Loli parecía agradecer, pues le escuchaba llena de entusiasmo, sólo por esa muestra de respeto que hacía tanto que no recibía, si alguna vez lo hizo.

—Disculpe, señorita —le decía el tío—. ¿Podría charlar un rato con usted?

XIX

El ojo derecho de David mantenía una dura pugna por su intimidad.

El sol que se colaba por la ventana le mordía un párpado que quería permanecer cerrando el ojo dormido.

Pero no había manera.

Un embrión de pensamiento se formó en el interior de la cabeza de David. A esas horas y con tan poco sueño, no podía pedirle más...

¿Pero qué hora sería? Ese ojo no lo comprobaría, eso seguro...

El pensamiento, finalmente, acabó tomando forma...

“¿Dejé la persiana abierta?”

Desde el fondo de su media consciencia, le llegó la respuesta.

“Creo que no...”

Intentó girarse, pero el peso de su propia cabeza le suponía un esfuerzo hercúleo.

Pero él era todo un alcidiano, podría hacerlo.

Con todo un esfuerzo por parte de su cuello, David levantó su cabeza y la giró, dejándola caer, lleno de orgullo, sobre la almohada.

Ahora era el otro ojo el que recibía los envites del sol...

Resignado, lo abrió, adivinando la confusa figura que poco a poco se convirtió en su madre.

—¿Y bien? — preguntó -. ¿No tienes nada que contarme?

Un nuevo pensamiento se formó en el interior de la cabeza de David.

“Mierda...”

Horas más tarde, el local de ensayo se llenaba con las risas de los compañeros de David.

—No puedo creer que tuvieras esa conversación... — decía Mata, aún riendo.

—¿Qué conversación? — preguntaba, indignado, David, moviendo nervioso un caramelo en el interior de su boca -. Allí no hubo conversación ninguna. En mi casa nunca hay conversación cuando se habla de mi vida privada, porque no hay diálogo.

—Vamos — intervino Ricardo -, que es un monólogo.

—No, un monólogo no — respondió David -, un soliloquio, porque la gente habla y yo no les hago ni caso... Pero bueno... volviendo al tema del teclista...

—No, del tema del teclista nada... — dijo Manolo -, que aquí hay cosas que no me quedan claras...

—Pues no te lo pienso volver a contar.

—Claro que no — intervino Mata -, que cuando lleguen Ruth y Jana lo va a tener que contar otra vez.

—Yo creo que le das demasiada importancia — se escuchó la vocecilla de Luisa, rascando las cuerdas de una guitarra española en silencio.

—¿Por qué? — quiso saber David.

—A ver... Paloma te vio con Ana, ¿no?

—Sí, me vio.

—¿Os vio abrazados, besándoos...?

—Sólo nos vio caminando agarrados.

—Y supongo que sólo por eso creen en casa que tenéis algo, ¿no?

—Lo creen, lo creen...

—¿Y nunca te han visto agarrado, por ejemplo, a mí?

—Pues fíjate, no.

—Pero el caso es que entre Ana y tú sí hay algo.

—Puede, pero no es mi novia.

—¿Y qué demonios sois entonces?

Luisa dejó de tocar la guitarra, mirando sonriente a David.

—Somos amigos.

—¡Un pedo, amigos! — respondió Luisa -. El Mata también es tu amigo y no le das besitos.

Hubo unos segundos de silencio.

—Pero sólo porque el Mata pincha tela...

Todos rieron durante unos segundos, y se fueron calmando las risas poco a poco.

—Yo pienso que da igual lo que seáis, o el nombre que le deis — dijo Luisa -. Porque tú la quieres, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Y ella a ti, ¿verdad?

David fue a responder, pero se detuvo.

Todos esperaban.

—¿Verdad? — repitió Luisa.

—Claro, claro...

—¡Lo dudas! — exclamó Manolo.

—No lo dudo... — respondió David -. Es sólo que a veces... no la termino de comprender...

—¿Y se lo has dicho a ella? — preguntó Luisa.

—Claro...

—¿Y bien?

—Pues no sé... — respondió David -. Me confunde...

—Y lo has hablado con ella — repitió Luisa.

David no respondió directamente.

—Tú sabes... — dijo al fin.

—No lo habéis hablado — intervino Ricardo.

—No, pero porque, cuando estoy con ella... ¡hola! — saludó a Ruth y Jana mientras entraban en el local -. Porque cuando estoy con ella, todo va bien... o no hay ocasión para hablarlo.

- ¿Qué pasa? – quiso saber Ruth.
 -Que Ana no quiere a David – respondió Ricardo.
 -¡¿Que no de qué?! – se escandalizó Ruth.
 -Yo no he dicho eso.
 -Explicadme de qué va esto. – pidió Ruth.
 -Bueno, verás – comenzó David -. Anoche mi hermana Paloma me vio con Ana por la calle.
 -¿Y qué pasa?
 -Que ahora en mi casa creen que somos novios..
 -¿Y no lo sois?
 -No.
 -¿Por qué no?
 -Porque no.
 -Pero os queréis... y no me vengas con dudas.
 -No es lo mismo, no la puedo querer más de lo que la quiero, pero es parte de mi vida privada, no familiar. Comprendes, ¿verdad?
 -Claro... pero una vez tu familia se entromete, pretende que las cosas sean de otra forma, ¿es eso?
 -Eso mismo... veo que sabes de qué va..
 -David – dijo Ruth -. tú vives por ella.
 -Pero no habla con ella – intervino Luisa.
 -Sí que hablo con ella..
 -Y aquí acabó el ensayo – dijo Ricardo, tocando el clásico redoble que sigue a los chistes malos.
 -Si quieres mi opinión – intervino Manolo -, casi que conviene... cuando las cosas no te van bien con Ana, compones más..
 -Joder, que tampoco soy el único que compone..
 -A veces pienso que te hace esas perrerías sólo para que le compongas cosas – intervino Paco.
 -Perrerías no me hace..
 -Tú me entiendes..
 -Bueno, mira, es igual – se cansó David -. ¿Lo dejamos? Bastante tengo ya con lo mío en casa.

—Como quieras — respondió Ruth —. Pero, antes de nada, piensa en una cosa.

David escuchaba en silencio. Así como el resto de sus amigos.

—¿Qué es lo realmente importante?

XX

—Emm... pasa — invitó Loli a su nuevo amigo, demostrando su total falta de costumbre en el papel de anfitriona.

Sin embargo, el extraño, sin borrar una sonrisa de su rostro, entró, tomando asiento en un raído sofá después de que Loli lo hiciera.

—No me has dicho tu nombre... ni qué quieres de mí.

El hombre sonrió aún más.

—Pero se hace una idea, ¿verdad?

Loli respondió a su sonrisa con otra menos amable.

—Me hago una idea... ¿Quién eres?

—Sí, perdone... Me llamo José Ángel Velázquez, pero me puede llamar Josan. Trabajo para una sociedad dedicada al estudio de una parte de la ciencia que ha recibido poca atención por parte de...

—¿Tiene que ver con los muertos? — interrumpió Loli.

El hombre que se presentó como Josan borró por un segundo la sonrisa de sus labios.

Pero sólo por un segundo.

—Sí, en parte sí.

—¿Y cómo te puedo ayudar?

—Usted puede hablar con los muertos.

Loli se quedó mirando fijamente a Josan.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—Bueno... — respondió el hombre -. Uno oye cosas, investiga cosas, saca conclusiones...

Josan sacó una carpeta de su mochila. La abrió y sacó unas cuantas fotografías.

—Me siento obligado a decirle que la he estado investigando.

Le acercó las fotos a Loli, y ella las miró. En blanco y negro, aparecía ella, sentada en mitad de la calle, a plena luz del día, mirando, como si conversara con ella, a una borrosa y luminosa mancha. Otra mancha similar aparecía en el margen de la fotografía, detrás de Loli. En otra foto, aparecía ella caminando de espaldas a la cámara, mirando tras de sí, con desprecio, a otra mancha luminosa. Había media docena de fotos similares.

—Sólo hace falta un poco de imaginación para empezar a identificar rasgos en estas manchas... pero seguro que usted las ves tan claras como si fueran personas de carne y hueso, ¿verdad?

—Casi... — respondió Loli mirando las fotos. —¿Y qué quieres de mí?

—Verá, estoy realizando una investigación sobre los espíritus que, por alguna razón, siguen atrapados en este mundo.

—Los fantasmas... — dijo Loli.

—Los fantasmas... — respondió Josan -. Sé que usted, lo quiera o no, es médium, y de una forma muy peculiar. Usted los ve como si tal cosa, y no le cuesta ningún esfuerzo comunicarse con los muertos.

—Es por culpa de mi padre.

—Sí, eso tenía entendido...

—¿Y de qué te sirve que pueda hablar con los muertos?

—Quiero que uno me cuente su historia.

Loli guardó silencio.

—¿Y por qué crees que alguno querría contártela?

—Bueno, supongo que por preguntar no se pierde nada, ¿verdad? Desde luego, creo que, si yo estuviera muerto, querría contárselo a alguien...

—¿Y eso no se le ha ocurrido antes a nadie?

—Por supuesto que sí... pero tienen tanta credibilidad como podría tenerla... yo... quiero decir, que es algo que tengo que hacer yo. Quiero comunicarme directamente con un fantasma. Que me cuente su vi... bueno... su "no-vida".

—¿Pero para qué?

—Para que explique sus experiencias. Cómo y por qué sigue aquí... qué hay después de la muerte... esas cosas.

—Esas cosas que a los vivos no les importa y que les da miedo, ¿verdad?

Josan calló, borrando por otro segundo su sonrisa.

—Eso mismo.

—Tú estás vivo. Deberías aprender a disfrutar eso.

—Que lo disfrute no significa que no quiera saber algo más. O que no necesite saberlo.

Loli sonrió.

—Me da la impresión de que nada te hará pensar de otra manera, ¿verdad?

—Verdad. Créame que es un tema que de verdad me interesa estudiar. Hay cosas que tienen que ver con esto que deben saberse, y sólo una sencilla y directa comunicación con los muertos puede ayudar a esclarecer muchos puntos oscuros. Desde que supe de usted, de lo que se decía de usted, de lo que veía, y de la gente con la que se suponía que hablaba, me vi con el cielo abierto para poder investigar todo esto.

Loli guardó silencio. Me miró, y sonrió.

—Creo que al chico guapo le gustaría hablar contigo...

XXI

Desde que David murió, no había sido fácil ver sonreír a Ana. Sumida en la pena, la pobre chica había sentido morir cada vez que respiraba, y lamentaba descubrir que, al despertar, seguía en el mundo de los vivos.

Sin embargo, aunque sólo habían pasado seis semanas, Ana parecía empezar a reponerse de la pérdida. Salía más, no era tan difícil verla en compañía de amigos, charlando animadamente, riendo incluso. Aunque a veces volvía a ahogarse en la tristeza, poco a poco esos oscuros momentos se volvían cada vez más escasos.

—No sé si me alegro o me indigno — comentaba Ruth, sentada en las rodillas de Mata y rodeando su cuello con el brazo.

Habían quedado en verse en el parque junto la Plaza de Astar-té, y Ana se había presentado con su viejo amigo Julio, con el que acababa de irse, pues estaba cansada y quería recogerse temprano. Todos sabían que el amigo de la infancia de Ana había vuelto a Alcidia, pero ello no era necesariamente una buena noticia.

Cierto que Ana parecía más animada... pero los amigos de David coincidían en que fue todo muy repentino.

—No me gusta ese Julio — comentó Ricardo.

—A mí no me terminó de gustar nunca... — añadió Manolo.

—Pues deberíais estarle agradecidos — comentó Jana -, aparte de avergonzaros, claro...

- ¿Por qué dices eso? — preguntó Mata.
- Porque ese Julio ha hecho lo único que Ana necesitaba: animar a la chiquilla.
- ¿Y tú desde cuándo eres tan amiga de Ana, que tanto te preocupas por ella? — acusó Manolo.
- ¿Qué tiene que ver eso? No niego que Ana y yo nunca nos lleváramos muy bien, pero...
- ¿Qué tal está Lucía? — interrumpió Mata.
- Jana se calló de repente, y Mata pudo observar que alcanzó su objetivo de crisar a la muchacha.
- Pues, para que lo sepas — dijo Jana —, lo ha pasado muy mal...
- ¿Acaso ella no tiene quien la anime...?
- ¡Cállate ya, y deja tranquila a Lucía!!
- ¡Déjanos tú a nosotros!
- ¿Pero qué clase de monstruos sois? — exclamó Jana —. ¿Acaso pretendéis encerrar a Ana en un convento porque su novio ha muerto? ¿No creéis acaso que él preferiría verla feliz?
- ¡Claro que querría verla feliz! — respondió Mata con toda la fuerza de su voz —. ¿Pero no crees que la herida está aún demasiado fresca?
- Mata... — se pudo escuchar a la vocecita de Luisa.
- No hace ni dos meses que David murió y ella ya le ha olvidado...
- Mata...
- ... y era nuestro amigo, nuestro compañero...
- Mata...
- ¿Acaso no puedo sentir algo de rabia porque yo no le he olvidado?
- ¡¡MATA!!
- ¿¡Qué!?
- Luisa resopló profundamente.
- ¿Qué te hace pensar que esos dos están liados?
- Yo no he dicho que lo estén — respondió Mata.

—Pero actúas como si lo pensaras.

La mirada de Mata se dirigió durante unos segundos al lugar por el que Ana y Julio desaparecieran hiciera algunos minutos.

—Tal vez es la idea que tiene él.

—Eso no tiene sentido — contestó Jana.

—No veo por qué no iba a tenerlo — intervino Paco.

—No veo por qué *sí* iba a tenerlo — se enfrentó Jana.

—Ese Julio es como un cuervo — dijo Mata -. Llega desde tan lejos sólo para coger los despojos de mi amigo...

—Vaya que se nos ha puesto inspirado el niño. — se quejó Jana -. ¿Pero qué tendría de malo que así fuera?

—¿Te refieres a que Ana haya olvidado a David?

—Ana no ha olvidado a David — dijo Ruth -. De eso puedes estar seguro. Ninguno lo hemos hecho, pero todos seguimos adelante.

—Ninguno de nosotros estaba enamorado de David — intervino Paco.

—Mira, es igual, no pienso seguir con esta discusión — se desesperó Ruth -. Sólo digo que, si Ana ha olvidado, como decís, a David, yo sería la primera decepcionada.

Mientras el tiempo pasaba y los amigos de David seguían discutiendo, Julio llegaba a la cancela de Ana, caminando junto a la chica. Las luces de la casa de Ana estaban ya todas apagadas, y ni un sonido perturbaba la paz de la zona residencial de Santa Catalina.

—¿Qué te pasa? — preguntó Ana, finalmente.

—¿A mí? Nada.

—Estás muy callado. No has estado a gusto, ¿verdad?

—Nunca me he sentido a gusto con tus amigos.

—Sí, ya lo sé. Pero no sé... pensé que tal vez eso hubiera cambiado. Pero nunca lo entendí. Tenéis tantas cosas de qué hablar...

—Bueno, Ana... compréndelos. Son los amigos de David.

—Vaya — dijo Ana con una sonrisa -. Se supone que eso debería decirlo yo.

—Sí, lo sé. Pero no me siento cómodo con ellos. Seguro que creen que intento seducirte -. Rió.

—Oh, vaya, me decepcionas -. Ana le acompañó en las risas. Hasta que ambos cesaron al tiempo.

—Oye, Ana, si mañana quedas con ellos, prefiero que no me llames. Va a ser lo mejor para todos.

—También puedo quedar sólo contigo.

—No, mujer, no te preocupes.

—¿Y qué harás tú? ¿Quedarte en casa de tu abuela? Vamos, hombre, para una semana más que vas a estar aquí...

—Puedo salir con...

—No, no sigas por ahí, que te conozco. No vas a salir con Gloria y el novio, y tus otros amigos pasan de ti desde hace años... vamos... que me vas a negar que casi ninguno vino a tu despedida.

Julio sonrió.

—No tienes que hacerlo por mí.

—No te preocupes, que es un acto de sincero egoísmo. Que cuando te vayas voy a echarte mucho de menos.

Julio sonrió aún más, y rodeó con sus brazos a Ana.

—Eres una gran amiga.

—Y tú siempre has sido un sobón.

Ambos rieron un poco, y se desembarazaron del abrazo.

Julio miró a los ojos de Ana, y, lentamente, posó sus labios un segundo en los de ella.

Tanto ella como él quedaron perplejos.

—No debí haber hecho eso.

—No... no ha sido lo más apropiado.

—Perdona.

—Es igual... tengo que irme.

—Ya...

—Sí... ya nos vemos.

Ana entró en la cancela, la cerró, despidió a Julio con una nerviosa sonrisa y se dirigió a la puerta, entrando, sin siquiera mirar atrás.

Nadie había allí que pudiera ver cómo una sardónica sonrisa aparecía en los labios de Julio.

Al menos, nadie que siguiera vivo.

XXII

“¿Por qué estás aquí...?”

—¿Está aquí? — preguntó la muchacha, con esa enigmática sonrisa suya.

—Aquí sentado a mi lado — respondió Loli -. Estamos viendo las fotos.

Cuando Josan llegó con Loli, y su padre, claro, a ese lugar, yo estaba ya allí, por algún motivo que seguramente nunca comprendería. Tampoco era lo que más me preocupaba en ese momento.

Sin tiempo ni para pensarlo, di por sentado que había pasado algo más de una noche desde que vi al cabrón de Julio robarme los labios de Ana... como si yo no estuviera allí... como si no les viera... como si no existiera...

Como si Ana nunca me hubiera querido...

¿Tan difícil era acaso evitar ese beso? ¿Tan difícil detenerle y sólo decirle adiós?

Ya he hablado acerca del dolor de alma que sientes cuando tu cuerpo no te dolerá más. Pues en ese momento ese dolor se mezclaba con la rabia y la impotencia.

Era algo que no puedo explicar, no pude entonces, ni podré ahora.

—¿Qué aspecto tiene? — preguntó la muchacha.

—Es guapo — respondió Loli -. Y viste bien.

De haberme sentido con fuerzàs, habría reído, pero no me apetecía nada reír.

El tal Josan salió entonces de una puerta llevando una humeante taza de leche.

—¿Ya ha llegado nuestro amigo? — preguntó, mirando al vacío. Loli asintió con la cabeza.

—Desde hace un rato.

—Bien, bien... ¿puede oírme?

Loli no contestó, sólo levantó la mirada de las fotos fantasmagóricas que se extendían sobre la mesa ante nosotros para clavarla en mí.

—Claro que puedo — dije.

—Sí, claro que puede — repitió Loli.

—Bien, bien.

Había en ese momento una imagen que no podía sacar de mi mente.

Volví a ver a Ana, como la viera tiempo atrás, bajo su paraguas, sentada en un banco del parque.

Sus piernas se mojaban, así como su espalda, pero ella sonreía, mirando a las grises nubes sin alegría. Pero sus labios brillaban como sus ojos, con esa difícil felicidad que sentía y me transmitía a mí, de pie, a unos pasos de ella, no corriendo más para protegerme de la lluvia.

En ese momento se giró, me miró, su sonrisa creció, y yo supe que nunca más amaría a nadie.

—¿Quiénes son? — le pregunté a Loli, señalando a Josan -. ¿A qué se dedican y por qué les intereso tanto?

Loli miró a Josan.

—Pregunta que quiénes sois y por qué os interesa tanto.

—Bueno... — empezó a decir Josan -. Laura y yo formamos parte de un grupo de estudiosos de lo paranormal...

—¿Parapsicólogos? — pregunté.

—Pregunta si sois parapsicólogos — repitió Loli.

—Sí, algo así... supongo que no serás escéptico al respecto...

Se hizo el silencio.

—Lo siento — dijo Josan -. No pretendía hacer una gracia...

—No has hecho ninguna gracia, créeme.

—Dice que no has hecho ninguna gracia.

La muchacha, que fue presentada como Laura, rió. Josan no pudo evitar una sonrisa.

—Bueno, te sigo explicando: Mi grupo se dedica al estudio de lo paranormal utilizando un método científico, ya sabes, estudio, experimentación, resultados...

Hizo una pausa.

—Como supongo que sabrás, lo paranormal ha sido estudiado antes, pero el método científico se ha aplicado de manera arbitraria, aislada... no unificada... y eso cuando se ha utilizado.

Hizo otra pausa. Comprendí que esperaba a si tenía algo que preguntar.

—Ahora te explico. En este caso, nos han pedido que investiguemos la vida después de la muerte.

Durante la pausa que hizo, algo parecido a una risa salió de mis labios. Caí en la cuenta de que no podría captar mi ironía algo tarde.

—Esto no es vida, créeme.

Loli le transmitió mis palabras.

—Sí... lo imagino... en fin... creo que no hemos empezado bien.

—Si te digo la verdad — dije -, nunca pensé que hablar con el más allá pudiera hacerse de esta manera.

Loli repitió mis palabras una vez más.

—Bueno... las circunstancias resultan excepcionales: uno no se encuentra a una médium con la capacidad y la facilidad de Loli todos los días.

—Sí, imagino...

—Pero sin duda resulta todo más sencillo.

Me encogí de hombros de manera refleja.

—Supongo. ¿Y qué quieres que te cuente?

—Simplemente que nos cuentes tu historia. Lo que ha pasado desde que falleciste... lo siento...

—No te preocupes por eso ahora. ¿Pero todo lo que ha pasado? ¿Cómo os ayudará eso en vuestra investigación? Pensaba que resultaría más interesante cosas como los ectoplasmas o los poltergeist... cosas así...

—Esas cosas ya las tenemos muy vistas. Son efectos. Lo que buscamos ahora son las causas. ¿Por qué sigues aquí? ¿Qué te ata?

—Vaya... curiosamente esas preguntas se me repiten mucho.

—También tú te lo preguntas, ¿verdad?

—No sé explicarlo... es como si una voz hablara dentro de mi cabeza... normalmente no les hago mucho caso. Pero bueno... ya te iré contando.

De alguna manera, sentí que tenía ganas de contar mi historia, de hacer que todo se supiera... o, simplemente, de liberarme de mi dolor. Recordé entonces mi infancia, rodeado de tantos libros que tantas buenas horas me dieron.

—Yo me crié en una librería, ¿sabéis? — dije -. Habré leído cientos de libros, quizás miles... mi sueño era llegar a ser escritor algún día, pero bueno... supongo que me faltaba algo, y tuve que conformarme con ser músico -. No pude evitar una risa.

Laura se acomodó frente al ordenador, y Josan hizo lo propio en una butaca. Yo me sentí a gusto, y a Loli también se la veía tranquila. Ni la presencia de su padre nos molestaba.

—¿Por dónde empiezo?

Josan se encogió de hombros.

—Por donde quieras.

Cerré los ojos y pensé.

Luego, simplemente, viendo a Laura mirar expectante a Loli, comencé a hablar.

—Me llamo David Rojo Cano. Nací el 23 de noviembre de 1986 en Alcidia, Cádiz. Tengo, por tanto 19 años.

—Y no cumpliré más...

XXIII

Sentía miedo, eso no podía negarlo.

Se veía solo ante toda esa gente que ni siquiera había venido a verle a él.

Pero allí estaba.

A ese público poco le importaba la presencia de David o de sus amigos sobre el escenario. Ni a ellos les importaba ser, al menos de momento, ignorados.

La iluminación era pobre, pero el sonido no parecía que fuera a ir mal... No podían pedir más.

Casi nadie les miraba. Y mucho menos les hacía caso.

—David...

La voz de Mata a su derecha le alertó. Ahí veía a su amigo, con su melena negra cayendo sobre los hombros, y sus negros ojos sonriéndole.

—Te estamos esperando...

La primera vez que se imaginó en esa situación, no se imaginó que estaría tan solo. Se veía acompañando con sus acordes las notas de Manolo. Pero, en los ensayos, un análisis de la pieza y de ciertos vídeos lo dejó bien claro. Los primeros *riffs* serían cosa de David en solitario. Creía que no podría hacerlo, pero lo logró.

Sin embargo, ahora no se veía capaz.

“Lo has hecho cientos de veces”, pensó.

No era fácil... no demasiado... unas notas e, inmediatamente después, casi sin tiempo para cambiar los dedos, los acordes.

Se suponía que las notas serían cosa de Manolo, y él se encargaría de los acordes. Pero resultó que no: tendría que hacerlo todo él.

Abrir el tema... abrir la actuación...

La *primera* actuación.

Si algo salía mal... si la guitarra se desconectaba, si resultaba estar desafinada, si los amplis fallaban... todo se iría al infierno si él fallaba: la actuación... puede que incluso su futuro como grupo.

—David...

Para colmo, o tal vez por fortuna, nadie en la platea parecía hacer caso... sólo sus amigos... sólo Ana.

Desde allí abajo le miraba, sonriendo, henchida de orgullo y emoción.

David no pudo menos que respirar hondo, cerrar los ojos y... ¿y por qué tenían que haber elegido ese tema para empezar? Era arriesgado. Eran un grupo de *metal*, y esa canción era un clásico del *blues rock*. *Blues rock*... Los mejores guitarristas del mundo... los mejores guitarristas de la historia, eran los de *blues rock*, pensaba David: Jimi Hendrix, Jimmy Page, Ritchie Blackmore, Gary Moore, Eric Clapton...

Clapton...

Ana le estaba mirando... sonreía...

Por eso merecía la pena pasar por todo lo que había pasado... y por todo lo que le quedaría por pasar.

Y por eso la haría sonreír aún más.

—David... o empiezas ya o...

Doce notas salieron de sus dedos como si hubieran sido engendrados para ellas... Y, perfectamente acoplados, los acordes le siguieron fluyendo como la lluvia entre las rocas...

Repitió el compás, con tanta perfección como la primera vez, tanta que ni él mismo creyó que lo estuviera haciendo tan bien.

Mata, sorprendido, agarró el micrófono, y al tercer compás, Manolo acompañó con su guitarra a la de su amigo, y Ricardo entró con la batería y, después, Paco con el bajo.

Repitieron el compás, llamando la atención de la mayoría del público, y, cuando la potente voz de Mata comenzó a arrastrarse por el primer verso (*"What'll you do when you get lonely..."*), los gritos de Ruth (*"¡Mata, te quiero!"*), y la sorpresa del público al reconocer, parte de él, que el tema que tocaban era *Layla*, de Derek and the Dominos, la canción de Ruth y Mata, a David le dio por pensar, como le solía suceder a veces, que esa canción iba por él.

Tal vez por eso, al llegar al primer estribillo, no pudo evitar mirar a Ana y mover los labios mientras Mata le cantaba a Ruth, mientras Eric Clapton le cantaba a Layla, formando David en silencio las palabras *"you've got me on my knees"*.

Ana sonrió más aún, mientras el resto del público se sentía cada vez más atrapado por la música, por el juego que los cinco amigos interpretaban, por los cinco que empezaban, de repente, a seducir a la audiencia.

Era como si llevaran toda la vida, muchas vidas, haciendo eso. Los cinco, cada uno jugando su rol, concentrados en su arte, disfrutando con el público. La voz de Mata fue viéndose poco a poco acogida por las voces de los que le escuchaban, aunque sólo fuera para gritar el nombre de la mujer cuyo amor sometía al tal Derek.

El público jaleaba, gritaba, coreaba y disfrutaba. Finalmente, sustituyeron el polémico solo original por uno de cosecha propia, más acorde con la música que solían hacer.

Disfrutaban. Nunca podrían haber soñado tener un debut mejor. David y Manolo, espalda contra espalda, los mástiles apuntando al público, interpretaron su solo respaldados por los ritmos de Paco y Ricardo.

Fundiendo sus artes en una sola. Fundiendo sus corazones en uno mismo, y comunicándose con los del público.

Era tan bueno que parecía mentira que fuera verdad...

—¿Y por qué Crying Angel? — preguntó la chavala.

—¿No te gusta Crying Angel? — respondió David.

Tras acabar la actuación, David y sus amigos, excepto Ricardo, que se quedó a desmontar el kit, fueron a la trastienda del local para celebrar el éxito. Allí fueron recibidos por los Oni, el grupo al que teloneaban, y al que la mayoría del público iba a ver realmente. Estos veteranos de la escena local que sedujeron a nivel nacional, les felicitaron por lo lograda de su actuación, y se mostraron sorprendidos al saber que era su primer bolo.

Los Oni estaban allí con sus amigos, que esperaban el comienzo de su propia intervención. Entre ellos, una chica de largo y lacio pelo castaño y ojos verdes, se presentó como Lidia, felicitó a todos, especialmente a David, por su potente apertura, y tomó posesión del cargo de relaciones públicas.

—Sí, sí me gusta como nombre del grupo — respondió Lidia a la respuesta de David -. ¿Pero por qué lo elegisteis como nombre?

—Pues en verdad queríamos llamarnos Screaming Angel... — intervino Paco.

—Sí, pero lo buscamos por internet y ya estaba pillado... — dijo Mata.

—Así que elegimos este nombre... — continuó David -, que en realidad está inspirado en el ángel de Led Zeppelin. Y que no estaba pillado...

—O, al menos, no lo encontramos por internet — rió Paco.

—¡Y recordad esta fecha! — exclamó Mata -. ¡Que el catorce de mayo del 2004 comenzó la leyenda de Crying Angel!

—Y espero que...

Pero Paco se vio interrumpido cuando Luisa se le colgó del cuello gritando de emoción.

—¡¡Habéis estado geniales!! ¡Casi no me lo creía! ¡Pensaba que estaba soñando!

—¡Esta no es mi Luisilla! — exclamó Mata levantando en vilo a la pequeña fan número uno del grupo.

—¡Jajaja! ¿Cómo que no? -. Las risas de la chiquilla inundaron la trastienda mientras el resto de las amigas del grupo entraban.

—¡Mata! — exclamó Ruth abrazando a su novio -. ¡Me ha encantado! ¡Habéis estado enormes! ¡Y tú! — añadió agarrando la camiseta de David -. Por un momento creí que te ibas a romper ahí arriba... y, de repente... ¡soberbio, nene!

—Jeje... gracias, Ruth. ¿Dónde está Ana?

—Ana ahora viene... se ha encontrado a Gloria y al novio afuera.

—Ah vale... Mírala, ahí entra.

Ana, al ver a David, iluminó su rostro y toda la habitación con una sonrisa.

—¡Hola, nene! — saludó con un abrazo, acompañado de un leve pico -. Habéis estado increíbles.

—Voy a empezar a creérmelo.

—Pues creételo, chaval.

Ambos se miraron sonriendo en silencio.

—¿Quién es? — preguntó Ana, sin dejar de sonreír a David.

—¿Quién? Ah, esta es Lidia.

—Hola —saludó Lidia.

—Es amiga de los Oni — aclaró David -. Esta es Ana, mi... bueno, mi Ana.

—Ah, entiendo — asintió Lidia, dando dos besos a Ana -. Hola.

—Encantada.

—Igualmente.

—Así que amiga de los Oni, ¿no?

Mientras Ana y Lidia conversaban, David estaba demasiado henchido de gloria como para ni tan siquiera imaginar lo que se estaba forjando en ese momento, frente a él, cobijado bajo cordiales palabras de compromiso.

No podía imaginar que se estaban forjando las armas para una guerra por su alma y su corazón.

XXIV

Ana y Julio estaban sentados frente a frente. Con la mesa del salón entre ellos.

Ana tenía cruzados brazos y piernas. Julio, en cambio, estaba relajado, en la butaca, rascándose los tatuajes de la pierna.

—¿Me vas a decir de una vez qué querías? — se impacientó Julio.

—¿Por qué hiciste anoche lo que hiciste? — preguntó Ana.

—¿Por qué hice qué? ¿Besarte?

Una corriente de rabia y vergüenza recorrió el rostro de Ana. Miró a un lado y a otro, un poco nerviosa. Asustada.

Cuando quedó en verse en su casa con Julio, no había previsto que se quedarían solos.

—Eso mismo.

—¿Y qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? — se enfadó Ana.

—Sólo fue un beso.

—¿Pero por qué?

—Porque sí, Ana... no era nada malo... me apetecía y a ti también. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Y cómo sabes que a mí me apetecía?

—Porque no hiciste nada por evitarlo.

Ana se cruzó de brazos, apartando la mirada. Puede que, en verdad, Julio tuviera más razón de la que ella quisiera admitir.

Pero, por otro lado, se asqueaba de sí misma.

—No hace ni dos meses que enviudé —. Se sorprendió a sí misma ante esa afirmación.

A Julio se le escapó una risa.

—¡Pero se puede saber qué mierda pasa contigo, Julio!

—No... es que me ha sonado raro... “enviudé”... Pero si... bueno... es igual... perdona.

Ana, furiosa, se levantó, los puños cayendo apretados a ambos lados.

—Mira, mejor que dejemos esta charla para otro momento.

—¿Para qué? ¿Y qué hay que hablar? —preguntó Julio, levantándose —. No hay nada que hablar.

Avanzó dos pasos, poniéndose junto a Ana, y señaló a la nariz de la chica con un dedo.

—Tu problema es que sigues enamorada de un muerto.

La ira de Ana estaba acercándose a sus límites.

—¿Y qué si es así?

—Que es una idiotez y una pérdida de tiempo.

—No, no lo es... y eso no lo ves porque tú nunca has amado.

—¿Eso crees?

—Ahora sí lo creo.

Julio se apoyó sobre un pie, apartándose de Ana.

—Amor... no es más que un invento que justifica al deseo.

—Julio, no me veo con fuerzas para...

Pero Julio interrumpió las palabras de Ana apretando fuertemente sus labios contra los de ella.

La muchacha, por su parte, no pudo hacer nada por evitarlo, salvo empujar al que considerara su amigo e intentar cruzarle la cara de una bofetada que nunca llegó a lanzar.

—¿Qué?! —preguntó él entre osado y furioso.

Ana no respondió, y Julio volvió a besarla, casi inerte su cuerpo, presa de una impotencia, de un miedo, de una indecisión, de un asco, de la más completa incertidumbre, mientras notaba las frías y sudorosas manos tocar la piel bajo la ropa.

Algo lejos de allí, Ruth estaba tirada en su cama, escuchando un disco de Atagartis, cuando, comenzando la canción *Angels Crying*, vio asaltado su pensamiento por el recuerdo de su amigo, muerto no hacía ni dos meses.

Las lágrimas afloraron en sus ojos cuando recordó la primera vez que le viera con los demás sobre el escenario, y no podía dejar de comprender a Ana, en lo destrozada que estaba, y en cómo lo estaría ella si algo así le pasase al Mata.

De repente, recordó la charla que tuvo con David, palabra por palabra, después de su primera bronca seria con Ana.

Precisamente fue el día tras aquella memorable noche.

“¿Pero qué ha pasado?”, preguntó Ruth.

David no podía responder con palabras. La cólera se apoderó de todo lo que tuviera por encima del cuello, y sus manos se crispaban y agitaban, intentando comunicarse con su amiga.

—¿Me lo vas a contar?

—¡Es que no entiendo a esta niña!

—¿Qué os ha pasado ahora?

David tomó asiento en uno de los bancos de la Plaza de As-tarté, donde había quedado con el resto del grupo (aunque sólo Ruth había llegado aún), excepto con Ricardo, a cuya casa tenían pensado ir para pasar el resto del día, continuando lo que dejaron a medias la noche anterior.

El chaval sacó la Epiphone de su funda y empezó a tocar el riff de *Kashmir*.

—David...

—¡No la entiendo! — exclamó David, dejando de tocar -. ¡Todo era perfecto, pero, claro, eso es algo que no puede durar mucho cuando se trata de mi vida!

David sujetó la púa entre las cuerdas antes de devolverla a la funda. Miró a Ruth, respiró hondo, y empezó a contarle lo que pasó aquella mañana.

Cuando acabó su relato, Ruth permanecía pensativa, dándole vueltas a las cuitas de David, al que ahora sólo parecía preocuparle que los demás no hubieran llegado aún.

—No... no la entiendo — sentenció Ruth.

—Bienvenida al Mundo de David.

—¿Qué quiere esa niña? ¿Qué le pasa?”

Tirada en su cama, Ruth seguía escuchando la música, ahora sólo por debajo de sus recuerdos. Cogió la foto sobre su mesita de noche, donde aparecían todos sobre un escenario, su segundo bolo, Mata en el centro, flanqueado por David a su derecha y Manolo a su izquierda, cruzando el pecho del vocalista con los mástiles de sus guitarras, Paco arrodillado delante del Mata, agarrando su bajo, y Ricardo encaramado a la espalda del enorme moreno, alzando las baquetas.

—Pues pasa de ella, porque puedes vivir sin ella, ¿no?”, había preguntado Ruth aquella media mañana de mayo.

—Claro que puedo -, confesó David -. Pero no me gusta esa vida.

—¿Por qué la quieres tanto? — preguntó Ruth.

David sonrió.

—Cosas pequeñas, supongo... y cosas grandes... por cómo me mira, cómo me abraza, cómo se ríe, cómo canta cuando cree que no la escucho, cómo huele mi pelo después de haber estado con ella, cómo me pone ojos de cordero, cómo me besa, cómo me susurra al oído, cómo me inspira, cómo hace que quiera ser el mejor en todo, cómo siento que muero cuando sé que no la veré, cómo me salta el pecho cuando la veo llegar, cómo la echo de menos cuando me despido de ella, cómo se refleja la luz en su cara, cómo me toca, cómo me muerde, cómo no la interrumpo cuando me cuenta algo que ya sabía sólo porque amo oír su voz, cómo me hace sentir cuando me trata bien o cuando me trata mal, cómo me critica y cómo me alaba, cómo me pide que termine de componer para escucharme tocar, cómo llora cuando lo necesita, cómo me dice “te quiero” y cómo me hace sentir, en definitiva...

Ruth, echada en su cama, no pudo evitar perder una lágrima en recuerdo de su amigo. Alargó la mano de nuevo, esta vez para coger su teléfono móvil.

Si Ana no tenía las cosas claras, David sí. También ella las tenía, y no dudaba que Mata también.

Aún así, le mandó un mensaje, escueto, sólo dos palabras, que resumían todo lo que quería, sentía, vivía, pensaba...

Casi todo lo que era.

"Te amo".

Julio aplastaba la colilla de su cigarro en el cenicero prohibido. Miró el reloj en la pared, y se levantó de la cama.

Ana, por su parte, seguía silenciosa, cubierta con las sábanas a pesar del calor que tenía y del asco que le daban. El asco que se daba a sí misma.

Julio empezó a vestirse sin decir una sola palabra. Sin siquiera mirar a Ana. Sin ver cómo esta se encogía cada vez más bajo las sábanas, buscando su protección, presa de una vergüenza como nunca antes sintió.

Cuando Julio se terminó de vestir, sólo dos palabras anunciaron su despedida.

—Me voy.

Ana respondió con un asentimiento con forma de quejido.

—De Alcidia. Me voy ya. Tendría que haberme ido ya, tengo cosas que hacer allá arriba.

Los enormes ojos de Ana, que parecían mayores por las lágrimas contenidas, se dirigieron a la espalda de Julio mientras este salía por la puerta sin girarse.

—Ya te llamo si vuelvo.

Mientras escuchaba los pasos del que tenía por su amigo alejarse, Ana se vio sometida por un tremendo desasosiego, se sentía vacía, sola, dolida, peor que como se sentía tras el sexo antes de conocer a David... y lloró, lloró hasta quedarse agotada.

Pero nunca estuvo segura de la causa de sus lágrimas.

XXV

“¿Queda algo que merezca la pena...?”

—¡David!

La voz de Raquel me sacó de mis pensamientos.

Sin embargo, no me moví, seguí tendido bocabajo, mirando a mi derecha, sobre el suelo de la casa de Loli, ignorando las críticas silenciosas de los tíos fallecidos de la médium.

—David, ¿qué te pasa? — preguntó la chica sentándose a mi lado.

—Es Ana... sé que le pasa algo... noto que está sufriendo.

Raquel, sin responder, se tumbó en la misma posición que yo, pero de manera que nos miráramos uno a la otra.

—De alguna manera seguís unidos, ¿no es así?

Asentí.

—¿Y por qué estás aquí? ¿Por qué no estás con ella?

—No sé... siento que no puedo moverme... de todas maneras... no sé cómo llegar a ella.

Raquel asintió con la mirada. Sabía que no tenía sentido dirigirse a un sitio cuando en cualquier momento podías aparecer en cualquier otro lugar.

—Deberías intentarlo, igualmente — dijo Raquel.

—Pero no puedo... me siento agotado... no tengo fuerzas...

—¡Si que tienes fuerzas! — exclamó Raquel, levantándose y agarrando mi chaqueta para que me levantara.

Finalmente, lo hice. Me arrodillé, la mirada baja, buscando un motivo.

—David... — se lamentó Raquel, arrodillándose junto a su único amigo.

Tocó mi barbilla, y yo, al notar el contacto, sentí un estremecimiento, y la miré a los ojos tristes.

—He hablado con los vivos — dije de pronto.

—¿Con el hombre que hablaba con Loli?

—Sí. Con él. Es un investigador de lo paranormal.

—¿Por qué?

—Quería saber qué somos. Qué nos ata...

—¿Y qué le has contado?

—Todo. Se lo he contado todo desde que morí hasta que me reuní con él. Creo que volveré a hablar con él. Él puede saber por qué tú y yo seguimos aquí.

—¿Qué te ha contado? ¿Te ha ayudado en algo?

—Después de acabar nuestra reunión, me explicó algo sobre nuestra naturaleza.

Raquel escuchaba interesada.

—¿Y somos... ya sabes... reales?

—Sí. Reales e incluso tangibles...

—¿Y dónde está nuestro origen?

—Él tiene una teoría. La ha comentado con algunos compañeros de su grupo. Uno de ellos es ingeniero electrónico o algo, y otro médico, y los dos están de acuerdo. Al parecer, nuestro origen es físico y químico, como un cuerpo vivo. Somos el alma de lo que fuimos. ¿Y qué es el alma, el pensamiento, los sueños...? Un conjunto de reacciones físicas y químicas en el interior de nuestra cabeza. Algunas más fuertes que otras. Pero, de repente, el cuerpo muere. ¿Pero qué pasa con esas reacciones? Las reacciones son energía, pero la energía ni se crea ni se destruye... Somos lo que queda de lo que sentíamos, pensábamos y soñábamos... que ha perdido su caparazón, y sólo le queda una cosa: ir, poco a poco, desvaneciéndose...

Raquel se quedó pensativa.

—Pero, si sólo somos eso, ¿por qué seguimos sintiendo? ¿Por qué sentimos cosas nuevas? ¿Por qué seguimos teniendo voluntad? ¿Por qué seguimos aquí?

Solté una risita.

—Eso mismo quise saber yo.

—¿Y qué te contestó?

—Me dijo “¿Por qué crees que sigo investigando?”

Raquel refunfuñó.

—No me inspira confianza.

—¿Qué mal puede hacernos? Estamos muertos...

Raquel rió con un rastro de tristeza.

—¿Le hablaste de mí?

—Claro que le hablé de ti.

—¿Y te comentó algo?

—Le sorprendió que pudieras verme tan pronto cuando a mí me costó tanto tiempo empezar a ver a otros... fantasmas. Tiene una teoría al respecto.

—¿Sí?

—Sí... Cree que se debe a que tú estabas preparada y yo no.

—¿Cómo es eso?

—Tú aceptaste tu muerte cuando la sentías venir — respondí -. Yo no.

—Ahá, más o menos lo que pensaba yo... ¿Y lo de la ropa?

—¿Qué pasa?

—Que vistamos la ropa con la que morimos.

—Lo ve muy normal... como parte de nuestra energía cuando abandonamos el cuerpo.

—Bueno... al menos tuvimos suerte y nos pusimos guapos...

—Sí... — no pude evitar sonreír al notar aflorar el humor negro -. Imagina morir en la bañera.

—O en Carnaval.

Me reí.

—Imagínate... morir en Carnaval disfrazado de fantasma.

—¡Qué topicazo de fantasma!

Estuvimos riendo unos instantes.

—Y... -. Raquel dudaba -. ¿Te ha dicho algo acerca de las voces?

—¿Las voces que escuchamos a veces y que nos comen la moral?

—Sí... esas voces...

—No sabe nada de eso, pero le ha interesado. Cree que podría haber relación con esas cosas que me dijiste que veías alrededor de las cabezas de algunos fantasmas.

—Pues seguramente... porque he visto antes unas alrededor de la tuya.

Sonreí.

—Vale...

—David... es en serio. Creo que esas cosas te hablaban... ¿escuchaste las voces?

Raquel pudo comprobar que el temor me inundaba.

—Sí... me decían... “¿queda algo que merezca la pena?”

—David... — dijo Raquel, encogiéndose cuando un escalofrío recorrió su esencia -. Esto se nos escapa. Aquí pasa algo...

Aún de rodillas, me acerqué a mi única amiga en mi mundo, y rodeé sus hombros con mi brazo, acercándola a mí, y notando la agradable sensación de cuando dos almas se tocan, reconfortándola.

—No tengas miedo. Yo cuido de ti.

No lo vi, pero lo supe: Raquel sonreía.

XXVI

Los rayos del sol de la primavera besaban cálidos los párpados de David mientras este despertaba y veía, frente a su cara, el angelical rostro dormido de Ana.

Deslizó lentamente la mano bajo las sábanas y acarició la piel de su amada, que respondió desde sus sueños con una sonrisa.

Un murmullo salido de sus carnosos labios unidos saludó a David, que se acercó aún más al cuerpo desnudo de Ana.

—Buenos días, mi amor... —susurró, besando su hombro.

Ana entreabrió los ojos, y se acurrucó contra el pecho de su amado.

—Buenos días —respondió Ana con otro susurro.

Durante unos minutos permanecieron en silencio. Compartiendo el goce del silencio en compañía.

El cabello oscuro de Ana bailaba al ritmo de la respiración de David, cuyo vello se erizaba a pasar sobre su piel las yemas de los dedos de su chica.

—Te quiero —dijo él.

—Qué tonterías dices —respondió Ana con una risa.

—¿Sabes una cosa? Hace algún tiempo vengo pensando que mi vida sin ti era una mierda.

Ana rió de nuevo.

—Y no quiero volver a vivir sin ti.

Ana dejó de reír, pero seguía sonriendo.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así? — preguntó Ana, divertida.

—¡Ui...! Soy autodidacta...

Ana parecía seria.

—Me voy a ir ya...

—Sí... se va a hacer tarde...

Ana se destapó, y alargó la mano para coger el sujetador de encima de la cama. Se lo colocó sin girarse y, aún dando la espalda a David, cogió las bragas y se las puso. Luego se fue a la silla, cogiendo la ropa y empezando a vestirse.

—¿Vienes luego? — preguntó David.

—No sé...

—Anda... vente...

—¿Pero qué vais a hacer?

—Pues... comeremos aquí, echaremos la tarde, tocaremos algo...

—Vamos... lo que hacéis siempre, ¿no?

—Emm... sí... sólo que sin los padres de Ricardo...

—¿Y eso cambia algo?

—Pues que tenemos más tranquilidad, más movilidad, más intimidad... ¿te pasa algo?

—No, David, no me pasa nada... tranquilo, hombre...

En ese momento, David advirtió que seguía desnudo, y Ana casi estaba saliendo por la puerta.

—¡Hey, espera!

—¿Qué? No, no hace falta... — respondió Ana alzando la mano—. Me voy. Ya si eso nos vemos luego...

—No importa... me voy contigo...

—No, déjalo... que vas a llegar muy tarde...

—Pero si vives a dos calles de aquí...

—¡Por eso mismo!

David y Ana se miraron en silencio.

—¿Pasa...?

- ¡No pasa nada! - interrumpió Ana.
Ambos se miraron en silencio.
Finalmente, Ana se dirigió a la puerta de la habitación.
-¿Cómo que nada? - preguntaba David mientras intentaba vestirse y seguir a Ana al mismo tiempo -. Algo te pasa, Ana... Ana... ¡Ana!
-¿Qué? - respondió ella enojada, una vez David la alcanzó en el pasillo.
-¿Por qué estás así?
-¿Así cómo? David, estoy cansada... - dijo Ana, echando a andar -. Son las seis de la mañana...
-¿Y? - preguntó él -. Acabas de despertarte...
-Ha sido una noche muy larga, David... estoy cansada...
-No estabas tan cansada hace cinco minutos.
Ana resopló, deteniéndose. Se giró y miró a los ojos de David.
-¿Es por lo que te he dicho? - preguntó David -. ¿Que no quiero vivir sin ti?
-No sé... David... en parte...
-¿Por qué?
-Porque eso es lo que quieres ahora, pero mañana puedes pensar diferente...
-¿Y qué importa mañana?
-¡Importa, David!
-Bueno, ¿y qué si mañana pienso diferente? A lo mejor tú eres la que mañana piensa diferente.
Ana callaba.
-¿O acaso ya piensas diferente?
-¡Claro que no!
-¿Y de qué tienes miedo?
-No es miedo...
-Sí que lo es.
-¡Bueno, a lo mejor lo es!
-¿Tienes miedo a que me canse de ti?

-No...

-¿A cansarte tú de mí?

Ana tardó en responder.

-No...

-¿Entonces qué te pasa?

-¡No me pasa nada!

-¿Y por qué estás así?

-¡¿Así como?!

-¡Me rehuyes!

-No es verdad.

-¡No, que va...!

-David... a veces agobias...

-¿A veces? Será ahora...

Ana resopló.

-David, de verdad... te quiero, te quiero horrores, más de lo que nunca he querido a nadie... pero no sé qué es lo que quieres de mí.

-¿Que tú no...? ¡Ana! ¡Soy yo el que no tiene ni idea de lo que tú quieres!

-¿Y qué quieres tú?

-¡Estar contigo!

-¿Y qué más?

David no supo contestar.

-¿Que qué más?

-Tú buscas algo más en esta relación.

-¿Qué más? Lo tengo todo... amor, amistad, comprensión, sexo, ternura, cariño... ¿Qué más puedo pedir?

-No sé... David... pero tú exiges algo que yo no puedo darte...

-¡¿Qué exijo yo?!

Ana miró a David, en silencio, con ojos tristes.

-Para ti esto es algo más grande...

-¿Acaso para ti no? Es la única relación no superficial que hemos tenido... esto es algo más grande para los dos... tú misma lo dijiste alguna vez.

—Sí, pero... — Ana buscaba las palabras entre sus manos -. No sé... tal vez sí que tenga miedo...

David se acercó a ella, posando sus manos en los hombros de ella, que se agitó liberándose de su tacto.

—¿Ves como te pasa algo?!

—¡David, déjame en paz!

Ana echó andar hacia las escaleras, y David la siguió a lo largo de algunos metros.

Pero, finalmente, se detuvo.

Ana, como sintiéndolo, también se paró.

—No es por ti, David... sabes que te quiero más de lo que yo misma llegué a creer... y no quiero pelearme contigo... y eso es precisamente lo contrario a lo que estamos haciendo... Quién me iba a decir que nuestra primera pelea sería justo después de la primera noche que dormiríamos juntos, ¿eh?

David exhaló con tristeza.

—Mira... — prosiguió Ana -, ahora mismo no quiero continuar con esta charla...

—Pero sólo escúchame...

—¡No! David... estoy cansada...

Y, dicho eso, siguió bajando las escaleras y salió por la puerta.

En ese momento, Jana se asomó por la puerta de la habitación de los padres de Ricardo.

—¿Qué pasa? — preguntó en voz baja.

David se encogió de hombros.

—Creo que hemos tenido una bronca... y creo... ¡joder! ¿Qué le pasa a esta niña?!

Ahora fue Jana quien se encogió de hombros.

—¿Va a venir luego a la tarde?

—No sé... seguramente.

Sin embargo, pasarían algunos días hasta que David volviera a saber de Ana.

XXVII

Ricardo no pudo contener su sorpresa cuando, al abrir la puerta, se encontró a Ana ante él.

—¡Hola, Ana! — la saludó con una sincera alegría, rodeando su cintura para darle un beso en cada mejilla, apretando con afecto su cuerpo contra el propio.

—Hola, Ricardo.

—Me alegro de verte. ¿Sabías que había ensayo hoy?

—Sí... me lo dijo Ruth.

—Anda, pasa... estábamos a punto de empezar.

Ricardo siguió a Ana una vez esta se dirigió al "local".

—¿Cómo estás?

—Triste, pero bien.

Ricardo la entendía. O eso pensaba. Una sonrisa de triste comprensión iluminó el rostro del chaval.

Cuando llegaron donde los demás empezaban a tocar algo, todos, incluso Jana, la saludaron rebotando cariño, pero sólo Ruth advirtió que una nueva desgracia se sumaba al pesar de Ana.

—¿Qué tal te va con la rítmica, Luisa? — preguntó Ana a la chica, que portaba la vieja Academy de Manolo.

Luisa bajó la mirada, y susurró dos palabras.

—Bien, bien...

Ana alargó la mano y levantó la barbilla de Luisa, obligándola con suavidad a que mirara su triste sonrisa.

—No pasa nada. No te preocupes.

Luisa sonrió nerviosa.

—Bueno — intervino Mata —, ¿empezamos con algo?

Un par de horas después, Ana ayudaba a Ruth a preparar algo para merendar. Le había pedido expresamente a ella que la acompañara. Y Ana advirtió que buscaba en ella algo más que una mano.

—Sabes que me puedes contar lo que sea, ¿verdad? — dijo Ruth en un momento dado.

—Sí, claro que lo sé... — respondió Ana agitando una botella de batido de fresa.

—Desde hace un par de días te noto especialmente apagada. Y sabes que me preocupo.

—Lo sé, Ruth... pero... no sé...

Ana no vio a Ruth cómo se acercaba a ella, que le daba la espalda, y la abrazó tiernamente.

—No estás sola en eso, Anita. Nunca lo has estado. Nosotros sabemos por lo que estás pasando. Todos hemos perdido algo. Pero nos tenemos a los demás. Nos apoyamos, nos ayudamos, y nos queremos. No llenaremos ese hueco, pero no pasaremos solos por esto.

—Ayer vi a Paloma — dijo Ana entonces.

—Ah... entiendo... — dijo Ruth.

—Sólo es por eso por lo que estoy así — mintió Ana, recordando con asco y horror a Julio -. Hacía mucho que no hablaba con ella... aunque tampoco nunca fuimos amigas... pero no pude evitar sacar a la luz muchas cosas que creía haber superado.

—No vamos a superar esto, Ana — confesó Ruth -. Pero tenemos que vivir con ello. Y lo haremos juntos.

Ana bajó la mirada, pero Ruth tomó su cara entre sus manos, y dirigió la mirada de su amiga a la suya propia.

—Pero dime, dime si puedes, que la tristeza por la que estamos pasando no merece la pena a cambio de todo el bien que David nos hizo. ¿Habrías preferido no haberle conocido nunca?

El labio de Ana empezó a temblar mientras los ojos de Ruth empezaban a humedecersele.

Ambas se unieron en un tierno abrazo.

—Lo siento, Ana...

—No, no... es verdad... tienes razón... He sido muy feliz.

—Lo sé. Lo sé... y ahora tenemos que seguir adelante.

Julio se presentó de nuevo en la memoria de Ana, quien reprimió una arcada abrazando más fuerte a Ruth.

—Pero no hay prisa — dijo Ana.

—No, no la hay, claro que no... Ana, el amor llamará de nuevo a tu puerta, cuando llegue el momento.

Ambas amigas se separaron, pero Ruth seguía teniendo entre sus manos las muñecas de Ana, que parecía sonreír entre sus lágrimas, que hasta hacía unos segundos manaban de sus oscuros ojos.

—Ahora no quiero pensar en eso — dijo Ana.

—Lo sé — respondió Ruth, besando la mano de Ana con ternura.

Entonces, la vio.

—¿Qué pasa? — preguntó Ana a una absorta Ruth.

—¿Qué te has hecho?

Ruth levantó la muñequera de Ana, por la que asomaba una clara línea dibujada en su piel.

—¿Qué? No, no es nada...

Pero Ruth retiró completamente la muñequera, dejando ver la cicatriz sobre las venas de Ana.

Se miraron.

Ruth estaba tomada por el terror. Ana, por la confusión.

—Ana...

—Fue una tontería. Un error. Estaba desolada...

Ruth no sabía qué decir.

—Sé lo que estás pensando... Pero no sabes por lo que estaba pasando, y realmente deseo que nunca lo sepas...

Ana empezaba a llorar.

Ruth también.

—Pero créeme que no volveré a hacer una cosa así.

—Ana...

—No, no fue nada... no pasó nada... Sólo fue... una estupidez. Sólo eso.

Ruth bajó los ojos.

—Nunca volveré a sentir su tacto, ni su aliento, Ruth.

—Tampoco yo. Ni ninguno de nosotros.

—Lo sé, lo sé — gimió Ana, cubriéndose las fuentes que eran sus ojos -. Yo le quería... le quería tanto...

—Pero la vida sigue para nosotros, Ana...

—¿Pero qué vida es esa? — preguntó Ana.

Ruth, por toda respuesta, dio un sincero abrazo a su amiga.

—¿Y tú por qué eres tan buena conmigo? — sonrió Ana entre lágrimas.

—No seas idiota. Soy tu amiga.

—Y muy buena.

Las dos se miraron, sonriendo en silencio.

—Me alegra tener a mi lado a alguien que da tanto amor cuando tanto lo necesito.

—Las dos lo necesitamos, Ana — respondió Ruth -. Ya sabes que mis padres se conocieron en el orfanato donde se criaron. No tenían padres, ni más hermanos que los demás niños, y, cuando tuvieron que abandonarlo, la vida no les fue nada fácil. Pero salieron adelante. Y no siempre me pudieron dar todo lo que quise o necesité. Lo pasamos mal. Pero nunca me faltó amor. Y me enseñaron que eso — añadió llevándose el puño cerrado al pecho -, es lo verdaderamente importante, lo que siempre tendremos, y, a veces, lo único que podemos dar.

XXVIII

“¿A qué estás esperando?”

—Hoy la he visto — le dije a Raquel en cuanto la encontré.

—¿Y cómo estaba? — preguntó ella.

—Mal... no sé por qué, pero ahora está peor. Parecía que estaba viniéndose arriba, pero... no sé qué le pasa...

—David...

—Es... — la interrumpí —... como si no se decidiera a vivir...

—¿Cómo? —. Raquel parecía no entender.

—Ana tiene miedo a la vida.

—Eso es absurdo.

—No lo es tanto. Tú no la conoces...

—Pues explícame.

Raquel se cruzó de brazos, esperando a que yo le explicara.

Pero no pude. No encontré las palabras.

Ni siquiera creo que hubiera encontrado las razones.

Finalmente, ella se acercó a mí y me rodeó con sus brazos.

El contacto de su alma con mi alma me llenó de nuevo de paz. A su lado todo era más fácil, más seguro. Como si los problemas que hasta ese mismo momento me acosaran pertenecieran a una vida pasada.

De algún modo, así era... pero seguía siendo la vida de alguien.

De alguien a quien yo quería. A quien aún quiero.

—Tengo que hacer algo por ella. Ella me necesita. Todavía me necesita.

—No, David... no puedes hacer nada por ella. Estamos muertos. No pertenecemos a este mundo... ni siquiera sabemos por qué seguimos aquí.

—Tal vez sea por eso... —susurré.

—¿Por qué?

—Tenemos que hacer algo. Un alma no descansa si le queda algo por hacer. Cualquiera sabe eso.

Sentí que iba a llorar, cuando Raquel posó sus incorpóreos labios sobre mi cuello.

Un escalofrío, un viejo conocido, recorrió mi ser de punta a punta.

—Déjala seguir su camino. Tal vez sea la misma angustia que te produce lo que te ata a este mundo. Tal vez, si la dejas ir, si la dejas vivir en paz, tal vez entonces, puedas descansar.

—No... no puedo hacer eso.

—Sí que puedes, David.

Quise liberarme de su abrazo. Pero sabía que, si lo hacía, sólo conseguiría aumentar el vacío de mi interior.

Así que me limité a hablar, sin saber que mis palabras le harían más daño que cualquier otra cosa.

—Eso lo dices porque nunca has conocido el amor.

Entonces noté que se tensaba ligeramente, para inmediatamente después, volver a relajarse.

—Sí lo he conocido. Es sólo que, tal vez, nunca lo haya compartido.

Por un momento me quedé mudo.

—Lo siento...

—David, yo...

Calló.

Yo esperé a que hablara.

—No sé —dijo finalmente—. Puede que sólo sea porque eres lo único que tengo desde que morí...

No supe qué podía decir. Así que dejé que hablara mi corazón.

—Sé cómo te sientes. No sé qué haría yo si no fuera por ti. Y siento que es absurdo: acabamos de conocernos, no sabemos casi nada del otro...

—Y aún así... somos todo cuanto tenemos.

Raquel y yo seguimos ahí, yo sentado entre sus brazos, acariciando sus manos.

—Ojalá te hubiera conocido en vida — le dije.

—¿Mejor haberme conocido a mí antes que a Ana?

No pude evitar sentirme culpable por la sonrisa que apareció en mis labios.

—Tengo tantos celos de ella... — me confesó -. Y no porque esté viva.

—Si no la hubiera conocido... — empecé a decir.

Raquel se quedó a la expectativa.

Yo no sabía si decir lo que estaba tan cerca... sabía que era verdad, pero, desde aquella fatídica noche de sábado, no quise admitirlo.

Sin embargo, las palabras luchaban por salir...

—Si no la hubiera conocido... yo seguiría vivo.

Noté que Raquel se quedaba helada.

Sin embargo, no preguntó.

Se limitó a apretarme con más fuerza entre sus etéreos brazos.

—Tengo que hacer algo — dije liberándome con una brusquedad que nunca pretendí.

—¿Qué vas a hacer?

—Buscaré a Loli. Ella hablará con Ana.

—No la creará. Loli está loca... o al menos eso creen todos.

—La creará. Tiene que creerla.

—No querrá escucharla... David...

—Pues tendrá que hacerlo. Tal vez tengas razón, y sea la angustia por haber dejado a Ana lo que me retiene... si le hago saber que estaré bien, tal vez me libere...

—No, perdona, pero eso lo dije antes de tener nuevos datos...

—¿Cómo dices?

—¡David! ¡Acabo de oírte decir que Ana es la culpable de tu muerte!

—No, eso no es así... yo no he dicho eso...

—¿Qué has dicho entonces?

En ese momento, lo que dijera o dejara de decir carecía de importancia.

—Tenemos que encontrar a Loli.

Pero, antes de que terminara de hablar, Raquel y yo estábamos en el muelle.

No sé cómo, pero allí estábamos. Y, al ver a Loli, y al silencioso padre de mandíbula colgante, empecé a comprender.

—Justo cuando la necesito — dije.

Sin embargo, Raquel no compartía mi entusiasmo. Tal vez a ella le incomodó el extraño olor a vainilla...

Tampoco yo le veía sentido, pero tampoco le di importancia.

En verdad, cuando la oscura sombra se acercó a Loli, visto tan sólo por su padre y por nosotros dos, nada más tuvo importancia.

Todo sucedió muy rápido. Y no sé cómo pude no reaccionar. Debí haber hecho algo para evitarlo.

Aún sí, ¿qué podría haber hecho?

Sólo mirar como esa forma, en silencio, a espaldas de Loli, elevaba ese largo pincho y se lo clavaba en la cabeza a la pobre Loli...

En un momento que duró una eternidad, el mundo enmudeció. Se detuvo, para luego verse envuelto en un remolino de desesperación.

Antes de que pudiera darse cuenta, todo acabó para Loli.

Y para su padre, quien, con algo parecido a una triste sonrisa en sus ojos, se desvaneció en el aire, como el humo que salía del cañón de su pistola.

Y, de alguna manera, creí que también para mí.

XXIX

De los dedos del padre de Ana se elevaba un hipnótico jirón de humo gris, portador de muerte y de fatigoso olor.

Los ojos del hombre, fríos, desagradables, se clavaban en el silencioso David, que se había resignado a aguantarle la mirada en el incómodo silencio, y fingió mostrar más interés en una decoración que conocía mucho mejor de lo que trataba de dar a entender.

La madre, por su parte, no hacía la situación más agradable. El rictus en los finos labios, desagradables como su pelo rubio teñido, le daban a David la impresión de estar recitando para sus adentros una maldición contra el pobre muchacho.

—¿Y qué haces con tu vida? — preguntó finalmente el hombre.

David pensó que había cientos, si no miles, de formas más agradables de hacer esa pregunta.

—Pues este año terminé segundo de bachillerato — respondió David.

El padre de Ana asintió.

—¿Y luego?

—Pues el año que viene quería estudiar un módulo de grado superior... de sonido... pero tengo que irme fuera, así que el año que viene voy a trabajar...

—Trabajar... ¿no?

El hombre no parecía tan seguro.

—Sí... en una librería... ya estoy echando unas horas... pero el año que viene hago jornada completa... tengo que ahorrar...

La seguridad que David estaba empezando a encontrar se hizo añicos al chocar contra las gélidas miradas de aquellos cuatro ojos de piedra y vidrio.

Por enésima vez, la idea de haber recogido antes a Jana y Ricardo cruzó por su cabeza. Al menos, así no estaría solo.

Aunque dudaba que aquello mejorara las cosas...

—¿Y cuánto hace que conoces a Ana?

La pregunta de la madre carecía de interés, le pareció a David.

—Dos meses —respondió David.

Entonces le pareció que había pasado una eternidad...

Todo se había acelerado tan de repente... sobre todo lo que llevaban de mes.

Y aún quedaba una semana hasta junio...

—Y ese trabajo para el año que viene... —comenzó a decir el padre -. ¿En qué consiste?

—Es en una librería —repitió David, con un temblor en la voz -. En el almacén, organizando las estanterías, atendiendo... lo que haga falta...

—¿Y es seguro? —preguntó el hombre -. Porque luego eso se lo dan al primero que llega...

David levantó, inconscientemente, una ceja.

Necesitaba un caramelo...

—La librería es de mis padres, así que...

En ese mismo momento, Ana salió del baño totalmente vestida y peinada.

—Bueno, nosotros nos vamos —dijo pasando junto a David y tirándole del brazo.

—Hasta luego —se despidió David, sin verdadera intención de volver a verles pronto, y, antes de querer darse cuenta, estaba dando gracias por encontrarse bajo el porche de la casa de Ana.

—Ana, eres cruel —musitó.

La chica no pudo evitar reír mientras se dirigían a la calle.

—¿Por qué actúan así? — preguntó David -. Creo que me odian...

—Seguramente — respondió ella sin disimular.

—Ah, qué bien... al menos sé que no es paranoia...

—Se les ha metido en la cabeza que tú y yo somos... ya sabes...

Ana hizo gestos con las manos.

—Novios.

—Bueno... — replicó David, acercando las yemas de sus dedos pulgar e índice de modo que Ana los viera -... estarás de acuerdo en que, un poquito de razón, sí que tienen.

Ana imitó el gesto de David sonriendo cándidamente.

—Un poquito.

—¿Y tú les ha dicho que novios no somos?

—Sí... pero como si nada. No se puede tener amigos.

David suspiró.

—Ya, sí... los míos lo mismo...

—¡Ah, por cierto! Con esto, estamos en paz.

—No me compares a mis padres con esos dos engendros de Belcebú... Además, eso ha sido una trampa... que a mis padres nos los encontramos de casualidad...

—Sí... eso se supone... qué raro... casualmente tus padres a las puertas de donde tocábamos...

—¿No puedes pensar que querían escuchar tocar en su debut a su único hijo varón?

—No.

David se encogió de hombros.

—Tajante...

Ana sonrió. A pesar de eso, David no encontraba su sonrisa.

—¿Qué te pasa? — preguntó ella, deteniéndose, acariciando el pelo negro de David.

—¿Por qué no he sabido nada de ti desde la mañana del sábado?

Ana borró la alegría de su rostro, bajando la mirada.

—Lo estaba pasando mal. Y, antes de que pienses lo contrario, no era por tu culpa.

Volvió la mirada a su casa, que quedaba ya muy atrás.

—Son esos dos...

David apretó a Ana con suavidad entre sus brazos.

—No me lo vuelvas a hacer — rió -. He estado muy preocupado.

Ana recorrió el cabello de David con sus dedos.

—Vale, ya pasó. Olvidémoslo.

Se separó del abrazo de David, cogiéndole las manos, la sonrisa de nuevo en sus labios.

—A partir de hoy no pagaré mis problemas contigo, ¿vale?

—Mejor los compartes conmigo, si quieres.

David sonrió.

—¿No es lo que hacen los amigos?

XXX

"Todo ha acabado..."

Esa frase resonó desde lo más profundo de mi alma mientras no podía hacer otra cosa aparte de permanecer de rodillas, asomado al muelle, con la mirada fija en el punto en el que Loli se hundió.

Mis ojos se perdían en la profundidad de las oscuras aguas mucho después de que lo hiciera el cuerpo de mi único vínculo con el mundo de los vivos.

Todo había acabado. ¿Cómo podría ahora comunicarme con Ana? ¿Cómo podría hacerle saber que estaría bien, y, por lo tanto, descansar al fin?

Yo mismo sentía sumirme en las acuáticas sombras que se abrían ante mí.

No sé cuánto tiempo tardé en girarme para mirar a Raquel.

Raquel... ella no fue tan egoísta como yo. Supongo que en vida sería igual. Mientras yo sólo pensaba en mí y en mis problemas, allí estaba Raquel, abrazando, tratando de dar un mínimo rastro de consuelo, a lo que quedaba de Loli.

—¿Pero por qué? — la oía repetir una y otra vez -. ¿Pero por qué?

Ni Raquel ni yo teníamos respuesta para esa pregunta. Y no la tendríamos por más que la repitiera.

—¿Pero por qué...?

Los gemidos de Loli me arañaban el alma, cargada como estaba de culpabilidad.

Me levanté, alejándome del borde del abismo, y me dirigí, sin ánimos, a Raquel y Loli.

Tenía ganas de llorar. Y no sé por qué no rompí allí mismo. Tal vez lo hice, no sé.

Loli me miró a los ojos, y alargó la mano, acariciando mi mejilla, comprobando que ahora podía tocarme a mí también.

—Loli... — la voz se ahogó en mi pecho, sin saber qué decir —. Lo siento mucho.

—¿Y mi padre?

—Se ha ido — dijo Raquel —. Ahora descansará.

—¿Pero por qué...? — volvió a gemir.

Yo no podía soportarlo más.

Me levanté y le di la espalda a las dos, llevándome las manos a los ojos, y caminando hacia el mar.

—¡David!

Me giré como por resorte al escuchar el grito de Raquel, y, cuando la vi, la pregunta no se demoró.

—¿Y Loli?

—No lo sé — respondió Raquel —... Se ha desvanecido.

—¿Cómo... que se ha desvanecido?

Raquel se encogió de hombros.

Pero en ese momento comprendimos.

—Simplemente — dijo Raquel —, no está aquí.

—Volveremos a verla — dije yo, mirando instintivamente el reloj que llevara dos meses parado —. Pero supongo que no sabremos ni cuándo, ni dónde, ni cómo, ni nada...

Raquel se estremeció.

—¿Quién ha podido matar a Loli?

Antes de que terminara de formular la pregunta, tanto Raquel y yo dimos un respingo ante lo que vimos.

Ya no estábamos en el muelle. De repente, nos encontrábamos en una fría y blanca sala. Los dos, Raquel y yo, y otras dos personas. A una de las cuales ya conocíamos.

Sobre una mesa de acero, una sábana cubría, por debajo del cuello, el cuerpo inerte, azul e hinchado de Loli.

—¿Quién ha podido ser tan hijo de puta? — preguntó Josan al aire.

—¿Y este qué hace aquí? — preguntó Raquel.

—Es ella, ¿verdad? — preguntó el desconocido, que vestía bata blanca, en contraste con la camisa oscura de su acompañante -. Loli la Loca, ¿verdad?

—Sí, sí... — respondió Josan -. Es ella...

Raquel y yo contemplamos compungidos el cuerpo sin vida de nuestra médium... lo único que nos podía mantener junto a los vivos, hablar con ellos, hacerles saber...

En parte, la sentíamos como a una amiga.

—Y no estaba tan loca...

Hasta ese momento, no supimos lo mucho que era esa mujer para nosotros.

Y, aunque yo la traté más, Raquel parecía más dolida.

No podíamos soportar la contemplación de su tenso y frío rostro.

Pero, cuando el hombre de la bata se disponía a ocultar su cara, Josan le detuvo.

—¿Qué pasa?

El hombre más joven observó la cara del cadáver Loli.

Se acercó más a ella, quitándose las sucias gafas para... bueno... no sé por qué se las quitó, pero lo hizo. Y entonces empezó a comprender.

—Emmm... oye, Antonio... ¿Quién lleva el caso?

—¿El caso? — preguntó el hombre de la bata -. El caso es un caso perdido. A nadie le importaba esta pobre mujer. Todos los

que la conocían están muertos. Y, aún así, los que han peinado la zona del muelle no han encontrado nada más aparte del arma.

—Un punzón.

—Un punzón no — objetó Antonio -. El más vulgar y ordinario punzón.

—Bueno... pero ha sido asesinada... ¿Crees de verdad que esto va a quedar así?

—No... bueno... no hasta dentro de unas semanas...

Antonio se rascó la barbilla.

—Aunque no tuviera familiares vivos, se la echará de menos... todo el mundo la conocía.

—Lo sé.

Josan tomó la sábana y cubrió el rostro de Loli.

Respiró profundo, los ojos cerrados, meditando lo sucedido.

De repente, los abrió, clavándolos en Antonio.

—Escucha, tienes que hacerme un gran favor... Quiero que le hagas un examen completo, todo. Quiero saber todo lo que pueda saberse de esta pobre mujer, ¿de acuerdo?

Antonio no dudó.

—Aún estoy en deuda contigo desde la Casa del Emperador.

Antonio sonrió.

—Y gracias a ti he vuelto a dormir... claro que lo haré.

—Avisame con lo que sea.

—Claro.

—Me tengo que ir.

Josan salió corriendo por la puerta.

Un segundo después, se asomó desde fuera.

—Antonio. Muchas gracias.

—Tú no digas nada y yo no diré nada — sonrió -. ¿Pero puedo preguntarte de qué va esto?

—Puedes.

Antonio esperó.

—Pero de momento no puedo decirte nada. Sólo son sospechas.

—No estarás pensando en lo que creo que estás pensando.

—¿En Bocanegra?

—¡No estarás pensando en Bocanegra!

Josan se encogió de hombros.

—¿Qué pruebas tienes?

—Las mismas que la poli...

—¿Y para qué el examen?

Josan agitó las manos.

—Tú hazlo...

XXXI

—De verdad que es que no lo entiendo — decía Ruth a David esa mañana que se encontraron en el mismo banco de siempre, de la plaza de Astarté.

—Y yo sí, ¿no? — respondió él.

—Pues hijo... tú me dirás.

David se tocaba la barbilla, mirando a Ruth por encima de sus gafas de sol. Ella le devolvía la mirada desde sus enormes ojos oscuros, casi negros, veteados de verde.

—A ver, David, en serio, explícame — dijo Ruth, poniéndose aún más seria -. ¿Qué diferencia hay entre la escala eólica y la pentatónica menor?

—Ya te lo he dicho... dos notas.

—¿Y cuáles son?

David intentó visualizar el mástil de su Christabel entre sus manos. Aunque no estuvo seguro de por qué.

—No lo sé... dos.

—¿Y por qué se llama así?

—También se la llama “menor natural”, creo...

—¿Y eso por qué? — Ruth parecía furiosa.

—No sé, no sé...

—¿Y para qué valen las escalas? Aparte de para que Ygnwie se las pateee...

—¿Y yo qué sé?

- Pues deberías saberlo, guapito... tocas la guitarra en un grupo.
- Pregúntale a Manolo: él tiene que saberlo.
- Y es que no es sólo eso... que si mixolidia, que si jónica, dórica... corintia, toscana, compuesta... — Ruth sacó la lengua.
- Y la escala de *blues* — indicó David con una sonrisa -. Con el celeberrimo “intervalo del diablo”...
- Ruth acabó riendo brevemente.
- Me queda aún mucho por aprender — dijo David.
- Bueno... al menos tienes talento.
- Ambos permanecieron en silencio, mirando pasar las nubes.
- ¿Qué tal con Ana? — preguntó finalmente -. Anoche parecía que todo os iba la mar de bien...
- Pues eso parece... — respondió David -. A ver si dura.
- Seguro que dura.
- Bueno... mientras dure, lo pienso disfrutar, así que... De todas maneras, la noto algo distante últimamente.
- ¿Desde el día después del concierto?
- Más bien desde esa misma noche.
- Pero si dormisteis juntos, ¿no?
- Así es... dormimos.
- ¿No hubo sexo?
- No.
- ¿Y qué importa eso?
- No, si no es por eso. Desde que llegamos a casa de Ricardo, apenas se dejó tocar.
- Eres un guarro...
- No... no me refiero a dejarse meter mano. Digo de abrazarla, besarla, hacerle mimos...
- Las tías somos así de raras.
- No, si ya lo sé... si con Lucía era algo parecido... pero no sé... Bah, no me hagas caso.
- Hijo, ¿qué quieres que te diga? Es lo malo de ese tipo de relaciones.

David la miró extrañado.

—¿Por qué dices eso? — preguntó David -. ¿En qué se diferencia mi relación con Ana de la tuya con el Mata?

—¿Estás de coña? Mata y yo somos novios. Ana y tú sois... ¿Qué sois?

David tardó en responder.

—Somos dos.

—En un reloj, no me jodas, Rojo...

Aunque siempre lo hiciera, como todos, con su novio, Ruth sólo llamaba a sus amigos por el apellido cuando quería darles una bofetada verbal.

Evidentemente, ese era el caso.

—Pero, si vosotros sois felices, yo soy feliz.

Ruth volvió la mirada, acusadora, a David.

—Porque lo sois, ¿verdad?

—Sí, sí... claro...

—No es que no te crea, David, guapo... pero creo que tú lo dudas.

—¿Qué dudo?

—Que todo vaya bien.

—¿Tú nunca te peleas con Mata?

—Sólo los lunes y jueves impares que no son fiesta o víspera — rió Ruth -. Claro que sí.

—¿Y no sois felices?

—Mira, David, yo, lo único que te digo, es que no me gustan las medias tintas. Si una cosa es, es, y, si no es... ¿me estás haciendo caso?

David volvió la vista a Ruth.

—Perdona... me pareció que me llamaba alguien.

Ruth miró a donde miraba David.

—Esto está más solo que la una, pequeño...

—¿A ti por qué no te gusta Ana?

—¿Cómo que no? Adoro a Ana.

—Pero no te gusta para mí.

—Lo que no me gusta es que te tenga... ¡Rojol!

—Tía, que me están llamando.

David se levantó y se alejó de Ruth, quien decidió seguir a su amigo.

A pesar del calor reinante, Ruth vio que David se estremecía. Y también ella se vio invadida por el escalofrío.

—Serán los nervios — dijo Ruth -. No te preocupes... seguro que apruebas todo.

—No creo... bueno... puede que sea eso.

David rió.

—Era mi propia voz la que me llamaba.

—Tío, me das un poco de miedo a veces.

—¿De qué hablábamos...? Ah... las escalas.

—Hablábamos de Ana y tú. Antes me lo contabas todo. ¿Por qué ahora te cuesta tanto?

David encogió los brazos como buscando una respuesta.

—No sé, Ruth...

—Bueno... sólo respóndeme a una cosa.

Ruth clavó en David esos ojos que tanto le hechizaban.

—¿Tienes miedo de algo?

—De perderla.

—¿Perderla? Pero si ella te quiere.

—¡Ya lo sé! — exclamó David -. Pero, ¿y si llega un día y se cansa, se aburre, o descubre que no me quiere?

—David, toda pareja se expone a eso. No es un riesgo, es una realidad. Ni los que empezaron ayer ni los que llevan juntos setenta años pueden estar seguros de que mañana no se les acabará todo.

—Lo sé... y ella lo sabe también... Pero, ¿y si ya ha llegado? ¡Ruth! — exclamó de repente girando la cabeza.

—¿Qué?

David no respondió.

Se limitó a volver a mirar a Ruth.

—Nada, nada.

—Rojo... me das miedo.

XXXII

Desde que Ruth encontrara las marcas en sus muñecas, Ana pensaba que le debía a su amiga muchas explicaciones. Tenía que contarle muchas cosas que no podía o no se sentía capaz de compartir con nadie.

Pero, ahora que Ruth descubrió una de ellas, sintió como si se abriera una brecha en la presa de sus secretos, y estos se desparramaran sobre ella, para su alivio. Y tal vez también para el de Ruth.

Sin embargo, ¿podría contarle lo sucedido con Julio?

Ana no se creía capaz.

Meditaba sobre todo ello, al despertar, aún tirada sobre su cama, mirando la agenda que le regalara David a principios de año, sudando de calor.

Presa de la melancolía, contó los días desde su muerte. Instintivamente, contó un día más.

El viernes 13 de mayo del 2005. A pesar de la fecha, su última noche de felicidad.

De nuevo la imagen de lo que sucediera hacía bastante menos sobre esa misma cama atacó el vientre de Ana.

Antes era sólo asco lo que le producía, a pesar de la atracción que sintiera por Julio tanto tiempo atrás, más de dos años, cuando volvió a encontrarse al que acabaría siendo el novio de su amiga Gloria.

Sin embargo, además de la náusea inicial, ahora se le sumaba un miedo irracional, puro terror, de haber cometido la mayor estupidez de su vida.

Antes de poder pensar más en ello, sintió que las tripas se le revelaban, y llegó a lo justo al baño para vomitar dentro del inodoro.

Pero apenas sí fue un poco.

Sólo pudo pensar durante un par de segundos en lo mal que se sentía mientras volvía a vomitar, esta vez aún menos que antes.

Dolorida como estaba, no pudo más que sentarse en el suelo del lavabo.

¿Dónde estarían sus padres?

Ana pensaba que no pedía tanto... sólo unos padres que la apoyaran en la peor época de su vida. Sin embargo, daba igual qué día fuera, que nunca estaban allí para ella.

En parte, Ana sentía que se alegraban por la muerte de David.

Ella siempre se lo negó a él, pero era cierto que le odiaban. ¿Por qué? Ana no lo sabía. Ni lo comprendía.

Cierto que no aprobaban a ninguno de sus amigos. Pero, ¿por qué ese trato *especial* con David?

Como si sólo la quisiera por un dinero que se suponía que tenía, pero que ella para nada quería...

Ana se encogió, abrazando sus rodillas, y enterrando entre ellas su rostro.

Ojalá, pensó, sus padres se vieran privados de ella como Concha y Eusebio se vieron privados de David.

Sí... ojalá ella también estuviera muerta. Así aprenderían sus padres.

Pero ya no podía hacerlo. No era justo.

Ahora ella no podía morir...

Antonio, secándose el sudor con la mano izquierda, descolgó el auricular del teléfono con la derecha, y, con esa misma mano, tecleó los números memorizados.

Esperó, y, al tercer tono, escuchó la voz de su amigo al otro lado de la línea.

—Hola, Josan — correspondió Antonio al saludo del otro -. Sí... todo lo que he podido sacar... Bueno... la pobre mujer, para lo que ha vivido, estaba en muy buena salud, si exceptuamos lo del punzón... Los pulmones y, sobre todo, el hígado, algo atacados, cosa que no me sorprende... Algo de deshidratación, falta de calcio y hierro, y tal vez algo delgada, pero no parece que eso la afectara demasiado. Me han llamado la atención sus ojos, aunque no les he encontrado nada. A parte del hecho de que vivía en una pocilga, y los consecuentes parásitos, no se diferencia nada de una mujer de su edad, quizás algo mayor... se ve que la vida no la ha tratado nada bien... ¿Qué quieres que le haga? Esta mujer prácticamente no existía, pero, sí sé su edad, y sí que estaba algo estropeada para sus años... Ya te lo he dicho, vivía en la miseria... demasiado bien estaba... Es a eso a lo que me refería... cualquiera en su situación no estaría ni la mitad de bien...

>> Parece mentira que no me conozcas, Angelito... he dejado lo mejor para el final... Algo que nadie en Alcidia parece saber, hasta ahora, al menos... Claro, claro... con mucho gusto... En algún lugar del mundo, alguna vez esta mujer tuvo un hijo.

Era ya de madrugada cuando, tumbada sobre su cama, Ruth se sumió en sus más angustiosos pensamientos.

Sabía que había algo que Ana no le había contado. Y esperaba que no fuera demasiado tarde para que se animara a hacerlo.

Tenía que comprender que no estaba sola en esto. En nada estaba sola.

Todos ellos, no sólo Ruth, eran sus amigos, y estaban para apoyarse mutuamente.

Ruth bostezó profundamente, dejando los ojos cerrados para atraer más fácilmente al sueño.

Para colmo había discutido con Mata.

Desde que decidiera dejar de fumar, su humor era mucho más delicado, y saltaba a la mínima, pero Ruth sabía por experiencia que aquello acabaría terminando.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ruth, por lo que decidió cubrirse con la sábana.

Pero estaba demasiado cansada, y se había tendido sobre ella.

Así que se limitó a tumbarse sobre la espalda, cubriéndola así.

Pero eso no solucionaba nada. Así que, finalmente, se incorporó, y abrió los ojos para buscar, con la casi inexistente luz, la forma de cubrirse con las sábanas.

Pero lo que vio le hizo, inevitablemente, lanzar un grito a la oscuridad.

XXXIII

Lentamente, la esfera blanca descendía sobre la cabeza de Ruth, quien la golpeó, arrojándola hacia donde estaba Mata, que le arreó un tremendo manotazo que hizo que saltara una, dos, tres, ocho veces sobre la superficie del agua hasta que se detuvo sobre las ondas, balanceándose con las olas, alejándose poco a poco de la orilla.

—¡Mata, animal! — exclamaba Paco, a quien la pelota estuvo a punto de darle en plena entrepierna.

—¡Es que soy más *heavy* que cagar cadenas! — exclamó Mata riendo con su chorro de voz.

—Sí... ¡y que mear alambre de espino! — exclamó Paco, avanzando a saltitos hacia la pelota -. Lo que eres es más bruto que un *arao palo*...

Aquella mañana, la del último jueves de julio, la pandilla al completo decidió, espontáneamente, pasar el día en la playa.

En realidad, fueron Paco y Manolo quienes, la noche anterior, ya de recogida, tramaron semejante plan.

A la mañana siguiente, casi sufriendo, madrugaron, llamando uno a uno al resto del grupo, en ocasiones mintiendo ("interpretando ciertos detalles", diría Manolo), para convencer al resto de que se unieran a tan descabellada empresa.

Y, final y milagrosamente, a las once, se encontraban todos en la Playa de Trinidad, algunos aún con los ojos llorosos.

Pero era la única hora a la que, siempre según Manolo y Paco, se podía ir... Ya que, más tarde, todo se llenaba de gente, aunque fuera jueves, lo mismo era, se llenaba hasta la bandera (azul) de gente.

Pero a esa hora apenas había nadie aparte de los nueve amigos.

Y ya era casi la una.

—En verdad — decía Ricardo a David, los dos sentados cara al mar —, hace un día cojonudo.

—¿Eh? — respondió David —. Sí... mucho.

—Tío, vuelve a la Tierra por Navidad, David... que estás en babia.

—Es que estoy dormido.

—Bueno, si tú dices que estás dormido, te creo, pero porque la que te sabe escuchar es Ruth, así que prefiero no entrar en esos territorios.

—Ricardo, *picha*, que no me pasa nada...

—Sí que te pasa. Estás ausente. Y no es nuevo. Llevas así ya un tiempo... ¿Quieres bajar de la nube?

—¿Tú crees? — preguntó David.

—Que si creo, dice... ¡Claro que lo creo, David, cojones! Creía que te preocupaban las notas o algo... pero lo has aprobado todo, y con unas notas que hasta a ti te sorprenden. Así que no veo que tengas otra cosa en la cabeza que no sea que tienes problemas en tu relación con Ana.

—¡Anda ya! — exclamó David —. ¡No tengo problemas en mi relación con Ana! Y mi vida no gira en torno a ella.

—Claro que no tienes problemas en tu relación con Ana porque tal relación no existe.

—¿Por qué dices eso?

—No, no me refiero a que no tengáis una relación propiamente dicha... a ver... ¿cuánto hace que no os acostáis juntos?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Bueno, en principio puede que nada...

—Nada.

—Nada... ¿pero cuánto hace que no la besas? En los labios, evidentemente.

David pensó, a pesar de que muy bien conocía la respuesta.

—Dos meses.

—¡Desde la noche del concierto!

David no respondió. Miraba fijamente el mar.

—La misma.

—¡Ruth! —llamó Ricardo. Pero la chica no le escuchó.

—¿Pero qué haces?

—Necesitas terapia *Ruthiana*.

—Déjate de pollas. “Terapia *Ruthiana*” ni “terapia *Ruthiana*”...

—Que sí, joder... ¡Ruth!

Pero Ruth no escuchaba. Y David lo prefirió así.

No le apetecía molestar con sus problemas a Ruth en un día como ese.

Tampoco le apeteció en los días que siguieron, ni a la semana siguiente.

Tal vez, cuando le apeteció hablar con ella, no la encontró, o no se sentía él mismo capaz de explicar o explicarse por qué su relación con Ana se enfrió tan de repente. Ni por qué se sentía incapaz de hablarlo con ella.

A veces la cosa parecía que retomaba el camino que les llevaba juntos, pero, de repente, esa ilusión se desvanecía como un sueño al despertar.

Así fue durante el resto del año. Tal vez el día de su cumpleaños, David sentía más cerca de su alma a Ana, pero comprendió que no era así.

Tampoco encontró respuesta a la pregunta de por qué ese distanciamiento la noche de fin de año. Tras el minifestival que duró desde la una hasta las cinco de la mañana, en la que actuaron con otros grupos de la ciudad en una nave en las afueras, David volvió a tener esa sensación de acercamiento, que volvió a desvanecerse.

Cientos de teorías se formaban y desaparecían en la mente de David, pero ninguna le satisfacía. Mucho menos le gustaba.

Y, aunque había más vida aparte de Ana, sentía que ella era todo cuanto le faltaba para sentirse pleno.

Sin embargo, los padres de Ana siguieron sintiendo el mismo desdén, el mismo desprecio, por David.

Vale que Ana fuera la heredera de medio Alcidia, y que David sólo fuera un hijo de comerciantes de barrio, pero nada hacía pensar a David que pudiera parecer que él iba tras su dinero. Él ni siquiera sabía nada de eso tras quedar flechado por Ana.

Ella tampoco parecía ser muy bien vista por la familia de David. ¿Por qué? Por toda explicación daban el trato que él mismo recibía por parte de los padres de Ana. Pero, ¿qué culpa tenía ella, si era la primera que despreciaba a esos dos monstruos?

“Si al menos hubiera algo entre nosotros”, pensaba David, “todo esta situación tendría un mínimo de sentido.”

Pero no era así. O al menos, así le parecía a David. Y, desde luego, Ana no hacía nada que hiciera pensar lo contrario. Tal vez de vez en cuando le diera algún beso fugaz en los labios, pero, si durante dos meses estuvieron defendiendo cara a los demás que no estaban juntos, ahora era como si ella se lo confirmara a él de una manera tan fría.

Aunque sentía que no era ella la fría, si no lo que sentía por él.

Antes era todo fuego, ahora... Los dos habían conocido el amor, o, al menos, algo bastante cercano, antes de verse aquella noche de marzo, un par de horas antes de la medianoche, que tan lejana parecía...

Sólo había pasado medio año cuando a David le sorprendió ver cómo evolucionó su relación con Ana. Cómo del fuego eterno inicial, que dilataba los momentos que pasaban juntos o separados, se había visto sustituido por un vacío que comprimía cada uno de los momentos, haciendo que incluso el tiempo que pasaran juntos, aunque fuera plenamente disfrutado desde la nueva situación, tuviera un distinto sabor.

Pero David seguía sin ser capaz de hablarlo con ella. Sólo sentía que podía comunicarse con ella a través de su música.

Durante esos meses, David fue acumulando una notable cantidad de material. Había compuesto muchos *riffs*, e incluso algunas melodías más elaboradas. Fue grabándolo todo en el ordenador, y se puso a depurarlo y montarlo todo hasta que, cuando quiso darse cuenta, tenía una curiosa colección de algo que podían ser canciones. A eso le añadió algunos solos, frutos primero de la improvisación, pero paulatinamente más y más trabajados.

De vez en cuando, le daba algo a Ana para escuchar, pero, si alguna vez recibió el mensaje, no dio muestras de ello.

A veces se preguntaba David si no sería mejor así.

—¿Sabes que hoy hace un año que nos conocimos? — dijo David una tarde, mientras su última melodía se depuraba en su cabeza, y el resto de la pandilla caminaba a unos metros de ellos, por delante o por detrás, ajenos a todo lo que hablaba con Ana.

—¡Es verdad! — exclamó Ana, mirando a David a través de las gafas de lentes redondas y azules que recibiera del muchacho como regalo de cumpleaños, y que no se había quitado desde que lo recibiera unas dos horas antes.

—Y no me has regalado nada... — se quejó, dramático, David.

—Hey, que esto es un regalo de cumpleaños — señaló Ana tocándose las gafas -. No cuenta...

Sin embargo, Ana rodeó el cuello de David con sus brazos y le besó en la mejilla.

—Por cierto, ¿quieres venir a la boda de mi prima?

David fue totalmente cogido por sorpresa.

—¿Cómo?

—Mi prima. Se casa dentro de dos meses. ¿Te quieres venir?

—¿Como tu acompañante? —David no pudo evitar una risita.

—Claro... no querrás que vaya sola, ¿no? Que van a ir todos mis primos con sus parejas, y paso de quedarme sola. Te vienes tú y así por lo menos...

—Pero todo el mundo va a creer que soy tu novio.

—Todo el mundo cree ya que eres mi novio. No creas que eso va a cambiar nada.

—Ya... supongo que nada hará que nada cambie...

—¿Por qué dices eso? — preguntó Ana.

—No... por nada — mintió David con una sonrisa.

Ana se quitó las gafas y se las colgó del cuello del vestido negro.

—David — dijo, pero no supo continuar.

Ana clavó sus oscuros ojos en los de David. Por una vez en mucho tiempo, David sintió que sus almas volvían a comunicarse a través de sus miradas, pero esa sensación se desvaneció cuando Ana volvió a mirar al frente. Ahora seguían caminando sin siquiera tocarse, como si así se protegieran ante la felicidad que, de alguna manera, sabían que existía tras ese muro de aparente indiferencia. Él, al menos, lo veía así. A veces sentía que su relación con Ana, así como toda su vida, era como una gran fiesta, de la que debía irse justo cuando empezaba lo mejor.

Entonces, los ojos de Ana volvieron a fijarse en su amigo, para terminar lo que empezó a decir, apenas un segundo antes.

—¿Vas a venir o no?

—Claro, claro... — una asimétrica sonrisa apareció en el rostro de David -. Lo pasaremos bien.

XXXIV

—¿Qué pasa?

El padre de Ruth, al entrar en la habitación encontró a su hija sentada en la cama, agarrada a la sábana, totalmente desmadrada tras el tirón que recibió de la chica, quien temblaba y lloriqueaba.

—¡Ruth! — la madre entró tras el padre, y se dirigió alarmada a abrazar a su hija -. ¿Estás bien? ¿Por qué has gritado?

Pero Ruth estaba demasiado nerviosa para contestar. Cada vez que tomaba aire para responder, un temblor en su pecho la llevaba a seguir lloriqueando, mirando a su alrededor.

—Seguro que sólo ha sido una pesadilla, ¿verdad?

Ruth, algo más tranquila cuando su padre le acercó un vaso de agua, asintió con la cabeza.

—Sí, ha sido eso...

—Pequeña, estás temblando... y sudando. ¿Qué has soñado?

—No... no lo sé — respondió Ruth, envolviéndose como podía en la sábana.

—¿Quieres más agua? — preguntó su madre -. Antonio, trae...

—No, mamá, no... no hace falta... ya estoy mejor... es sólo... una pesadilla.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, sí... lo estoy...

Un escalofrío recorrió la espalda de Ruth.

—Perdón... os he despertado, ¿verdad?

—No te preocupes, nena — dijo su padre besándole la frente con ternura -. Te llevaste los primeros seis años de tu vida con pesadillas. Creo que hasta he sentido algo de nostalgia, ¿tú no, Charo? -. Sonrió.

—Anda, deja a la niña dormir... — respondió bostezando.

—Si necesitas algo — dijo Antonio -, ya conoces el procedimiento.

—Gracias, sí — respondió Ruth, nerviosa.

—Hasta mañana, amor, que descansas — se despidió su madre besándole las mejillas.

—Hasta mañana.

Aunque se sentía más tranquila, cuando Charo apagó las luces al salir, Ruth no pudo evitar escrutar en la oscuridad en busca de algo que deseaba no estuviera ahí.

Aunque, por otro lado...

Nerviosa, aunque cansada, Ruth entró con toda la energía que pudo a la librería "Eusebio", y una sobresaltada Concha iluminó su rostro, con sorpresa primero, y con una sonrisa después, al reconocer a la amiga de su hijo.

—¡Ruth, cariño!

Concha rodeó el mostrador y apretó a Ruth entre sus brazos.

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Cómo no has venido antes?

Ruth se encogió de hombros, mirando a su alrededor.

—Me resulta algo doloroso venir aquí...

—Sí, te entiendo. Para mí veros es lo mismo, pero me alegra, Ruth...

La chica sonrió cuando Concha se interrumpió.

—¿Cómo están las niñas?

—Bien, bien. Ahora están en casa. Bueno, Paloma creo que iba a la playa... ¿Y cómo están los demás?

—Bien también... con sus cosas... ya sabes...

—Claro... oye, perdona, pero tengo mucho trabajo... ven un día a casa y te tomas un café o algo... Y tráete a Ana, ¿vale?

—¿A Ana? — Ruth levantó una ceja, sorprendida.

—Sí, claro... a Ana.

—Vale, claro... — sonrió Ruth, girando la vista a las estanterías y mesas llenas de libros.

—Voy a cotillear un rato a ver qué encuentro...

—Claro, como quieras...

Con una pizpireta sonrisa, Ruth se volvió y fue directamente a la sección de Ciencias Ocultas.

De nuevo los nervios la tomaron cuando se puso a buscar entre los títulos de los lomos de los en muchos casos gastados volúmenes.

—¡Chst, chst, rubia!

Ruth no pudo evitar un sobresalto al escuchar esas palabras a su espalda.

Cuando se giró, se alegró al ver una sonrisa en los labios de Ana.

—¡Hola, bonita! — la saludó mientras se fundían en un abrazo, y se balanceaban de un lado a otro.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Ana.

—Buscando lectura, ¿y tú?

—Lo mismo. Acabo de entrar y te he visto desde la puerta. ¿Qué lectura buscas? — añadió lanzando una mirada a la sección de Ciencias Ocultas en la que se encontraban.

—Pues... adivina.

—Tengo una buena colección en casa — dijo Ana -. Últimamente me he hecho asidua a esta tienda.

—Ah, claro... — respondió Ruth, comprendiendo la alusión de Concha a Ana.

—¿Sobre qué buscas?

Ruth sintió entonces una repentina vergüenza.

—¿Vida después de la muerte? — preguntó Ana.

—Jeje... sí.

—Hmmm... vaya... podría ponerte verde... pero no me apetece ahora -. Ana guiñó un ojo.

Ruth sonrió, como queriendo evitar el tema.

—¡Anda! — exclamó Ana -. ¡Vamos a tomar algo!

—Sé por lo que estás pasando — confesó Ana ante una taza de café con leche.

—Es tontería, Ana — respondió Ruth, quien no paraba de dar vueltas a la cucharilla -. Poca gente lo ha pasado tan mal como tú por esto.

Ruth levantó la mirada, y fijó sus ojos en la triste sonrisa de Ana.

—Sin embargo, me alegra ver que sonríes.

—Sí — asintió Ana, sin levantar la vista de su taza -. David se fue, eso me duele como a quien más, como si me hubiera dejado sin alma, pero no sin dejar nada atrás.

Ruth sintió un escalofrío mientras Ana terminaba su bebida. Para disimular, Ruth la imitó.

—Nos ha dejado mucho, Ruth, sus recuerdos, su amor, su música... y eso es algo que nadie, nadie nos podrá quitar nunca.

—En eso tienes razón — respondió su amiga.

Permanecieron unos segundos sin siquiera mirarse.

Ruth terminó su café.

—Tengo que irme, cariño — se despidió la chica más alta.

—Vale. A ver si nos vemos pronto — respondió Ana mientras se levantaba, buscando la cartera, aunque Ruth fue más rápida y se acercó a la barra para dejar el importe de los dos cafés.

—Nos vemos prontito, ¿vale? — dijo Ruth abrazando a Ana, quien devolvió el gesto.

—Claro que sí.

Salieron juntas a la calle, donde volvieron a desear verse pronto, y se despidieron con dos besos.

Cuando Ruth se quiso dar cuenta, sus pasos la habían llevado hasta la Plaza de Astarté.

Con un escalofrío, acompañada por algo que no sabía si era miedo o valor, se dirigió a uno de los bancos.

Dudó antes de, finalmente, sentarse en un extremo.

Contempló toda la extensión de la solitaria plaza.

No había nadie más allí. Y no parecía que nadie se asomara a los balcones. Era un día muy caluroso, en el que la gente, a esa hora, no suele estar mirando por la ventana.

Pero, a pesar de lo cargado del ambiente y de ir vestida de negro, un nuevo escalofrío recorrió la espalda de Ruth.

—Dime que no me estoy volviendo loca — dijo Ruth al vacío.

No obtuvo respuesta.

—Aunque, si me estuviera volviendo loca... bueno... no te habría visto anoche...

De nuevo el silencio.

—¿Por qué yo?

Ni las ramas mecidas por un inexistente viento emitieron sonido alguno.

—Por favor... dime que no estás aquí...

—Lo siento, Ruth — respondió David -. Pero estoy aquí...

XXXV

—¿Y esto?

Era una cálida tarde de primavera, en la que el sol empezaba a apretar, aquella en la que David entregó la cajita, envuelta en papel de regalo, a Ana.

—¿Qué es?

—Tú ábrelo.

Con una sonrisa pícara, Ana miró primero a los azules ojos de David, para luego empezar a arrancar el papel azul oscuro.

Sus ojos se iluminaron cuando desveló el contenido del envoltorio.

Bajo el papel, la funda transparente de un disco compacto, bajo la cual, una portada, sobre la que se habían dibujando ondas con rotuladores negros, púrpuras, rojos y azules, aparecía el encabezado.

“David Rojo. Música para una musa agresiva.”

—¿“Musa agresiva”? —preguntó Ana -. No lo dirás por mí...

—¡Ui que no! —exclamó David entre risas.

—¿Pero por qué?

—Porque si no compongo me pegas...

—¡Eso es mentira! —exclamó Ana dando un manotazo a David en el hombro.

—Es verdad...—quejándose -. Si compongo me pegas igual.

Ana sonrió.

—Así que esto ha salido de todos esos fragmentos que me has ido pasando. ¿Lo has hecho todo tú?

—Sí... aunque Paco me tuvo que dejar el bajo. También lo usé para la percusión.

—¿Y lo has montado todo tú solo?

—Sí... lo grabé en el ordenador, y ahí lo monté todo.

—¡Vamos! —exclamó entusiasta, levantándose del banco y agarrando la mano de David.

—¿A dónde?

—A mi casa

—¿Y eso?

—Quiero escucharlo.

—Pero es que no me apetece nada...

—Vamos, hombre... no te preocupes por esos dos, que están fuera.

David dudó medio segundo, justo antes de encogerse de hombros.

—Bueno, vale...

Durante todo el camino hasta la casa de Ana, la muchacha estuvo mirando la contraportada, en la que aparecían los títulos de los diecisiete temas que lo componían.

Sin mediar palabra, Ana llevó a David a su habitación, sacando el CD de su funda y metiéndola en el reproductor.

Se sentó en la cama, dando la espalda a David, quien se recostó, apoyándose en la pared del cuarto.

Entonces, la música comenzó a sonar.

El bajo sonaba a lo lejos acercándose poco a poco, en un reposado *riff*.

La guitarra comenzó a hacerse notar con unos acordes altos, irrumpiendo como la brisa irrumpe entre los árboles de un bosque.

Entonces, unas notas altas avisaron de su presencia como el sol sobre unos párpados dormidos, uniéndose todas en una rutina que se prolongó por algo más de un minuto.

Así era la primera pista. *Te veo*, era su título.

Entonces, comenzó la segunda, *Salvar a un ángel*.

Comenzaba con acorde bajo, y Ana pudo imaginar la mano derecha de David recorriendo el mástil de su guitarra hacia el puente para luego acercarlo a la pala, imitando el sonido que identificó como el que hizo el coche que a punto estuvo de atropellarla hacía algo más de un año.

Y entonces se confirmó lo que sospechaba: ese disco era su vida juntos, su historia.

David, mientras, miraba la espalda de Ana, y vio una hoja que se debió haber dejado caer sobre su hombro sin que ella lo advirtiera.

Acercó la mano a la hoja, para retirarla, en el mismo momento en el que ella se movió, y sus pieles entraron en contacto.

Ana se volvió y miró los ojos azules de David. Aquellos que daban título a la cuarta pista (*El dragón rojo de ojos azules*, justo antes de *La Reina de las Sombras*).

Se inclinó hacia él, clavándose las miradas. La mano derecha de Ana realizó una incursión bajo la camiseta de David, acariciando su vientre, mientras sus labios se unían.

—¿Ya te tienes que ir? —preguntaba Ana, extrañada.

—Sí... me tengo que ir.

—Es la primera vez que te vas tan pronto... Antes siempre te quedabas.

Siempre, siempre... esa palabra antes significaba algo para mí...

—Perdona, Ana... no querría irme tan pronto... pero tengo algo que hacer...

Y tal vez si hubiera pensado en eso antes, ahora no estaría así...

—¿Qué tienes que hacer que sea tan importante?

David se detuvo, la camiseta colgando de la mano, mirando a Ana, desolado.

—Lo siento mucho, de verdad... Esto... esto no debería haber pasado... No... no.

Cruzaron una mirada llena de dolor, de incomprensión de Ana, de arrepentimiento de David.

—¿Por qué lo lamentas?

—Ana... no lo lamento... es... Creía que habíamos superado esto.

—¿Superado qué?

David no supo responder. Su rostro reflejaba culpabilidad.

—David... No me mires así... los dos queríamos esto... ¿no?

Un profundo suspiro salió del pecho del chico mientras, mirando al suelo, se encogía de hombros.

—Supongo... Pero es eso mismo lo que me preocupa.

Y salió de la habitación de Ana, de su casa, y, pretendía, de su vida.

Al llegar a casa, no saludó a sus padres o hermanas más allá de un murmullo y un gesto de la mano, cosa que les extrañó, pero le conocían lo suficiente como para saber que algo le preocupaba.

Fue a la ducha, donde, aparte de la tardanza habitual, se entretuvo contemplando la inmensidad de su desconcierto.

Al salir completamente limpio, no habló mucho mientras comía la pequeña porción de pollo frito que pudo digerir. Se vistió, se despidió, y salió a la calle.

Sin ver más allá de lo que paría su pensamiento, llegó casi por instinto a la parada del autobús que le llevaría a Cádiz.

Pagó el pasaje y se sentó en uno de los asientos del fondo, junto a la ventanilla que quedaba cara al océano, a través de la costa de Alcidia, hasta llegar a Cádiz.

Cuando llegó a la Plaza de las Tortugas, se bajó, aún con la máscara de preocupación, resaltados por el sol poniente más allá de los edificios.

Y esa máscara no pasó inadvertida a un par de ojos verdes.

—¡Hola, David! —saludó Lidia, besándole los labios.

—Hola...

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, claro... Muy bien... -. Sonrió -. Me siento como un rey... Soy un rey, un dios, ¡el Puto Amo...! ¡Soy el hombre sobre la Montaña de Plata!

La chica rodeó con sus brazos la cintura de su amado, mirándole con sus inmensos ojos verdosos.

—¿Se ha enfadado Ana o algo?

—No se lo he comentado...

Lidia torció el gesto.

—No ha surgido...

—¿Vas a esperar a la boda para contárselo?

—¿Qué boda?

—La de la prima o lo que sea... Era el viernes, ¿no?

—Ah... sí... pero no... no te preocupes... ya se lo cuento esta semana.

—Pero algo te pasa... ¿Me lo quieres contar?

Lidia le besó la barbilla.

David sonrió por primera vez en un buen rato.

—Puede que más adelante...

XXXVI

Ana, tirada en la cama, escuchaba absorta a la música. En ese momento, para ella no había nada más allá de las notas y acordes que David grabara para ella.

¿Por qué se torturaba de aquella manera?

“Mi vida es como una gran fiesta, de la que debo irme justo cuando empieza lo mejor.”

No estaba segura de en qué momento David pronunció esas palabras, pero estaba segura de haberlas escuchado de sus labios.

Sus labios...

Ana rozó sus propios labios, añorando el sabor de la saliva de quien tantas veces los besó.

Sus dedos se aventuraron por su rostro, sustituyendo las caricias que murieron semanas atrás.

Bajaron por el cuello, acariciando la piel y más allá, sus yemas recorrieron la gastada y descolorida tela que cubría su torso.

Al llegar al vientre, entrecruzó las manos sobre el ombligo, pensando, mientras escuchaba que la tele se encendía, que ella sería una buena madre.

Al menos, mejor que la suya.

Hacía al menos dos semanas que se dirigían aún menos palabras que las estrictamente necesarias. Y con su padre, más o menos lo mismo.

¿Qué clase de hogar era aquel?

Los recuerdos de un futuro que se desvaneció hacía aún tan poco tiempo abrían de nuevo las cicatrices de su alma, mientras escuchaba la tele cambiar de canal una y otra vez.

“¿Qué hace esta?”, se preguntó Ana.

Pensó en asomarse a la escalera y gritarle algo desde su cuarto, pero prefirió no hacerlo.

De repente se sintió incómoda en esa situación, aunque no acertaría a comprender la causa...

Entonces, la tele se apagó.

Para volver a encenderse seguidamente.

La incomodidad se iba convirtiendo en miedo a medida que un frío se apoderaba poco a poco de la piel de Ana.

Una opresión, un extraño temor se apoderó de ella, una inexplicable sensación de no estar sola, de no estar segura.

Se incorporó veloz a subir el volumen de su equipo de música, pero, en ese mismo instante, la sensación desapareció.

Apagó la música, y escuchó al silencio.

La tele había dejado de sonar.

—¿Ana?

—“¿Mamá?”

—¿Estás ahí?

—¡Estoy en mi cuarto!

—“¿Dónde voy a estar?”

Ana salió al pasillo, y bajó las escaleras.

Su madre estaba de pie junto a la tele apagada, con el mando en la mano.

—¿Qué pasa?

—Te habías dejado la tele encendida.

—Mm... no... yo no la estaba viendo.

—¿Quieres decir que la tele se ha encendido sola?

Ana, no sabía qué responder, pero entonces recordó algo.

—No sería la primera vez... ¿Te acuerdas?

—Ah, sí...

—Aquella vez que se había quedado pillado un botón y la tele se encendió en medio de la noche... hará dos años.

—Sí, sí... es verdad... Qué susto.

Ana resopló, riendo por lo absurdo de su miedo.

Sin decir más, empezó a subir las escaleras, cuando la certeza de que aquello no estaba tan claro se apoderó de ella.

“Los canales...”

—¿Sí? —respondió Ruth, presa de nervios, al descolgar el teléfono.

—¿Está Ruth?

—Hola, Ana, guapa. ¿Te pasa algo?

—Creo que sí... ¿y a ti?

—No sé... sí... o no... no importa.

—¿Podemos vernos?

—Claro, claro... ¿pasa algo?

—Cuando nos veamos te lo cuento.

—Vale.

—Tráete el libro que te dejé... nos va a hacer falta.

—... -. Ruth no pudo articular sonido alguno.

—¿Ruth?

—Sí... perdona... ¿Dónde nos vemos?

—Espérame en el parque. Voy para allá.

XXXVII

¿Por qué no tienes respuestas?

—¡David!

La voz llegó a mis oídos cuando aún veía a Ruth frente a mí. Sin embargo, sabía que había pasado algún tiempo desde que hablé con ella hasta que escuché la voz de Raquel.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—¿El qué?

—¡Aparecer y desaparecer! Me pones nerviosa...

Raquel se encogió, acariciándose los brazos desnudos

—Lo siento, Raquel, pero no puedo evitarlo...

—¿Dónde estabas?

—He visto a Ruth.

—¿Ruth tu amiga?

—Sí, claro.

Se hizo el silencio entre nosotros. Entonces me di cuenta de que me expliqué mal.

—Y ella me ha visto a mí.

Raquel sonrió sin mirarme.

—Ella es médium.

—Sí... lo es... ¿Y por qué no me ha visto antes?

—¿Te has fijado en sus ojos?

—Sí... claro... —respondí dubitativo.

—No es verdad... no te has fijado de la manera en que deberías haberte fijado.

A pesar de que desde que conocía a Raquel me había dado motivos para sentir escalofríos, como el hecho de que viera cosas que yo no podía ver, no fue hasta entonces que sentí un atisbo de malestar.

—¿Por qué dices eso?

Ella volvió a sonreír.

—Llevas más tiempo muerto que yo... pero aún hay mucho acerca de la muerte que yo sé y tú no.

—Tú sabías que ibas a morir —respondí.

Sólo pretendía dar a entender que la certeza de que su fin no estaba lejos, sin duda, la habría llevado, por curiosidad, a informarse de lo que le esperaba. Sin embargo, por su mirada comprendí que ella lo entendió de otra forma.

—Así es. Y esa aceptación me llevó a la comprensión.

—Yo no te comprendo a ti...

—No hay nada que comprender, David... Sólo fíjate en sus ojos.

Y, dicho esto, de repente, me encontré en mitad de la calle Santa Elena.

Entre la gente que paseaba, y cuyo contacto yo procuraba evitar, vi precisamente a quien quería ver en ese momento más que a nadie.

A Ruth.

Ella caminaba por delante de mí, así que la seguí. Tenía que saber a qué se refería Raquel con lo de sus ojos.

Sin embargo, por otra parte, no sabía si quería que me viera. La otra vez la noté asustada, aunque bastante menos que cuando me sorprendió mirándola en su cuarto.

Entonces, ella se detuvo, encogida de hombros, frotándose los desnudos brazos a pesar del calor.

Se giró lentamente, y me miró con un estremecimiento.

Me hizo un leve gesto para que la siguiera, y, evitando a la gente que caminaba por la calle, eso hice.

—Tengo que hablar contigo —le dije mientras esquivaba los cuerpos que se me abalanzaban sin verme.

Pero Ruth no respondió.

Se limitó a detenerse, sacar de su bolso su móvil, que no recibía ninguna llamada, y se lo llevó al oído.

—Hola, David —me saludó con voz temblorosa mientras me ponía frente a ella.

—Hola, Ruth.

—¿Qué quieres?

—Tengo que averiguar por qué puedes verme.

—A mí también me gustaría saberlo. ¿Por qué antes no podía?

—No sé... me han dicho algo de que tiene que ver con tus ojos.

—¿Mis ojos?

—Eso me han dicho.

—¿Quién?

—Una amiga.

Ruth se quedó quieta, sin saber digerir eso.

—¿Alguien... como...? ¿Alguien de tu pandilla?

—Sí... un fantasma.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ruth.

—No digas esas cosas —continuó con un nudo en la garganta.

—Y también tengo que averiguar por qué sigo aquí.

—Vaya... pensaba que eso lo tenías claro —con una angustiada sonrisa.

Por si no me sentía ya lo suficientemente vacío, un atisbo de certeza me dejó aún más hueco.

—¿Crees que estoy pagando por lo que le hice a Ana?

—¿Lo de Lidia? Eso creo. Estoy segura...

En ese momento, debería haber dicho algo... pero no se me ocurría nada.

—Tienes que encontrar a alguien —le dije.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Es alguien que me ayuda... o eso creo al menos...

—¿Un... de mi pandilla?

—Sí. Vivo... Me comunicaba con él a través de Loli.

—¿Loli la Loca?

—Sí... la misma... Hasta que la mataron.

—Sí... me enteré... ¿Y ella te... veía?

—Sí, me veía...

—Uff... está bien... —dijo Ruth -. He quedado con Ana. Llego tarde.

—¿Ana?

—¿Quieres... quieres verla?

—Sí... claro... pero no sé...

—¿Cómo que no sabes? ¿Acaso el recordarte lo de Lidia te avergüenza?

No supe qué contestar.

—Tal vez por eso ahora tú puedes verme. Porque eres la única persona que puede hacer saber a Ana lo mucho que me odié por haberla engañado, y lo mucho que lo lamento.

—Pero no la engañabas... Ana y tú no estabais juntos...

—Ya... pero así es como me siento. Supongo que no necesito más.

—¿Y crees que...?

—Que si ella sabe lo mal que me sentí, y si me perdonara, tal vez yo descansaría.

—Lo sabe, David. Recibió el mensaje.

—¿Lo recibió? No estaba seguro de eso... pensé que... no... ni siquiera recordaba el mensaje...

—Sí... lo peor es que lo contestó.

En ese momento... un frío más frío que el frío que me acompañaba desde mi muerte me inundó por completo.

—¿Lo contestó?

Pero Ruth ya no estaba ahí para contestar qué...

XXXVIII

—Eres un cabronazo... —decía Ruth, saboreando cada una de las amargas palabras que se arrastraban por la zapatería.

Inclinado sobre sus zapatos, David resopló por enésima vez.

—¿Por qué? A ver... ¿por qué soy un cabronazo? ¿Por estar con Lidia cuando Ana lleva meses diciendo que no estamos juntos?

—No. Por liarte con Ana cuando se supone que estás con Lidia. David dejó de pelearse con los negros zapatos.

—Eso tiene más sentido...

—Y por estar con Lidia cuando quieres a Ana.

—Eso... -. David no supo continuar.

—¿"Eso" qué?

—Eso no es así.

—Sí es así.

—Ella me dijo... Odio comprarme zapatos. Odio los zapatos...

—¿Qué te dijo quién?

—Ana —respondió David -. Ana y yo nunca estuvimos juntos.

—Eso no es así... y lo sabes bien.

—Ella no pensaba de esa manera...

—No entiendo que digas eso... ¿no fue acaso, según tú, "la más duradera, sincera, madura, sensata, profunda e intensa relación de tu vida"?

—Sí. Lo fue —respondió David intentando no elevar demasiado el tono de voz -. Lo fue hasta que Ana decidió que se acabó.

—¿Y cuándo lo decidió? ¿Cuándo te dijo que la relación había acabado?

David respiró profundamente mientras se quitaba los zapatos.

—Estos no me gustan nada... y son una tortura... Para Ana lo nuestro nunca fue lo que fue para mí... no me preguntes por qué, pero así lo he venido sintiendo desde que me negó el primer beso.

—Pero ella siempre te ha querido... y lo sabías.

—Sí... siempre me ha querido, pero nunca como yo a ella... Tal vez lo sintió en algún momento... —dijo mientras se levantaba, un pie separado sólo del suelo por el calcetín —, pero para ella se terminó bastante antes de que yo me diera cuenta.

—¿Y lo arreglas engañándola? —preguntó Ruth mientras le seguía a los expositores de zapatos.

David se alegró de la poca concurrencia aquella tarde de jueves. Lo último que necesitaba era testigos de su pelea con su amiga.

—Yo no la engañé. Ella fue la primera que me dio a entender que no quería seguir con lo que hubiera entre nosotros. Yo sólo seguí mi camino. Dejé de lado mis esperanzas. Viví mi vida. Me encontré con Lidia. Decidí intentarlo con ella...

—Y luego a ella le pusiste los cuernos con la mujer que amas...

David dejó de recorrer con sus manos los zapatos expuestos.

Todos tan fríos, duros... pequeñas cámaras de tortura para sus pies.

—Esa es una palabra muy fuerte.

—Lo es. Posiblemente no haya palabra más fuerte. Pero no por eso es menos verdad, ¿no?

David resopló. Cogió un zapato casi al azar y se dirigió de vuelta al asiento.

—Y lo peor —continuó Ruth —, es que aún no le has dicho a Ana nada de Lidia.

—Tenía que haberlo hecho...

—Cierto... Una pena que te dejaras llevar... No debiste haberle dado ese disco *nunca*.

-Ese disco era tan suyo como mío. Y sin ella nunca hubiera existido.

-Y se lo regalaste.

-Así es...

-Y te acostaste con ella...

-No estaba planeado...

-No... pero tenías esperanzas de que sucediera.

David se quitó el zapato antes incluso de ponerse de pie.

-Decidido: no quiero zapatos.

-¿Irás descalzo a la boda de la prima de la chavala con la que pusiste los cuernos a la otra chavala, con la que se supone que estás saliendo?

-Ruth, si no vas a aportar nada...

No supo continuar.

-David... -. Los ojos oscuros, veteados de verde, de Ruth, comenzaron a brillar con más fuerza a causa de las lágrimas que comenzaban a formarse -. Te quiero, y quiero a Ana... no quiero que sufráis. Ella te quiere... es sólo que no sabe demostrarlo. Puede que tenga miedo de algo... de perderte...

-¿De perderme a mí?

-Tu amistad...

-¡Mi amistad! -. La exclamación de David sacó a la dependienta de su incipiente sopor -. ¡Qué ridículo...!

-Tú sigues enamorado de Ana. Por eso no pudiste evitar lo que pasó.

-¿A qué viene eso ahora?

-A que ella también sigue enamorada de ti... aunque no lo supiera.

-¿Hablas con conocimiento, o sólo teorizas?

-Hablo con todo el conocimiento con el que cuento.

-Ella es una de tus mejores amigas. Ese conocimiento debería ser bastante.

-Tanto como el que tiene ella misma. Pero desde el sábado no he hablado con Ana.

Ruth se secó las lágrimas mientras David devolvía el zapato al expositor.

—¿Nada? —preguntó la dependienta.

David se encogió de hombros.

—Nada...

Ruth se levantó, saliendo de la zapatería seguida de su amigo.

El sol se precipitó contra el rostro de la muchacha, que cubrió sus ojos con la sombra de su mano.

—Perdona, guapa... ¿tienes fuego? —la alertó una voz.

Ruth se giró y vio a Loli la Loca, que se había colocado entre David y ella.

La chica sonrió, respondiendo al gesto de la Loca.

—No, lo siento, no fumamos...

—Entonces, tabaco menos, ¿verdad?

Ruth sonrió aún más.

—No, no...

La mirada de Loli se iluminó con más intensidad.

—¡Qué guapa eres!

Ruth rió.

—¿Verdad que sí? —intervino David.

Loli se volvió y le miró.

—Tu novio también es muy guapo.

—No es mi novio —intervino Ruth.

—Es verdad. Tu novio es un chico alto y fuerte. Y tu novia una niña morena y muy guapa.

—¡Vaya, Loli! —exclamó Ruth -. Me impresionas.

Loli volvió a sonreír a Ruth.

—Eres guapísima.

—Gracias, Loli, que me voy a poner roja.

—Tienes unos ojos preciosos...

En sus ojos, David, en sus ojos está la respuesta que buscas.

—Gracias, Loli... tú también tienes unos preciosos ojos... ¿Verdad, David? Míralos...

XXXIX

Ana esperaba sentada en un banco del parque cuando, a lo lejos, vio acercarse a Ruth.

Ambas se saludaron en la distancia al mismo tiempo con un gesto de la mano.

—Hola, Ana... Perdona que llegue...

—Hola... ¿Traes el libro?

—Sí... me lo terminé del tirón... ¿Por qué tenías tanto interés en él?

Ana se detuvo en el gesto de recoger el libro de manos de Ruth.

—Pues... vas a pensar que es por lo de David... porque el libro me ha predisposto... vas a pensar muchas cosas... pero ayer noté una presencia en casa.

Ruth se quedó helada por una fracción de segundo, y, justo cuando iba a responder...

—Pero no es sólo que la sintiera - prosiguió sentándose -. Algo había... entró en casa... puso la tele y cambió los canales...

“¿David haría eso?”

—¿Te asustaste?

—Al principio no, porque creía que... ¿sabes de qué te estoy hablando? -. Ana se ponía nerviosa -. ¿Tienes idea de por lo que pasé?

—¿Un “poltergeist”?

—Eso creo... ¿Pero por qué?

Ambas permanecieron en silencio. Ruth sólo oía su propia voz preguntando en el interior de su cabeza.

“¿Ha preguntado *por qué?*”

—¿Crees... que David se está vengando?

—¡No!

A Ana, la seguridad de Ruth, le sorprendió y reconfortó a partes iguales.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Yo le hice daño... a veces creo que murió por mi culpa...

—No... David no...

—¿Cómo lo sabes? -. Las primeras lágrimas se asomaban a sus ojos.

—Lo sé —respondió Ruth rodeando los hombros de Ana con su brazo.

La atrajo hacia sí, abrazándola. Ana devolvió el gesto, y poco después se separaron.

Ana giró la vista, curiosa por saber a qué punto tras ella miraba su amiga.

—Él no haría eso... Él te quiere. Quería...

—¿De verdad?

—Claro... Y estoy segura de que, esté donde esté, velará por ti.

—¿Lo crees? -. Su respiración se hacía entrecortada.

—Claro... siempre lo ha hecho -. Ruth volvía a mirar al infinito -. Él siempre cuidará de ti. Estará a tu lado y te protegerá de todo... o no... ¡o sí!

—¿De qué hablas, Ruth? -. Ana casi reía.

—Oye... no sé qué es eso que me cuentas... pero lo averiguaremos, ¿vale?

—¿Crees que podremos? ¿Las dos solas?

Ruth sonrió.

—Seguro que tendremos toda la ayuda que necesitemos.

Ana sonrió y se apoyó en el respaldo.

- Hay... hay algo que querría decirte... —dijo Ruth.
- Dime...
- Es sobre... David...
- ¿Qué? —preguntó Ana con un temblor en la voz.
- Él... sabes que te quería, ¿verdad?
- Ana emitió algo parecido a una risa.
- No sé... supongo... Pero curiosa manera de demostrarlo.
- Según él, entre vosotros no había ninguna relación.
- ¡La había! ¡Y era sagrada! ¡Y él la mancilló!
- Ruth tardó en responder.
- Según él...
- ¡Ruth! ¡No quiero hablar de eso ahora!
- Sí... lo entiendo...
- ¡Me duele, Ruth...! ¡Es lo que más me duele en el mundo! —añadió empezando a llorar.
- Lo sé... a mí también...
- Yo le quería... aún le quiero. Ojalá siguiera vivo... me da igual que siguiera con esa zorra... pero no quería perderle. Y le he perdido...
- Ana sacó un pañuelo de su bolso. Ruth reconoció ese pañuelo, y reconoció a su dueño original.
- Y le he perdido... Para siempre... Pude haber sido tan feliz... o no, no sé. Pero ojalá hubiera tenido el valor para probar... para lanzarme... Ahora nunca lo sabré... Se ha ido, y se ha llevado tanto de mí... Me siento tan culpable... Culpable de haber arrojado a David a la muerte mientras arrojaba mi felicidad detrás de él...
- Ruth rodeó a Ana de nuevo con sus brazos.
- Él también se sentiría culpable...
- No, no... él no... no tiene culpa de nada...
- Entonces... ¿le perdonarías?
- ¿Perdonarle qué? No hay nada que perdonar... Era él quien tendría que perdonarme a mí.
- Entonces... ¿no le odias por lo que te hizo?

—¿Odiarle? —preguntó Ana, secándose las lágrimas -. Nunca le he querido tanto... No tengo nada que perdonarle. Me ha dado lo mejor que tendré... -. Ana sonrió -. Lo mejor que me ha pasado... Me hizo feliz, y feliz seguiré siendo por lo que pasamos juntos, y por lo que dio...

Ruth sonrió.

Pero volvió a mirar más allá de Ana, con la duda en su mirada.

XL

...y sin embargo... aquí sigues...

—Creo que llegas justo a tiempo —escuché decir a Raquel cuando aún no veía a dónde estaba llegando...

Ante mí se formaba un despacho, poco luminoso, a cuya mesa se sentaba un hombrecillo calvo, de hombros anchos. Su escaso pelo, largo, recogido en una coleta, grandes gafas de lentes redondas. Su camisa blanca y pantalones negros le daban el aspecto de un fúnebre burócrata en aquel escenario. Ante él, fotos, papeles que yo no podía leer, una pipa humeante y una taza de té.

Raquel permanecía a la expectativa, mirando fijamente el juego del hombre con la cuchara en el interior de la taza.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Y dónde estamos?

Raquel levantó el dedo, pidiendo silencio.

—Espera... vas a saber algunas cosas que te interesan.

En ese mismo momento, unos golpes en la puerta, que no esperaron respuesta, anticiparon la entrada de dos personas a las que ya conociera no hace demasiado.

Eran Josan y Laura, pero no sabía si me alegraba verles.

—¡Hola! —saludó Laura con su cándida sonrisa.

—Buenos días a los dos... -. Bostezó -. Ha sido una noche larga... pero creo que tengo toda la información que me pedisteis.

—¿Toda ella? —preguntó Josan -. Es mucha información... y no dudo de tu capacidad, Alberto... pero no creo que fuera fácil.

El tal Alberto soltó una risita.

—Con mis contactos, créeme, no hay nada lo suficientemente difícil de averiguar.

—Está bien —dijo Laura, sentándose sin esperar invitación—. Cuéntanos.

—Bueno, para empezar —dijo Alberto—, está vuestro fantasma. Le he investigado. David Rojo Cano. Fallecido a los 19 el pasado 14 de mayo. Sin antecedentes de enfermedad mental. Muy sano. Al hacerle la autopsia sólo se reveló una pequeña cantidad de alcohol. Aparte de eso, estaba sano como una lechuga. He comparado su foto del expediente del instituto con las fotos de su fantasma, y no me cabe duda que se trata del mismo. Su familia parece normal también... nada de antecedentes de enfermedad mental o mediumnismo ni nada parecido.

—Todo parece en orden... —intervino Josan.

—Así es... queda confirmado pues que vuestro fantasma es real.

—Y tan real... —le dije a Raquel.

—Luego está Raquel —dijo Alberto. Entonces recordé haberle hablado a Josan y Laura de ella cuando Loli seguía viva—. Raquel Laguna García. 17 años. La causa de la muerte —en ese momento, sentí la única mano amiga en mi mundo apretar la mía—, suicidio.

Un cataclismo de escalofríos recorrió mi esencia.

—Se le diagnosticó esquizofrenia a los 7 años... curiosamente, tras la muerte de su abuelo, al cual se le diagnosticó el mismo mal. Curioso, ¿eh? Aparte, diversos trastornos la llevaron el pasado 21 de mayo a arrojarse escaleras abajo en su bloque de apartamentos. Varios testigos, entre ellos su madre, afirmaron haberlo presenciado... una pena... una chica tan guapa, y tan joven...

—¡Raquel!

—Te lo puedo explicar... pero no ahora.

—No creo que fuera suicidio —intervino Josan.

—Cierto —añadió Laura—. No está pagando el precio. Pero puede que fuera algo que pareciera un suicidio. Algo que hiciera que los testigos lo creyeran así.

—Bueno —intervino Alberto —, eso es trabajo vuestro. En fin... luego está la médium.

—Loli —dijo Laura.

—La misma... la vieja y pobre Loli.

—¿Qué nos puedes decir de ella? —preguntó Josan, apoyando los codos en la mesa.

—¿De ella o de su progenie? —sonrió malicioso el hombrecillo de anchos hombros.

Josan respondió con otra sonrisa maliciosa.

—Dime que sabes algo de eso...

Alberto respondió a la sonrisa con otra aún más maliciosa...

—En esa parte, la investigación fue un poco a la inversa. Pregunté en el orfanato y en las iglesias a ver si alguien sabía algo. La hermana María, una ancianita, muy ancianita, que vive en el orfanato me dijo que una mujer, pobre, dejó una niña en la Iglesia. Por supuesto...

—Alberto...

—No, espera, espera... La buena monjita dio de comer a la pobre mujer, y le ofreció pasar la noche bajo techo, pues la veía muy débil.

—Porque acababa de dar a luz.

—Sí, sí... Al irse, dejó a la niña al cuidado de las monjas. Una niña sana, al parecer, pero no llegó a ser adoptada.

—¡Salió al cumplir la mayoría de edad! —exclamé, aunque sólo Raquel me oyó.

—Se casó con un compañero del orfanato y formó una familia.

—¿Tiene hijos la niña? —dijo Josan -. Bueno... la mujer...

—Una hija.

—¡Ruth! —grité.

—¿Lo ves ahora? —me dijo Raquel.

—La niña se llama Ruth. Vive en Alcidia.

—¡Ruth es la nieta de Loli! —grité.

—Entonces, tenemos que encontrarla —dijo Josan—. Puede que haya heredado la visión de su abuela...

Raquel sonrió tristemente.

—Igual que yo la heredé.

XLI

—Podrías haber elegido otros zapatos, ¿no crees? —preguntó Ana.

David sonrió.

—Podría...

El banquete de bodas de la prima de Ana estaba teniendo lugar tal y como ambos esperaban. Aburrido e incómodo. Ana no tenía una relación demasiado buena con la mayoría de su familia, y el ambiente ostentoso y ridículo que traían la mayoría de este tipo de eventos, en la que resaltaba la pareja vestida de negro, no hacían que la cosa fuera mejor.

Así que optaron por retirarse a la sombra del patio, donde sólo los niños, acompañados de algún adulto, correteaban jugando con sus primos, hermanos, o nuevos amiguitos.

—Al menos espero que sean cómodos —dijo Ana sonriendo.

—Más que los tuyos, fijo... -. Guiñando un ojo.

Ana, riendo, le dio un suave cachete a David, acariciando su mejilla, y bajando al cuello de la camisa. Recorrió con sus dedos la negra corbata, hasta llegar al cinturón, y, tirando, acercando sus labios a los propios.

—Qué guapo estás con traje... —susurró Ana.

En ese momento, por impulso, David se llevó la mano al bolsillo del pantalón, sacando su teléfono móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana, mientras David veía el nombre de Lidia en la pantalla del teléfono.

—Nada... es Manolo, para recordarme que esta noche hemos quedado.

—Ah, es verdad... —dijo Ana, fingiendo entristecerse -. Que me abandonas por tus amigos...

—Perdona, Ana, pero habíamos quedado hacía tiempo...

—Vosotros solos, claro...

—Es por el aniversario...

—Ya, lo sé... pero no entiendo que salgáis vosotros, sin Ruth, sin mí...

—Pensé que preferirías quedarte con tu familia.

Ana resopló antes de reír amargamente.

—Vamos, David... parece que no sabes que querría estar en cualquier sitio antes que aquí.

Ana clavó sus oscuros ojos en los azules de David.

—Y que sólo aguanto porque tú estás conmigo...

—¡Hola! —interrumpió una anciana voz.

Sobresaltados, Ana y David se giraron hacia el lugar del que provenía la voz, y su dueño, un anciano vestido de gris, saludaba a la pareja.

—Hola, tito —saludó Ana -. Quería presentarte a mi tío abuelo Ramón.

—Tú tienes que ser Diego, ¿no? —preguntó el anciano.

—No, tito...

—¡Daniell! —se corrigió el hombre.

—¡David, tito!

—Sí, David... perdona, hijo... uno se hace viejo.

—No importa —respondió David con una sonrisa.

—Bueno... os dejo, creo que estabais hablando y os he molestado...

—No te preocupes, tito...

El anciano sonrió acariciando la mejilla de Ana.

—David, muchacho, no sé por qué, pero me da la impresión de que pronto nos volveremos a ver.

David sonrió.

—A ver si es verdad...

—Cuidate, muchacho...

—Claro, claro... —decía David mientras veía al tío abuelo Ramón alejarse.

—Es de los pocos pasables en la familia —anunció Ana.

—Sí... me he dado cuenta... ¿Quién es Diego? —bromeó.

—¿Por qué no puedo ir con vosotros? No me dejes aquí con mis padres... —protestó Ana haciendo morritos y rodeando la cintura de David bajo la chaqueta, apoyando su cara contra el cuello de él.

Pero David no respondía, a pesar de que su corazón golpeaba y golpeaba fuertemente el pecho de Ana, y su fuerte y acelerada respiración acariciaba furiosa sus sienes.

—¿Por qué? ¿Qué más os da?

—Ana...

—Vale, vale...

—Vosotras habéis salido muchas veces solas y no he dicho nada...

—Sí has dicho.

—¿Y qué has contestado?

Ana frunció el ceño, separándose de David.

—Hoy hace un año que disteis vuestro primer concierto, vale. Pero eso no fue sólo eso... también fue un día especial para nosotras. Para mí. Y lo sabes... Me parece perfecto que salgáis vosotros cinco... pero no que penséis que esto es sólo una fiesta para vosotros. Podríais pensar un poco en vuestras novias...

—Sólo Ruth es novia aquí.

Ana suspiró, tomando asiento en un banco que se encontraba a un metro de donde estaban.

—Lo sé. Pero ya sabes a qué me refiero.

—¿A qué? —preguntó David, acercándose al banco.

Ana le miraba de reojo, preguntándose por qué no se sentaba a su lado.

—A ti y a mí, idiota... - contestó sin reproche en su voz.

—Ahora sí que no te entiendo... —replicó David sentándose finalmente al lado de Ana.

—David... a lo que hay entre nosotros —respondió Ana, cerrando los ojos en una sonrisa.

En ese momento, el sol, que comenzaba a perderse entre el horizonte, lanzó un rayo entre las hojas de las parras para ir a golpear contra la lágrima que se formaba en el rabillo del ojo izquierdo de Ana, justo delante de David, rompiéndose en un destello que supo herir el alma del muchacho.

—¿Cómo que lo que hay entre nosotros? No te entiendo.

—David, de verdad, no sé si es que te haces el tonto o es que de verdad no sabes nada...

—Pues creo estar bastante seguro de que no te comprendo...

—¡David!

—¿Qué?

—¿No te has dado cuenta en más de un año?

—¿De qué? ¡Dime! ¿De qué?

Ana se asustó durante un instante de la reacción de David.

—David...

—Perdona... Estoy algo alterado.

—Sí -. A Ana se le escapó una risa nerviosa -. Yo también lo estoy...

—Cuando hablas de lo que hay entre nosotros... —comenzó David.

—¿Sí?

—¿A qué te refieres realmente?

Ana bajó la mirada, sonriendo.

Su rostro cuando sonreía...

Lo recuerdo ahora que ya no volverá a sonreír por mí... y me mata en muerte. Sus ojos se transformaban en dos gotas de sol, dos rendijas a través de las cuales se adivina el paraíso, sus carnosos labios se estiran para iluminar mi corazón, mientras la piel de su cara... esa tierna, dulce y suave

piel de su carita de niña, se estiraba, brillaba, irradiaba felicidad. Pero Ana no sonreía sólo con la cara... sonreía con todo su cuerpo... Era algo que no se puede explicar a alguien que no lo ha experimentado.

Su sonrisa era puro amor...

—David... yo... Yo nunca... bueno... Tú sabes que siempre te he... bueno... eso...

—¿Querido?

—Amado...

Esa última palabra, más que ser pronunciada, se escapó de los labios de la chica procedente de algún lugar al fondo de su alma, viendo al fin la tan ansiada oportunidad de darse a conocer.

Palabras... ¿Pero qué son palabras? Las palabras hablan, y, si hablan, mienten. Sus palabras, me di cuenta entonces, me mentían, pero sus acciones me confundían. Tal vez siempre me mintió... O no, no... No sé... Tal vez ella misma se mentía. ¿Cuántas veces me dijo con palabras que me apartara? ¿Y cuántas veces sus brazos me retenían?

—Ana... No sé...

—Vaya... tampoco pensaba que te pondrías a bailar de la alegría... pero, ¿qué menos que una sonrisa?

—¿Por qué ahora, Ana?

—¿Cómo que por qué...? -. Ana comprimó su cara en una máscara de confusión -. ¿Qué te pasa?

—Ana... hoy, hace rato que recordé, no sólo hace un año que debutamos. También hace un año... bueno, mañana, de la mañana en la que te fuiste, dejándome tirado como una colilla, dejando de quererme...

—Sabes que nunca dejé de quererte —respondió ella con un rastro de ira.

—Sí, vale, perdona —respondió sarcástico David -, dejaste no de quererme, dejaste de sentir lo que fuera que sentías hasta entonces... y hasta precisamente esta tarde.

—No... no es así... -. Las lágrimas volvían a los ojos de Ana, poco a poco, curiosas por saber qué estaba pasando.

—¿Cómo es, entonces?

—¡David! Yo sabía que lo nuestro no iba a acabar bien...

—¿Acaso lo hizo?

—No, no... nunca acabó.

La voz de Ana empezaba a temblar, perdiendo seguridad.

—¿Y qué pasó entonces?

—No lo sé... —gemía.

—Ana... no me hagas esto...

—¿Y qué te pasa a ti?

—Ana... -. David se levantó y volvió a sentarse, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué te pasa...?

—¿Por qué ahora, Ana? Llevas un año echándome de tu lado poco a poco... y ahora... ¡Dios...! No me lo puedo creer.

—Da... David...

David salió del refugio de la sombra, mirando al cielo, a los ojos de un observador que parecía disfrutar con la ironía a la que Su mano había conducido al pobre desgraciado.

—Hay tantas cosas que querría decirte... pero ni ahora sabría hacer...

—¿Qué dices...?

—Ana... tú y yo nunca tuvimos una relación... bueno, sí... Era mágico, muy especial, un paraíso en la Tierra... pero se acabó... y se acabó porque tú quisiste...

—Eso no es verdad...

—¿Por qué entonces?

—¡Porque tenía miedo!

David se volvió para mirar a Ana a sus llorosos ojos.

El cielo de la tarde se oscurecía rápidamente, mientras una sombra se proyectaba sobre el corazón de la chica de negro.

Ya no había niños jugando bajo el sol, y sólo un tío del novio, borracho como una cuba, hacía bulto por ahí, demasiado ebrio como para si quiera ser molestado por Ana y David.

—Desde que te conocí —comenzó a decir ella —supe, de alguna manera que tú y yo seríamos parte de algo muy grande...

—También yo...

—Pero me asustaba que por que entre nosotros pasara algo más que una amistad, porque nos liáramos, aquello que nos esperaba estuviera en peligro.

—¡Pero lo hicimos! ¿No se te ocurrió pensar que eso era aquello tan grande?!

David dio la espalda a Ana, apoyando el hombro contra una columna.

—Eres una cobarde —dijo finalmente.

—¿Una cobarde?!

—Eso he dicho...

—¿Por qué?

—Porque tenías miedo a ser feliz... Tenías miedo de mí... Eres lo peor...

—¡David, no estás siendo justo!

—¿Quieres que hablemos de justicia?

Ana se levantó y se dirigió a David, obligándole a mirarla a los ojos.

—Hablemos de justicia... —dijo ella -. ¿Me amas?

—¿Eso es para ti justicia?

—No, no lo es... no es justicia que llevemos tanto tiempo haciendo el tonto, y que, justo cuando consigo reunir todo el valor para volver contigo...

—¡Volver! —interrumpió David -. Luego admites que estuvimos, y que me dejaste...

—¿Cómo que admito?

—¡Gracias al cielo! —exclamó David cargado de sarcasmo -. Por fin admites que me dejaste...

—Yo no he admitido nada... Me estás liando.

—Sí... claro...

—David, a ver... vamos a calmarnos...

Ana respiró profunda y temblorosamente, mirando a David como si no conociera a quien tenía frente a sí.

—¿Qué nos pasa, David?

—No, no... ¿qué te pasa a ti?

—¿Acaso es que ya... que ya no me quieres?

¿Por qué, Ana? ¿Por qué demonios tuviste que preguntar eso, y precisamente entonces? Y más aún, conociendo que la respuesta no podría ser otra.

—Te quiero tanto que me duele... Odio quererte tanto...

—¿Y entonces? ¿Qué nos impide dejar al fin de hacer el tonto y aprovechar lo que nos queda? ¿Lo que sentimos? ¿Antes de que sea demasiado tarde?

—Ya es demasiado tarde...

Un golpe de oscuridad atravesó el corazón de Ana, deteniéndolo durante una fracción de segundo, para luego acelerarlo, aterrado.

—Ana, estoy saliendo con Lidia.

Las palabras salieron de sopetón, y golpearon a Ana con la fuerza de setenta martillos sobre su espíritu.

—¿Quién... quién es Lidia?

—Lidia... la chiquilla que conocimos cuando... vaya... hoy hace un año... la misma noche del concierto...

—¿La pavitonta esa?

—Emm... sí...

—¿Estás saliendo con esa?

—Eso... he dicho...

—¿Pero cómo?

—Pues la semana pasada... no, la anterior... fui a la Tipo y me la encontré, me invitó a tomar algo y... bueno... empezamos a quedar.

—¡Pero la semana pasada tú...! ¡Eres un cerdo!

David miró a Ana con los ojos más tristes que ella viera en su vida.

—La semana pasada te seguía queriendo... igual que antes, y que ahora.

—¿Y entonces por qué...?

Ana no terminó.

—¿No fuiste tú quién me empujó a ello? ¿A seguir mi vida sin ti? ¿A pesar de tanto que he hecho por ti? ¿Tanto que nunca apreciaste?

—Si te refieres a ese disco, creo que te lo agradecí demasiado...

—No, Ana... no me lo agradeciste... Nos acostamos porque los dos lo queríamos. ¿Pero tú no podías haberlo pensado antes?

—¿Me hablas de pensar antes? Le has puesto los cuernos a esa pavitonta conmigo.

—Si quieres mirarlo así...

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... yo a veces lo veía más bien como al contrario... Yo estaba con Lidia... pero en verdad seguía enamorado de ti. Me estaba engañando. Y me sentía que te engañaba a ti con ella.

—Tú estás mal, David...

—¡Sí, lo sé! ¡Estoy mal! ¡Estoy fatal! Y, cuando por fin hallo una salida a todo esto, va, y resulta que no, que no tendría que haber salido, porque tú estás enamorada de mí...

Ana y David se miraban a los ojos, buscando una salida a todo eso, esperando despertar en cualquier momento de esa pesadilla.

—David... si eso es verdad... Si eso es verdad, déjala y vuelve conmigo...

¡Escúpele!

¡Métele una hostia!

¡Dale una patada en el estómago!

A pesar de estar furioso con Ana, David se contuvo y no escuchó esa voz que nacía en algún lugar en el fondo de su cabeza.

—¿Hasta que vuelvas a cansarte de mí? ¿Hasta que vuelvas a tus miedos y a tus paranoias? Lo haría, Ana... Si estuviera seguro de lo que sientes.

—¿Cómo puedes no estarlo?

David miró despectivamente a Ana.

—¿Me lo preguntas en serio? Primero aclárate tú y luego me cuentas... Y mejor me voy ya...

—¿Pero no venía a recogerte Ricardo?

—Sí, venía... pero mejor será que me vaya ahora... ¡Anda —agregó furioso —, mira qué manera de perdernos...!

—¡Espera! —detuvo Ana a David cuando este ya se iba.

El joven se volvió y la miró a los ojos. Sus labios temblaban mientras una lágrima asomaba poco a poco.

David tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acercarse y darle el último beso en sus labios.

Siempre me odiaré por esa debilidad...

Cuando Ricardo, toalla a la cintura, y otra sobre la rubia melena, abrió la puerta de su casa para ver a un abatido y deschaquetado David bajo su porche, sólo una pregunta tuvo lugar para ser formulada.

—¿Qué hora es?

—Es temprano —respondió David, entrando en la casa.

—¿Qué ha pasado?

—He hablado con Ana.

—Normal... llevas todo el día con ella...

David miró a Ricardo como diciendo "Vamos, tío..."

—Ah... —comprendió el batería -. Ya... Bueno... Pero bien, ¿no?

—No, Rico, no...

—Ah... Vale... ¿Le has dicho lo de Lidia?

—Sí, claro que se lo he dicho...

—Vaya... vale, vale... Bueno, esta noche vamos a Cádiz y te quitas las penas —iba diciendo mientras subía las escaleras —... ¡Que ya tenemos cocheee...!

Contagiado con un poco de entusiasmo, David pasó al salón, se sentó en el sofá, y cerró los ojos, respirando profundamente, pensando en lo que pasara con Ana un rato atrás.

—¡Os odio! —bromeaba Mata encendiendo un cigarro.

—Eso te va a matar... —respondió David.

—Yo te mataré antes, a ti y a Ricardo... ¡Dijisteis que nada de novias! Y me ha costado mucho convencer a Ruth de que no viniera para que ahora Jana y la chiquilla esta vengan con nosotros.

—Pero es que ni Jana ni Lidia son novias —replicó Ricardo.

—Nah... —desechó despectivo Mata -. Etiquetas... Lo único que sé es que Manolo, Paco y yo vamos a estar solitos mientras vosotros... ¡Y tú! —gritó a David cuando se inclinaba sobre la mesa de billar -. ¿Cómo es que no me habías contado nada?

—Porque eres un bocazas —respondió David, deteniéndose en su camino a golpear la bola blanca con el taco de billar.

—¿Perdona?

—Sí, que enseguida se lo contarías a Ruth, y ella se lo contaría a Ana antes de que yo se lo pudiera decir.

—Pues muchos problemas te habrías ahorrado de habérselo contado al Mata... —replicó Manolo -. Y, total, ¿no lo sabía ya Ruth?

En ese mismo momento, David recibió una colleja de manos de Mata.

David pensó en responder, pero la imponente física de Mata, sumada a su mirada llena de furia, le hicieron desistir.

—Mira... no tengo más ganas de jugar —dijo abandonando el taco y dirigiéndose a la barra mientras la música de King Diamond salía de los altavoces del bar.

David tomó asiento en uno de los taburetes mientras miraba las entradas de conciertos colocadas bajo el cristal de la barra.

—¿Y Ana? —llegó una voz desde el otro lado de la barra.

David levantó la mirada hacia el barman, un joven de larga melena castaña y barba.

—Ana no está. Ponme una caña, anda...

—¿Os habéis peleado? —preguntó el barman mientras llenaba un tubo.

—Sí... algo así.

—Yo no quiero ser cotilla, *picha*, pero te veo muy mal...

- Sí... lo estoy...
- Bueno, anima esa cara —dijo a modo de despedida, junto con un guiño y una sonrisa, mientras seguía ateniendo a los parroquianos.
- A diferencia de Carlos, yo sí quiero ser cotilla —escuchó a Manolo a su lado.
- Tú mismo...
- Venga... cuéntame tus cuitas.
- Sigo enamorado de ella.
- Ya lo sé... —respondió Manolo -. Bueno, todos lo saben. Tú tampoco hiciste gran cosa por disimularlo.
- Por eso todos insistíais en que la olvidara.
- Hasta Ruth.
- Curioso...
- Ruth no sabía que ella también lo estuviera.
- No creo que Ana misma lo supiera.
- Seguro que no...
- Al final la he perdido.
- No, David... ella te ha perdido a ti.
- Al final es lo mismo...
- Bueno... tú has seguido tu vida.
- No quiero seguir esa vida sin ella...
- Se te pasará.
- No sé... puede... Pero no será lo mismo.
- ¿Por qué dices eso? —interrogó Manolo.
- Ya la he perdido... a Ana... Ya nada será igual entre nosotros... Los dos lo sabíamos... o acabábamos juntos, o no volveríamos a ser nada.
- ¿Crees que ella pensaba lo mismo?
- No lo sé... ¿Pero qué más da ya eso?
- Pues anima esa cara, que Lidia está entrando en la puerta.
- David saludó sin alegría a la chica en la puerta, para luego girarse, encogerse de hombros ante Manolo y susurrar:
- Dame tu fuerza, Pegaso...*

—¡Hola! —saludó efusiva Lidia, abrazando a David, y saludando con la mirada a un pasota Manolo.

—Quería hablar contigo —dijo David.

—Vale —respondió Lidia.

—¿Vamos fuera?

—¿Qué pasa?

La noche era cálida, y se estaba mejor fuera que dentro. O, al menos, eso le pareció a David.

—Qué guapo vas... —dijo Lidia tirando suavemente de la corbata.

—Sí, eso dicen... —respondió David sin entusiasmo alguno.

—¿Para qué me has traído aquí fuera?

—Para hablar contigo.

—Lo sé... ¿De qué?

—Verás...

—"Verás..." —repitió Lidia. —Me estás dejando.

David se mostró perplejo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Me vas a dejar?

—No...

—¿De verdad que no...?

—Bueno... creo que sí...

—¿Lo ves?! Lo sabía...

—Si te digo la verdad, no era esa mi intención... pero sí... creo que lo mejor será...

—¿Lo mejor? —interrumpió Lidia -. ¿Lo mejor para quién?

—Para los dos...

—¿Pero por qué? David, David —dijo Lidia suplicante acercándose a él -. No te precipites... mira que acabamos de empezar...

—Sí... lo sé... pero esto no va a funcionar.

—Lo sabía —agregó desolada Lidia -. Sabía que, en cuanto pasaras el día de hoy con Ana, lo nuestro se acabaría...

—Lidia... lo siento...

—¡No! ¡No es verdad! ¡No lo sientes! ¡Está bien, dejemos esto para que puedas irte de vuelta con Ana!

David dejó caer los brazos, mirando a los cantos de la calzada.

—No voy a volver con ella.

—¿Y para qué me dejas? ¿Para estar solo?

—Para no hacerte más daño del que puedo llegar a hacerte.

—Curiosa manera de dejarme... seguro que Ana te dijo lo mismo...

—Puede... pero yo con ella viví experiencias que no puedo darte.

—¿Y por qué no? -. Lidia empezaba a estar verdaderamente furiosa.

—Porque no sentimos lo que sentíamos ella y yo.

—Pero... David... danos tiempo...

—No, Lidia... Lo siento. Ahora no puedo... La cosa no funciona así.

—¿Y cómo coño funciona la cosa?

Durante un minuto, ambos permanecieron en silencio, mirándose de reojo.

—David... Dime, sinceramente...

Lidia avanzó hacia David, tomando sus manos, haciéndole mirar a sus ojos.

—¿Alguna vez has creído sentir algo por mí? ¿Algo especial?

David miró a los ojos de Lidia, quien sentía ahogarse en la confusión de los zafiros.

—No... Lo siento...

Lidia soltó las manos de David con un manotazo.

—¡Ojalá te mueras!

Y se alejó.

—Mierda... —dijo David al mundo mientras entraba de nuevo al bar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Manolo una vez David entró.

—Creo que he batido un récord... ¿Alguien más ha terminado con dos relaciones el mismo día?

—Supongo —respondió Manolo—. ¿Cómo ha sido?

—Asquerosamente fácil. Lidia me odia. Quiere que me muera.

—Normal. Te invito a algo.

—Tengo una caña a medias... ¿Dónde la he metido?

—Me la bebí —respondió Manolo.

—Eres un cerdo.

—Tú más... te veo sospechosamente feliz...

—Sí, ¿verdad? Es raro... no sé... supongo que estoy relajado.

—¡David! —se escuchó a la voz de Jana, que en ese momento entraba por la puerta.

—Hola, Janita.

—¿Qué ha pasado? Me he cruzado con Lidia. Estaba llorando. Me ha dicho que lo habéis dejado, pero no ha querido decirme más.

—Sí, así es...

—¿Por qué?

—Porque... porque no podía ser.

—¿Es por Ana?

—Sí.

—¿Vas a volver con ella?

—No.

Se hizo el silencio entre los dos amigos.

—¿Por qué no?

David meditó la respuesta.

—Porque no... la cosa no funciona así.

—David —metió baza Manolo—. Si hubiera una sola persona en el mundo que *no* supiera cómo funciona *la cosa*, esa persona serías tú.

—¿Qué insinúas? —preguntó David.

—Que o eres idiota o eres algo peor...

—¿Qué quieres...?

-¡David! —exclamó Jana -. Llama a Ana.
 -No quiero...
 -¡Lámala!
 -¡Vale! Un momento... ¿A qué este repentino cambio? Tú eras la que no quería que...
 -Pero mis motivos no te tendrían que importar.
 -La verdad es que nunca...
 -El caso es que tú la quieres. Lámala. Dile lo que has hecho, y no olvides decirle que lo has hecho por ella.
 -Eso —añadió Manolo.
 -Pero no lo he hecho por ella.
 -¿Y por qué entonces?
 -Por Lidia... en serio —añadió al ver la cara de incredulidad de su amiga -. No la quiero... no al menos de la manera que debería.
 -No de la manera en que quieres a Ana.
 -Sí... ¡digo no! ¡Ya me estás liando...!
 -¡David, qué cuajo tienes!
 David tamborileó los dedos nerviosos sobre la barra.
 -¿Y esa birra?
 -¿Tienes que pensarlo tanto? —preguntó Manolo.
 Una hora después, volvió a hacerle la misma pregunta.
 Y sí, lo pensó mucho...
 Hasta que llegó el momento en que decidió que había pensado demasiado.
 -¡Ricardo! —gritó David a su amigo mientras echaba una partida a la máquina de la moto.
 -¿Qué quieres? Por tu culpa me la he pegado...
 -Tenemos que volver a Alcidia.
 -¿Por qué?
 -¡Hombre, ya era hora! —exclamó Manolo.
 -Tengo que hablar con Ana. Antes de que sea demasiado tarde.
 -Uff... está bien... ¿Tú vienes, Jana?

—No, me quedo en casa de mis tíos... pero, si me acercas...

—Claro... —dijo Ricardo -. Manolo, pregunta a estos dos si se vienen o qué.

—*Quillo*, muchas gracias —dijo David abrazando fuertemente a su amigo.

—De nada, de nada... No lo menciones.

En ese momento, llegó Manolo.

—Que dicen estos dos que “qué”... que no vienen, vaya...

—Vale, vale... pues vámonos.

—¿De verdad que no quieres venir? —preguntó de nuevo Ricardo a Jana mientras esta salía y Manolo se disponía a ocupar el asiento delantero.

—Sí, no te preocupes —respondió la chica justo antes de besar los labios de Ricardo -. Ya me contáis mañana.

Al volverse, Jana se sorprendió al ver a Manolo, quien la abrazó besándole las mejillas. Tras lo cual, la niña abrió la puerta de atrás para darle dos besos a David.

Tal vez la puerta no hubiera cerrado bien...

—¿No puedes correr más? —preguntó Manolo.

—A ochenta como máximo —respondió Ricardo.

—¿Y a cuánto vas?

—A 92...

Mientras, en el asiento de atrás, David repasaba el mensaje que había escrito para Ana antes de mandarlo.

“Acabo de dejar a Lidia. Si no puedo estar contigo, no quiero estar con ella. Quiero verte. Responde si quieres que quedemos.”

Tras mucho debatirlo, añadió dos últimas palabras.

“Te quiero”.

—Afú... —resopló Ricardo -. Atrás tenemos a un patoso... Encima quiere adelantar.

David, que iba tumbado en el asiento trasero, se incorporó para ver a través de la luneta.

—Déjalo pasar... —le dijo a Ricardo.

—Sí... será lo mejor... Venga, *picha*, pasa... Veeenga... aceleera... Ahooora... ¡hijo de puta! ¿¡Qué hace!?

XLII

¿De qué te sirve recordar?

¡Qué forma de desperdiciar mi vida! ¿No lo crees?

Así fueron las últimas horas de mi vida. Hasta hace poco no tuve claro si envié el mensaje o no, pero creía que no, estaba seguro. Pero bueno... no sé qué habría cambiado eso... salvo joderle más la vida a Ana...

Ahora sé que lo envié, y que no trajo nada bueno...

—En fin —dijo David —, y esa fue mi vida. ¿Me vas a explicar ahora por qué creen que te suicidaste?

—Claro —respondió Raquel —. Pero antes, quiero que creas en mí cuando te digo que no me suicidé.

—Sí, lo sé... —respondió David —. He visto a un suicida, y créeme... lo tuyo no tiene nada que ver...

Raquel sonrió.

—Recuerdas que te hablé de las cosas aquellas que me hablaban, ¿no?

—Sí... esas voces que a veces escucho pero que tú ves. Las pelotas amarillas, ¿no?

—Bueno... pues yo las he visto siempre... desde que murió mi abuelo.

—Porque eres médium.

—Así es... Mi abuelo lo era... y, al morir, yo heredé su... bueno... "don".

—Siempre se salta una generación...

—Así es... En fin... Cuando vivía, tenía un conocimiento bastante claro sobre el mundo de los muertos entre los vivos... Desde chica veía fantasmas, y a veces me hablaban... Era una pesadilla, pero poco a poco aprendí a vivir con ello.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sé... a lo mejor tendría que haberlo hecho... Pero era algo que me daba miedo en vida... y no sabía qué podía hacerme en muerte.

—Lo que puedes ver ahora, ¿no?

—No sólo ver u oír... también lo que puedo *comprender*.

—¿"Comprender"? ¿Cómo es eso?

—David... poco a poco me he ido dando cuenta de que sé más que tú o que los vivos de por qué seguimos aquí.

—Sí, porque nos queda algo por hacer, ¿no? Pero eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, sí, lo sé... pero yo sé *qué* debo hacer para irme.

En ese momento, David creyó sentir más miedo del que podía recordar haber sentido nunca.

—¿Y... por qué no lo haces?

Raquel apartó la mirada, dirigiéndola a sus zapatos.

—Porque no quiero dejarte solo... —respondió con un hilito de voz.

En ese momento, el miedo se vio sustituido por la tristeza. Una tristeza tan profunda que sólo podría ser aliviada abrazando fuertemente a Raquel.

Sin embargo, ella se sorprendió al notar los brazos de David apretándola contra su alma.

Y el contacto entre los dos espíritus llenó de paz tanto a Raquel como a David.

La chica levantó la cara, cerrando los ojos, apoyando la cabeza sobre el pecho del muchacho.

Clavó su mirada en la de él, al tiempo que se incorporaba, mirándole siempre a los ojos, sentándose frente a él.

Raquel deslizó su mano por el cuello de David, introduciéndola bajo su melena, acercando su cara a la de ella, posando, lentamente, sus labios contra los propios.

Lo que pasó entonces, ninguno de los dos pudo decirlo con seguridad.

Sólo estaban seguros de haber notado una corriente de energía entre ellos, un hormigueo, caliente y veloz.

Entonces, se separaron, nerviosos, excitados...

—¿Qué... qué ha sido eso? —preguntó David, aún jadeante.

—Eso... eso ha sido estar vivos, David.

—No, no... déjate... Quiero decir... ¿por qué has hecho eso?

Raquel parecía contrariada.

—Perdona... No lo sé... Supongo que quería saber qué se sentía.

La chiquilla se dio la vuelta, dando la espalda a David, abrazándose las rodillas.

—Nunca besaste a nadie, ¿verdad?

—Sí... así es.

—¿Por qué?

—No sé... supongo que ponía nerviosos a los tíos... Bueno, a decir verdad, creo que ponía nervioso a todo el mundo.

David no pudo evitar el impulso de volver a abrazar a Raquel.

—Acabo de morir en tus brazos... —musitó ella.

—Adoro esa canción...

—Lo sé... también yo... ¡David! —dijo ella incorporándose de pronto—. Tú has sentido algo cuando nos hemos besado, ¿verdad?

—Eh... sí, claro —admitió David. Con algo de arrepentimiento, e incluso vergüenza.

—Tal vez eso signifique que seguimos vivos en parte, ¿no crees?

—Pues bueno... aquí estamos, ¿no?

—¿Y qué pasará cuando hagamos lo que tengamos que hacer? ¿Desapareceremos del todo?

—Sinceramente, no sé.

—¿Crees en Dios?

La pregunta de Raquel dejó perplejo al joven.

—No.

—Pero sí en algo más, ¿no?

—Siempre creí que algo debía haber, pero no me preocupaba saber el qué... Pero, de todas maneras, aunque no hubiera creído en nada de eso, el simple hecho de estar aquí contigo cambiaría cualquier idea que pudiera tener que desechara una vida después de la muerte.

—¿Y si no estamos muertos? Quiero decir... no del todo... ¿Y si sólo moriríamos al cumplir nuestro último cometido?

—Pues dos cosas... primero, que qué putada... que entonces por qué queríamos cumplir con ese cometido. Y segundo, ¿quién establece que hay que hacer algo y qué? Ahí metes ya a una voluntad y consciencia superior... y eso me cuesta aceptarlo así como así.

—Bueno, primero, sí, es una putada, pero tenemos que irnos de aquí porque no pertenecemos a este mundo. Ya no.

—Pertenecemos a una especie de mundo de los muertos, ¿te refieres a eso?

—Sí y no... pertenecemos a ese mundo, pero aún no podemos abandonar este, por lo que no pertenecemos a ninguno.

—Vaya paja mental...

—Sí, puede, lo sé... pero sólo piensa en ello. Y verás la lógica que tiene.

—Más bien poca.

—Por supuesto que poca...

David y Raquel se miraron en silencio.

—¿Y tú cómo sabes lo que tienes que hacer?

—No lo sé... lo sé, simplemente...

—Ya... ¿Y qué...?

—¡Mira, David! Hay una cosa que quiero enseñarte...

El muchacho miró a Raquel ponerse en pie, y entonces fue cuando se dio cuenta de que estaban en el Parque de la Cruz.

Y, mientras se preguntaba por qué hasta ahora no lo advirtió, se dio cuenta de que ese mundo se iba alejando de él.

Raquel alargó la mano hacia las hojas de un sauce, atravesándolas como si su mano no existiera.

—¿Te das cuenta? —dijo ella.

—Sí... no puedes tocarla porque no perteneces a este mundo.

—Así es...

—¿Y por qué nuestros pies...?

—¿... pueden pisar el suelo?

—Sí... eso mismo...

—David, nuestros pies no tocan el suelo, parece que es así, pero se deslizan sobre él...

Dicho esto, Raquel se sentó en cuclillas, pero estiró la pierna derecha, que atravesó sin más el suelo, hundiéndose en el césped.

—Pero no era eso lo que quería enseñarte.

Dándole la espalda, Raquel avanzó hacia un chico de unos veintipocos que leía sentado en un banco.

—¿Sabes qué pasa si la vida y la muerte se unen desde sus mundos?

David no estaba seguro de la respuesta, ni tampoco de entender la pregunta. Pero Raquel extendió las manos hacia el lector antes de que pudiera decir nada.

—Raquel... no hagas eso...

La chica acercó sus manos abiertas a la espalda del ignorante lector, lentamente, sin llegar a tocarle.

Entonces David vio que al joven le entraba un escalofrío por la espalda, mientras que Raquel retiraba reiteradamente las manos, como si le diera calambres.

—Raquel...

—Vale, vale... eso bastará...

La muchacha volvió junto a David bajo el árbol.

—Y ahora, mira lo que me enseñó mi abuelo...

Raquel volvió a extender la mano hacia las hojas del sauce.

Y sucedió algo que a David le dejó helado...

Las hojas se mecían al tacto de la mano de Raquel...

—¡Las has tocado!

—Así es...

—¿Pero cómo?

—Cuando la vida y la muerte se tocan, un resquicio de su energía pasa a nosotros... un poco de sustancia... Como si nuestros átomos se unieran con la energía de los vivos. Pero como no pertenecemos al mismo mundo, no podemos retenerla, por lo que se va desprendiendo de nosotros.

David permaneció pensativo sopesando las posibilidades que ese descubrimiento ofrecía.

—¿Y eso a la larga afecta a los vivos?

—Están vivos... se les pasa...

—Pero en ese momento les duele, ¿no es así?

—Sí... porque les quitas parte de la vida, aunque no supone ningún problema para ellos. Se recuperan antes que de un golpe, por ejemplo, y no les causa ningún daño permanente.

—¿Qué más te enseñó tu abuelo?

—Poca cosa más —respondió Raquel.

—¿Le sigues viendo?

—No... hace tiempo que se fue.

—Hizo lo que tenía que hacer, ¿no?

—Creo que lo único que tenía que hacer era enseñarme cosas de los muertos, y de cómo hablar con ellos, o cómo buscarlos... Cómo se sienten, y cómo les puedo ayudar.

—Ya... entiendo.

—David... ¿por qué nunca hablas de tu familia?

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé... te estaba hablando de mi abuelo... y yo no sé nada de tus padres, o si tienes hermanos...

—Sí, es verdad —respondió David.

Pero no añadió nada más.

—¿Cuánto hace que no les ves?

—No sé... mucho.

—¿Por qué no les quieres ver?

—Claro que quiero.

—Pero no lo haces.

—No, no lo hago.

Ambos callaron por un momento.

Raquel salió del cobijo de la sombra del sauce, y David vio cómo los rayos de luz del sol chocaban contra su forma como si realmente estuviera allí.

—¿Tanto te haría sufrir? —preguntó ella.

—Sí... creo que sí.

—Pero les echas de menos.

—Claro que sí.

—¿Y por qué no vamos a verles?

Mientras hablaba, Raquel tomó la mano de David, y, cuando se quisieron dar cuenta, estaban en la habitación de David.

El chico miró a su alrededor, la estancia tan familiar... Tal y como la dejó.

La persiana estaba echada, dejando entrar un poco de la luz del sol de media tarde. El ordenador reposaba silencioso, unido a un igualmente mudo equipo de música, que tantas quejas trajo de sus padres y hermanas. Sobre el escritorio, los apuntes ordenados, esperando una Selectividad que nunca llegó para él.

—Aprobé el bachillerato el año pasado —anunció David—. Ahora tendría que estar preparándome para empezar el módulo de técnico de sonido...

Raquel miró las fotos de sus amigos clavados anárquicamente sobre un corcho. La foto del primer concierto en un marco. Posters de algunos de sus grupos favoritos, y, en un rincón, su Epiphone.

Christabel.

David, en cuclillas, alargó la mano hacia las cuerdas metálicas de la guitarra, pero no pudo sentir su tacto, ni extraer el más mínimo sonido de ella.

—Podríamos haber sido grandes —dijo David, mirando de reojo la foto con su grupo—. Teníamos buenos componentes, pero también había química entre nosotros. Éramos amigos, sabíamos hacer las cosas juntos, lo hablábamos todo y solucionábamos todos los problemas.

David devolvió la mirada la guitarra.

—Habríamos llegado lejos...

Se levantó y se dirigió a su cama. Acarició el aire sobre la colcha, para, finalmente, tenderse sobre ella, boca arriba.

Aunque entonces recordó que no estaba tumbado sobre ella, si no que sólo flotaba por encima...

Clavó la mirada en el techo, como si intentara ver más allá de él.

—Creo que le habrías gustado a Manolo —dijo finalmente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Raquel sentándose junto a él en la cama.

—Porque eres exactamente su tipo —respondió David con una sonrisa.

Raquel rió suavemente y se tumbó junto a su único amigo, posando su brazo sobre el torso de David.

—Yo creo que me habrías gustado tú...

El joven sonrió.

—No me digas esas cosas...

Raquel se limitó a sonreír y a acercar sus labios al cuello de David.

Permanecieron ahí tumbados, sin decir nada, durante unos largos minutos.

Sentían que en ese entremundos en el que se hallaban, no encontrarían más compañía que aquella que se daban, y sentían que no necesitaban otra.

David deslizó el brazo bajo la cintura de Raquel, acercándola más a sí mismo, notando la risa de la muchacha agitar su aura.

Poco a poco, comenzaron a jugar mutuamente con su pelo. El de David, salvaje, casi negro. El de Raquel, de un sedoso y brillante azabache.

—¿Qué nos espera más allá, David?

—Quién lo puede saber...

David se giró para mirar a los ojos de Raquel.

—Pero se supone que tenemos que ir allí, ¿no?

David se incorporó casi en un salto cuando se abrió la puerta de su cuarto y vio entrar a Paloma. El reflejo actuó antes de que pudiera advertir que no podía ser visto.

—¿Es tu hermana? —preguntó Raquel.

—Sí. Es Paloma, la mayor.

David y Raquel la observaron entrar melancólica. Retiró la silla del ordenador y se sentó en ella, con los ojos llorosos.

—Te quería mucho, ¿no? —preguntó Raquel.

—Lo justo, la verdad... No hay como morirte para que te quieran...

—No sabía que tu humor fuera tan negrísimo...

—Bueno —contestó David sorprendido—. La verdad es que hasta hace poco era puro hollín... Mira, vámonos de aquí...

—No, antes quiero ver al resto de la familia.

David se encogió de hombros.

Ambos se levantaron de la cama y salieron de la habitación. El pasillo era largo, con puertas a ambos lados que daban a las cuatro habitaciones, a un armario y a un cuarto de baño. Al comienzo del pasillo estaba el salón, y otro servicio al final.

—Vamos al salón.

Al atravesar el umbral, David se encontró a sus padres, sentados en el sofá. Su padre miraba al vacío a través de un viejo libro abierto ante sus ojos. Su madre, a su vez, parecía dormida, con otro libro sobre su estómago.

—Antes no eran así —aclaró David con tristeza.

Raquel iba a decir algo, pero se limitó a posar su frente en el hombro de David y acariciarle el brazo.

—¿Le quieres dar ya?

David y Raquel se giraron al escuchar la voz proveniente de algún lugar tras ellos.

Raquel iba a decir que esa era la voz del mismo David, cuando otra voz le respondió

—¡Que ya está grabando, cojones...!

—Mata —sonrió David, avanzando por el pasillo.

—Pues empieza a decir lo que tengas que decir —dijo la voz de Paco.

David, seguido de Raquel, entró en la habitación de su hermana pequeña, que tenía una funda de disco compacto abierto sobre la misma colcha en la que estaba tendida, con el equipo funcionando junto a ella.

Del equipo salían las voces que escuchaban.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo la voz de Mata -. Somos los Screaming Angel...

—*Crying Angel*... —corrigió Manolo.

—Eso, eso... los *Crying Angel*... A la batería, Ricardo Portnoy, Paco Burton al bajo, David Hetfield a la guitarra rítmica, Manolo Blackmore a la guitarra solista y, a la voz, su servidor, Ronnie James Mata...

—Edición Cazalla de la Sierra... —se escuchó de fondo a Ricardo, precediendo bastantes risas.

—Bueno, bueno... dijo la voz de Mata a través del equipo de música -. Vamos a grabar un ensayito, para ver cómo va la cosa, a ver si de aquí a unos meses cuando volvamos a escuchar esto hemos aprendido algo...

En ese momento, la puerta fue atravesada por una furibunda Paloma.

—¡Quita eso! —le gritó a Sonia.

—¡Vete a la mierda! —respondió la hermana menor poniéndose los auriculares mientras Paloma se iba.

—Mejor nos vamos de aquí —dijo David, tomando a Raquel de la mano, las lágrimas asomando en sus ojos como en el

resto de su familia, desapareciendo del lugar junto con su amiga...

—Gracias por venir conmigo —dijo Ana a Ruth mientras entraban a la casa de la chica morena—. Sé que es una tontería, pero me daba miedo quedarme sola.

—No te preocupes —intentó apaciguar Ruth, a pesar de que ella, aunque lo disimulaba bien, estaba más asustada que su amiga—. Sabes que no me importa quedarme contigo... Y no me parece ninguna tontería. Pero eso sí... En cuanto aparezcan tus padres, yo pico billete...

—Vale, vale... lo que no quiero es quedarme sola ni un momento.

—¿Pero estás segura de que la tele se encendió sola?

—Y cambió de canales...

Ruth, cuyo conocimiento respecto a la vida de ultratumba había aumentado de manera considerable en los últimos días (de “prácticamente nada” a “más de lo que le hubiera gustado saber”) se sentía especialmente inútil a la hora de tranquilizar a Ana.

—Vamos a mi cuarto.

Ana subía los peldaños despreocupada, mientras Ruth se mostraba cautelosa, caminando lentamente, mirando a uno y otro lado... llevándose las manos a los hombros desnudos.

—¿Tienes frío? —preguntó Ana, que observaba desde la parte superior de la escalera a su amiga.

—Sí, un po...

Ruth se detuvo, boquiabierta, en mitad de la palabra, al creer ver pasar una forma tras Ana...

—Un poco —terminó mientras se colocaba junto a su amiga.

Juntas entraron en la habitación de Ana, mientras ella ponía algo de música.

A Ruth le resultó curioso que ahora Ana estuviera tranquila mientras ella estaba asustada.

—Dime —intervino Ana, seria—. Crees que... a lo mejor... pues se trata de... de David.

—¿David? ¿El que te atormenta? No, ni de coña...

—¿Por qué crees que me atormenta?

—Bueno... no sé... a mí, lo que hizo con la tele, no sé si me atormentaría... pero al menos sí me acojonaría...

—Tú me crees cuando te digo que creo que hay espíritus, ¿verdad?

—Sí... creo que es posible.

—No crees que esté volviéndome loca por la muerte de David, ¿verdad?

Ruth sonrió.

—No más de lo que podías estarlo antes.

Ana acompañó a la sonrisa de Ruth con una propia.

—¿Sabes que me mandó un mensaje antes de morir? —dijo Ana.

—Sí... me lo dijiste...

—Pero no te dije lo que contesté.

Ruth asintió con la cabeza mientras Ana se sentaba en la cama junto a ella.

—Esperaba que tú misma quisieras decírmelo.

—¿Quieres saberlo?

Ruth esperó para responder.

—Sí... creo que sí.

Ana bajó la mirada, triste.

—Le mandaba a la mierda.

Ruth sintió que el corazón se le volcaba.

—¿Por qué? Si tú querías volver con él...

—Sí... pero no así...

—¿Cómo así?

Ana buscó las palabras adecuadas...

—Ruth... tú me conoces... sabes que soy orgullosa... y con dos cojones.

—Sí, claro...

—Pues David... David hizo que me humillara... y no soporté haber hecho eso.

—¿Humillarte tú?

—Sí, Ruth... le supliqué que volviéramos... me di asco a mí misma, de verdad... por eso, cuando me enteré que había dejado a la Pavitonta...

—Sigue...

—Verás... Cuando me llegó el mensaje, yo estaba en la cama. Furiosa conmigo misma por lo que había hecho. No podía dormir, así que, cuando llegó el mensaje, lo miré. Y no te imaginas la rabia que me entró. Así que le contesté que por mí podía irse a la mierda.

—¡Ana! ¡Eres idiota!

—¡Sí, lo sé! Pero no era esa la manera en la que quería cimentar la relación... Quería que estuviera conmigo porque él lo quisiera, no porque se lo implorara...

—Pero él quería de todas maneras...

—¡Pero estaba con otra!

—¡Porque tú le empujaste a ello! Pero él nunca dejó de quererte a ti. Sólo pretendía seguir adelante sin ti.

—Pero sólo la idea de que hubiera muerto odiándome... Y que ahora se esté vengando. Si no hubiera vuelto a buscarme, ahora seguiría vivo...

Ana se cubrió las primeras lágrimas con sus blancas manos.

—David te quiere, Ana... No haría nada que te hiciera mal... Y no creo que llegara a leer tu mensaje.

—¿Me quiere?

—Bueno... te quiere, te quería... —intentó disimular Ruth -. Para mí es lo mismo.

Por unos segundos, ambas volvieron a reír, pero, de repente, el rostro de Ana se congeló en una máscara de mudo terror.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó Ruth, mientras Ana apagaba la música.

—Escucha...

Ruth aguzó el oído mientras Ana se levantaba y abría la puerta de la habitación.

Desde abajo se escuchaba la tele...

—Baja conmigo —pidió Ana, con la voz temblándole.

Ruth, cuya razón, sentimiento y lógica se aliaron para vencerla de ignorar la petición de su amiga, se sorprendió al levantarse y tomar la mano de Ana.

—Vamos...

Lentamente, bajaron los peldaños, asomándose al salón, donde la televisión estaba encendida, sintonizando uno de los canales de pago.

—¿Mamá? —llamó Ana sin esperanzas de recibir respuesta.

Entonces, el canal cambió. Una y otra vez.

Ana y Ruth se abrazaron, buscando refugio la una en la otra.

Y entonces Ruth vio algo que la llenó de pánico: una forma, imprecisa, pero humana, semitransparente, envuelta en una tormenta de nubes, con unos ojos que se clavaron en los de Ruth con reproche.

Unos ojos que le resultaban muy familiares...

XLIII

Sólo causas sufriendo...

—Lo siento...

Con lágrimas en sus ojos, Raquel luchaba contra el impulso de abrazarse a David, que estaba sentado dándole la espalda, y el de no hacerlo.

—No... no tienes que sentir nada... —respondió David—. Creo que era algo por lo que tenía que pasar, y para lo que ya estaba tardando...

Finalmente, Raquel se decidió, se acercó a él y le apretó fuertemente contra su propio pecho.

—David... —susurró—. He tenido que llevarte con tu familia para que me comprendas... para que comprendas lo que tengo que hacer.

—¿Qué... qué tienes que hacer?

—Has visto cuánto sufrían aquellos que te han querido, tu familia, tus amigos y tu novia...

David no sentía fuerzas ni para corregir a Raquel.

—Y ellos sabían que tú no querías morir... Que lo tuyo fue un accidente... Imagínate cómo se sentirían si pensaran que has muerto porque has querido.

—¿Estás diciendo... lo que creo que estás diciendo?

—David... si quiero abandonar este mundo... sólo tengo que convencer a mi madre de que no me suicidé...

—Y después...

—Después podré irme... sí...

David estuvo a punto de reprocharle el que le abandonara, pero calló.

—Buscaremos a Ruth. Ella podrá ayudarnos.

Una triste sonrisa iluminó la cara de Raquel.

—Sabes que después te quedarás solo, ¿verdad?

—No estaré solo demasiado tiempo. Averiguaré lo que tengo que hacer y podré ir contigo.

—Tal vez no puedas venir en tan poco tiempo —susurró Raquel con temor.

Entonces notó la mano de David aferrar la suya.

—No pensemos ahora en eso... Vamos a buscar a Ruth.

Ruth, mientras, se encontraba en la cocina de Ana, incapaz de hacer que la poca cantidad de agua que su amiga lograba verter en el vaso que sostenía temblorosa permaneciera en el recipiente.

—¿Qué... qué viste?

—¡No vi nada! —mintió Ruth.

—¿Y por qué te quedaste así?

—Sentí algo... tú también lo sentiste, ¿verdad?

—Claro —confirmó Ana—. Sentí frío, y luego, miedo... pero no que yo tuviera miedo... bueno, también, claro... —dijo Ana, sirviéndose agua tras beber Ruth—. Era como si... no sé... como si todo a mi alrededor tuviera miedo...

—Bueno... —dijo Ruth, secándose la boca con la muñequera—. Yo estaba a tu alrededor... y estaba acojonada...

Tras soltar el vaso, Ana se dirigió hacia un rincón de la cocina, sentándose encogida, abrazándose las piernas.

—¿Qué puede ser eso? ¿Y por qué me hace esto?

Ruth, de espaldas a Ana, se apoyó en la encimera, bajando la cabeza.

—Ana... hay algo que tengo que decirte.

Ruth se volvió, mirando fijamente a su amiga.

Avanzó hasta ponerse frente a ella, y se arrodilló, cogiendo sus manos, posándolas sobre las rodillas de Ana, cubriéndolas con sus propias manos.

—Es sobre Mata.

—¿Qué... qué le pasa a Mata?

—Verás... es algo muy... muy personal... es... un secreto... Muy pocas personas lo saben... pero creo que tú necesitas saberlo...

Ruth respiró hondo, clavando sus ojos en los de Ana.

—Lo que voy a contarte, no se lo debes contar a nadie... Especialmente no a Mata.

—Claro, claro... —respondió Ana, que se sentía cada vez más tensa.

—Ana... —Ruth miró a su alrededor, como temiendo ser escuchada—. El nombre de pila de Mata es Carlos.

Ana se quedó momentáneamente helada.

—Carlos... —repitió Ana.

—Carlos —confirmó Ruth.

—Carlos... Carlos Mata...

Ruth asintió gravemente.

—Como el actor de culebrones... —dijo Ana.

—Y cantante... —añadió Ruth.

Una sonrisa se formó en sus labios.

Ana la imitó.

En menos de un segundo rompieron a reír.

—¿De verdad se llama Carlos Mata? —preguntó Ana entre carcajadas—. ¡A mi madre le encantaba ese pavo!

—¿Te acuerdas de él?

—¡Claro! ¡Si mi madre tiene una cinta suya!

Ruth seguía riendo.

—Creo que nosotras ni habíamos nacido...

—Puede, puede... —añadió Ana secándose las lágrimas.

En ese momento, sonó el teléfono.

Las risas cesaron.

El teléfono sonó por segunda vez.

—¿Debería cogerlo? —preguntó Ana.

—¿Qué nos dice nuestra experiencia con el cine de terror asiático?

El teléfono volvió a sonar.

—Pero esto es Cádiz —replicó Ana dirigiéndose al teléfono y descolgándolo.

—Ana...

—¿Sí? —contestó Ana al teléfono.

Ruth aguantó la respiración hasta que volvió a hablar.

—Ahá... Vale... Venga... Adiós...

Y colgó.

—¿Quién era? —preguntó Ruth.

—Mi madre.

—Eso es peor que todas las chinas muertas... ¿Qué quería?

—Nada... que esta noche no vienen a casa —respondió su amiga, preocupada.

—¿Y dónde están?

—Ni idea. Y, la verdad, poco me importa.

—Vente a casa a dormir —ofreció Ruth.

—¿Puedo? —preguntó Ana.

—Lo que no puedes es quedarte aquí sola. Además, mis padres tampoco van a estar.

—¿No? ¿Y eso?

—Se van unos días a la Sierra... A lo mejor van con tus padres —añadió con una risa.

Ana sonrió.

—¿Y te han dejado aquí, solita, con ese novio tuyo suelto? —preguntó Ana entre risas tras el cuarto culillo de licor de flores, sentada sobre un cojín junto una mesita en el salón de Ruth, al lado de su amiga, pasadas ya las dos de la madrugada.

—Sí, bueno... ¿Qué remedio? Son realistas... saben que, si voy a hacer algo, lo voy a hacer aquí o en Pekín... lógico, ¿no?

—No sé —respondió Ana—. En mi casa, lo que viene siendo mi vida, nunca ha sido tema de interés.

—No digas eso... —añadió tomando un poco más.

—No, de verdad... a veces me pregunto para qué me tuvieron.

—Yo me alegro de que te tuvieran —confesó Ruth.

—¡Y yo más! —rió Ana—. Bueno... la mayoría del tiempo...

—No. No digas eso... de “la mayoría del tiempo”, nada. Siempre.

—Lo mejor que he tenido nunca ha sido a David —suspiró Ana—. Y ya no le tengo.

—Tampoco digas eso. A David le hiciste muy feliz, y sabes que sé que te sigue amando.

—Pero ya no está... —susurró Ana.

—Sí que está.

—Ruth, metafísica aparte, no está. No puedo verle, no puedo oírle, no puedo sentirle... Porque no está...

Ruth alargó el brazo para rodear los hombros de Ana, acercándola a ella, y besando tiernamente su sien.

—Ana, amor, aún así, David nos dejó una huella a todos... Y sé que ahora no es el momento para pensar en eso, pero saldremos adelante. Sólo han pasado dos meses, y nos hemos fortalecido...

—Ahora no pienso en nadie más —contestó, fúnebre, Ana.

—Lo sé, lo sé... no quiero decir eso... Sólo que tenemos que vivir.

—No debería seguir bebiendo —se alarmó Ana, cambiando de tema.

—Está bien... mejor, más para mí.

Ambas rieron durante unos segundos.

—Nunca hablas de tus relaciones anteriores a David.

—Sí, es verdad —contestó Ana.

—Tuviste dos novios, ¿no?

—Sí, bueno... novios... -. Ana sonrió -. David fue lo más parecido que tuve a un novio. El primero, Edu, y yo, empezamos a salir cuando teníamos 12 años... Fue una chiquillada... por eso ni merece la pena recordarlo. Pero me dio mi primer beso, en el patio de atrás del colegio. Me rompió el corazón cuando le dio el primer beso a la que era mi mejor amiga —rió -. La última vez que le vi estaba borracho, peleándose con una tía... la novia, supongo... Ahí tuve suerte, creo...

>> Luego, con quince, empecé a salir con un chavalito del Puerto, Jacobo. Era muy guapo, pero... No sé... Un mierda. Sí, eso... un mierda. Con él perdí la virginidad —confesó llevándose las manos a la cara -. ¡Qué mal! Yo sentía curiosidad por eso que tanto revuelo armaba... pero fue desagradable... Y doloroso. No sé. No me gustó. No en ese momento al menos. La verdad es que a veces pienso si no me forzó... Pero bueno... Le dejé. Era muy brusco conmigo... nunca se portó bien.

>> Y bueno. Luego David -. Una sonrisa iluminó la estancia -. ¿Qué te voy a contar que no sepas ya...? Me lo cambió todo. Y a mejor... Con él me di cuenta de que había cosas que no eran como yo pensaba...

—Y David tampoco tuvo mucha vida —dijo Ruth, dándose cuenta algo tarde de lo inapropiado de la expresión.

—Sí, ya... pero con Lucía, por lo que sé...

—Lo de Lucía fue raro... creo que se quemaron muy pronto.

—Se acostaron la primera noche, ¿no?

—Sí... y apenas pararon en dos meses...

—Y antes tuvo un rollete...

—Una tontería —dijo Ruth -. Nada serio... Lo serio fue con Lucía y contigo.

—Ya, ya...

—¿Y tú ya estás? —preguntó Ruth -. Siempre te imaginé más... no sé... activa.

—Pues... bueno... Hay... hay algo más.

—¿Lo qué?

—¿Sabes quién es Julio?

—Eh... sí, sí... ¿También tuviste algo con él?

—Algo, algo...

—Pero salía con una amiga tuya, ¿no?

—Sí, sí... Pero ya habían cortado.

Un silencio como una lápida se abalanzó sobre Ana y Ruth.

La chica de pelo rubio lo rompió por unos segundos.

—Entonces fue después de...

—Sí... hace poco.

De nuevo, el silencio...

—Entonces...

—No sé cómo fue. Creo que... que me violó... —finalizó con un hilito de voz.

—Ana...

Ruth sintió que el alma se le partió en mil pedazos.

—O no... la verdad es que yo no quería... pero lo necesitaba... necesitaba que alguien me diera algo de amor...

—¿Y él te lo dio?

—No... Y por eso lo lamento tanto... Sólo se me folló y se fue como si nada...

—Ana...

—Me sentí indefensa... si me hubiera matado ahí mismo, habría sentido exactamente lo mismo... nada... el vacío...

—Vacío... —repitió Ruth.

—Así era como me sentía... Y como descubrí que me sentía con Jacobo cuando empecé con David...

—Estabas enamorada de él —dijo Ruth cambiando de tema, al ver que Ana lo empezaba a pasar mal.

—De David. Mucho —respondió Ana—. Nunca lo negué, pero tampoco lo admití... ¿Crees que él lo sabía?

—No lo sé, Ana... pero quiero pensar que sí. Es más, creo que por eso mismo no llegaba a comprenderte.

—Yo misma no llegaba a comprenderme...

De nuevo, silencio.

—Pero vamos —dijo Ana, finalmente, con un entusiasmo que sorprendió a ambas —... Cuéntame tú... ¿qué tal tu vida sentimental?

—¿Yo? Poquita cosa. Sólo Mata y... —dijo algo más bajo una falsa tos.

Ana se quedó perpleja.

Luego echó a reír.

—¿Qué has dicho?

—Sonia. He dicho Sonia —confesó Ruth con rubor.

Ana se quedó boquiabierta.

—Eso no me lo habías contado...

—No, ya... -. Ruth, entre risas, se llevó una mano para cubrirse los ojos.

—¿Y cuándo fue?

—Tenía yo catorce años...

—¿¡Qué dices!?

—Sí —confesó Ruth entre risas -. Mi primera experiencia sexual fue a los catorce años... ¡con una chica!

—¿De tu edad?

—Era unos meses más chica.

—¿Y qué pasó?

—Nada... nos peleamos... Luego me enteré de que se mudó.

—¿Y Mata lo sabe?

—¿Ese? Le encanta...

Ambas rompieron a reír entonces.

—No sabía que fueras bisexual...

—Bueno... Tampoco sé con seguridad si lo soy... No sé si aquello fue por sentimientos o por rebeldía, o por experimentar...

Ana miró entonces a Ruth desde una nueva perspectiva.

—¿Y... y cómo es?

—¿Cómo es qué?

—Besar a una chica.

—Pues... no sé... depende...

—Depende...

—Claro... depende de si te gusta o no...

—¿Y cómo sabes si te gusta o no?

—No lo sabes hasta que lo pruebas... Como todo... supongo...

Ana guardaba silencio.

Ruth se servía otro culillo de licor.

—No estarás pensando lo que creo que estás pensando.

—Venga... sólo una vez... satisface... satisfaz... ¡no me dejes con la intriga!

—¿Estás segura? Mira que luego tenemos que dormir juntas...

—¿Tienes miedo de que te guste?

—Tengo más miedo de que te guste a ti —respondió Ruth mientras volvían las risas.

—No, venga... en serio... Quedará entre nosotras...

—¡No, eso está claro!

—Jeje... venga... sólo un piquito...

—¿Cómo? No, no... de eso nada... Si te va a besar, puede que por última vez, una mujer, y más si voy a ser yo, va a ser un beso de verdad.

—¿Me estás amenazando? —bromeó Ana.

—Bastante, bastante...

Sin decir más, Ruth se arrodilló frente a Ana. Se inclinó hacia su amiga, cerrando los ojos, deslizando su mano derecha por la cintura de la chica morena, la izquierda bajo su pelo. Se humedeció los labios con la lengua, posándolos sobre los de Ana, que cerró los ojos, inspirando emocionada, asustada casi... Rodeando a Ruth con sus brazos. Pegando sus cuerpos.

Acariciando cada punto que alcanzaran las manos.

Ana sintió la lengua de Ruth explorar el interior de su boca, acariciar su propia lengua, como invitando a entrar en la boca de su amiga por unos momentos...

Ana apretó a Ruth contra su cuerpo, al tiempo que sus cabezas se giraban en sentidos opuestos para cambiar de postura.

Finalmente, poco a poco, separaron los labios, mirándose a los ojos, intentando recobrar la normalidad de sus alterados corazones.

—No ha estado mal —dijo Ana con una ruborizada sonrisa.

—No, no... —corroboró Ruth -. Nada mal...

—Ruth...

Con un escalofrío recorriéndole la piel, Ruth abrió los ojos para ver sólo oscuridad a su alrededor.

—Ruth...

Escuchó una voz masculina. Una voz que conocía. Una voz que se negaba a escuchar...

—Ruth...

La muchacha se encogió, aferrándose al brazo de Ana, con quien compartía colchón.

—¡Ruth, vamos, joder, que sé que estás despierta! ¡No tenemos toda la noche!

—Oh, mierda, mierda, mierda... —repetía Ruth mientras se ponía en pie, buscando las zapatillas.

Tanteando, salió de la habitación, encendiendo la luz del pasillo, viendo, al otro extremo, a un amigo al que nunca habría imaginado que no desearía ver.

Sin decir palabra, abrazándose a sí misma, avanzó decidida hacia el fantasma de David.

—Hola —saludó él, como si tal cosa.

Ruth se limitó a hacerle un gesto con la mano, indicándole que se dirigieran a la cocina.

—Hola... —dijo la muchacha tras encender la luz y sentarse en una silla.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien... ¿y tú?

—Muerto.

—Sí, sí, ya... perdona...

—¿Y Ana?

—Bien. Está aquí, durmiendo conmigo. Aunque tengo que...

—Sí, lo sé... os he visto... Durmiendo juntitas. Me voy a poner celoso —bromeó el fantasma.

Si no fuera por las circunstancias, Ruth habría soltado una risa nerviosa al recordar lo pasado un par de horas antes.

—Y bueno... —dijo Ruth, olvidando momentáneamente lo que tenía que decir a su amigo—. Tú dirás. Porque no me has despertado para saludarme, ¿no?

—No, no... la verdad, es que tengo que pedirte un favor.

—Pues... tú dirás.

David guardó silencio, mirando a su lado.

—Tengo una amiga.

—¿Cómo?

—Sí, verás... ella murió hace algunos días.

—Vaya... Tú y tu vida social...

—Y su familia cree que se suicidó.

—¿Y no es así?

—No, no... El caso es que, para abandonar este mundo, tiene que convencerles de que su muerte fue un accidente...

—¿Para abandonarlo?

—Sí... Ya no pertenecemos a este mundo de los vivos...

—Y si hace eso...

—Se irá.

—¿También tú te irás algún día?

—Supongo que... —David se interrumpió entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruth.

—¿Pero nos va a ayudar o no? —preguntó una voz junto a David. Voz que fue tomando la grisácea y transparente forma de una chica morena con traje de noche.

David dio gracias de que Ruth fuera enmudecida por el miedo, pudiendo únicamente señalar con el dedo la forma ante ella.

—Ruth, Raquel, Raquel, Ruth... —presentó David -. Ella es la amiga de quien te hablo.

—¿Ahora sí me ve? —preguntó Raquel a David.

—Tiene toda la pinta...

—Pues menos mal... Eso facilitará las cosas...

—La ayudarás, ¿verdad, Ruth?

Ruth no podía responder.

—Yo creo que va a ser que sí... —dijo David a Raquel.

—David...

—Dime.

—Tengo algo que contarte.

—¿Es importante?

—David, estoy hablando con un muerto. ¿Cómo no va a serlo?

—¿Qué es?

—Hay algo en casa de Ana.

—¿Algo?

—Algo, algo...

—¿Algo qué?

—Una... presencia...

—¿Un fantasma?

—Eso parecía...

—¿Cómo que “eso parecía”?

—Pues... no sé... No lo veía como a ti... era como una forma en medio de nubarrones que no se estaban quietos... Daba miedo... más que tú...

—Vaya, gracias.

—Lo peor eran sus ojos.

—¿Qué pasaba con sus ojos?

—Que se parecían a los míos.

—A lo mejor era tu abuela —aventuró Raquel.

—¿Cómo mi abuela? No conocí a mis abuelos. Mis padres se criaron en el orfanato. Además, ¿qué iba a pintar ella allí?

Pero Ruth no recibió respuesta, pues tanto David como Raquel se habían desvanecido entonces.

—Genial... —susurró Ruth.

Se giró y, apagando la luz de la cocina, fue hacia su cuarto, donde Ana seguía dormida como si nada hubiera pasado.

Se tendió sobre el colchón junto a su amiga, notando que el frío había desaparecido por completo.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Ana, más dormida que despierta.

—Con Mata —mintió Ruth—. Estaba enfadado porque estoy durmiendo contigo y no con él.

—¿Con Carlos Mata?

Ana rió levemente antes de seguir durmiendo.

XLIV

Nunca saldrás de aquí...

—¿No le has dicho lo de su abuela? —preguntó Raquel.

—Pues no, no... —respondió David.

—¿Por qué no?

—Porque no se ha presentado la ocasión... más que nada...

—Ya, entiendo...

—Oye, tenemos que encontrar a Josan... vamos... quiero decir... él tiene que encontrarnos.

—Bueno, ya tenemos una médium.

—Sí... lo curioso es que él estará buscando alguno también —rió.

—¿Y sabes llegar a su casa... o a donde sea que podamos encontrarlo?

—Pues la verdad es que creo que no... porque siempre aparecía ahí directamente... —contestó David -. Más o menos igual que ahora... —añadió sorprendido tras verse en la familiar habitación donde mantuviera sus entrevistas con el fantasmatólogo.

Y, de alguna manera, se sabían observados.

Y, en efecto, sobre la butaca, clavados sobre ellos, los ojos de Mefistófeles.

—Holaa... —saludó David.

El gato se limitó a soltar un bufido.

—¿Mefisto? —se oyó desde el interior del piso.

Laura apareció desde la cocina con una humeante taza en la mano.

—¿Qué pasa, Bicho? —preguntó Laura acariciando la cabeza del gato.

Este seguía con la mirada fija en David y Raquel.

—Hmm... entiendo... —murmuró Laura.

Dejó la taza sobre una mesa y se dirigió a un armario, del que sacó una tabla con números, letras, símbolos y palabras que los fantasmas reconocieron al instante: una ouija.

—Bueno —dijo Laura al aire—. No sé si esto valdrá para comunicarnos, pero... lo intentaremos...

La chica se encogió a causa de un repentino escalofrío y preguntó.

—¿Hay alguien ahí?

La copa empezó a desplazarse lentamente, ante la mezcla de temor y excitación de Laura, hasta detenerse sobre una palabra.

“No”.

—¿Quieres dejar de hacer el payaso? —se enfadó Raquel.

—Y en vida hay quien decía que era un soso... —se rió David.

—¿Eres tú, David? —preguntó Laura.

La copa volvió a moverse.

“Sí”.

—Está empezando a pasárseme el tacto —dijo David.

—Tócala otra vez...

—Pero me da calambre...

—Quejica...

—¿Estás solo? —preguntó Laura.

“No”.

—¿Con Raquel? —preguntó mientras cogía un cuaderno y un boli de un cajón.

“Sí”.

—¿Estás buscando a Josan?

“Sí”.

—Ha ido a buscar a Ruth —dijo con una sonrisa.

“Dptamdr”...

—Perdona...

Ruth, debido a las últimas experiencias, estaba especialmente sensible. Y que un desconocido se le acercara por la espalda y la saludara de esa manera tan brusca mientras abría la puerta de su bloque, no hacía mucho por calmar a su corazón.

—¿Qué quiere? —preguntó Ruth fingiendo calma ante el hombre joven, con barba incipiente y gafas de sol, que sonreía nervioso.

—¿Eres Ruth?

—¿A qué Ruth busca usted?

—Por favor, antes que nada, no me hables de usted —dijo señalándose a la cabeza -. ¿Lo ves? Pelo. Negro y abundante. No me llames de usted, que me envejeces... Y segundo, busco a la Ruth que es amiga de David.

—Yo tenía un amigo que se llamaba David —respondió Ruth con pesar -. Pero está muerto.

—¿Y le has visto los últimos días?

Ruth retrocedió medio paso.

—¿Quién es usted?

—¿Y ese tuteo?

Ruth no respondió.

—Me llamo Josan —saludó el fantasmatólogo con una sonrisa -. Y sé que eres amiga de David porque él me lo dijo.

—¿Usted... tú hablas con él?

—Hablabas. Tenía una médium con la cual me podía comunicar con él... Pero ella fue asesinada... y el que sientas más miedo que sorpresa me hace pensar que sí que has visto a David últimamente.

—Así es... —confesó Ruth -. Anoche mismo, en casa —respondió señalando al edificio junto a ellos. Pero le he visto varias veces.

—Bien... entonces podemos ayudarnos. Acabo de recibir una llamada de mi compañera. Dice que él está allí con ella.

—Hay algo que quiero decirle... Y tal vez usted... tú... también tengas.

—Está bien... pero dime antes si me vas a acompañar. Es a dos calles de aquí. No sabemos hasta cuando tendremos a David con nosotros. Ya sabrás que aparece y desaparece sin previo aviso...

—Sí... Está bien. Iré.

—Bien...

—Pero dime —dijo Ruth cuando Josan echó a andar—. ¿Por qué haces esto?

—Me dedico a estudiar la vida después de la muerte.

—¿Eres parapsicólogo o algo?

—Algo, algo...

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—No... pero dime... ¿qué era eso tan importante que tenías que contar a David?

—¡Cariño, estoy en casa! —bromeó Josan abriendo la puerta del piso alquilado.

—¡Hola, amor, tenemos visita! —respondió Laura burlona.

—Oh, vaya... yo traigo invitados.

—¡David! —saludó Ruth al ver la forma de su amigo.

—¡Ruth! ¿Dónde estabas?

—Había ido a acompañar a Ana a su casa. ¿Y tú? Si no aparecieras y desaparecieras tanto, estos dos me habrían encontrado antes.

—Sois unos maleducados —interrumpió Raquel.

—Y tú no me caes bien —añadió Ruth señalando a la muchacha muerta.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Laura—, pero creo que hay temas importantes que tratar. Por cierto, soy Laura —añadió con una sonrisa—. Tú debes ser Ruth, ¿sí?

-Sí... David, hay algo en casa de Ana.
 -Ejemplo de tema importante... -susurró Laura.
 -Me lo dijiste, pero, ¿algo de qué?
 -Un espíritu.
 -Un fantasma.
 -Sí... pero no como vosotros dos...
 -¿Un espectro? -aventuró Laura.
 -Eso creo -respondió Josan.
 -¿Qué diferencia hay? -preguntó Ruth.
 -Según la clasificación en la que estamos trabajando -respondió Laura -, casi ningún recuerdo de la vida anterior, mucha mala leche y un objetivo jodido que cumplir...
 -Vamos -añadió Josan -, mal asunto...
 -¿Y cómo nos podemos librar de él? -preguntó David.
 Ruth transmitió la pregunta de su amigo.
 -El asunto puede ser más chungo de lo que parece -respondió Raquel.
 -¿Por qué? -preguntó Laura después de que Ruth repitiera las palabras de la nueva amiga de David.
 -Porque creo que puede ser tu abuela -respondió Raquel.
 -¿Por qué tienes que hablar de mi abuela? -preguntó Ruth -. Yo ni la conocí. Mis padres son los dos huérfanos.
 -Sí que la conociste -intervino Josan -. Al menos de vista... aunque ni supieras que era tu abuela.
 -¿Quién era?!
 -Loli la loca -intervino David.
 -¿Era mi abuela?! -se sorprendió Ruth.
 -Hasta ahora eso creíamos -respondió Laura -. Ahora lo sabemos seguro.
 -¿Y por qué iba a ser Loli? ¿Por qué querría hacerle nada a Ana?
 -Déjame que te explique eso... -intervino Josan mientras se sentaba en una silla y ofrecía una butaca a Ruth.

—Eh... te escucho...

—Verás. Como sabes, el padre de Loli se suicidó, porque fue delatado. Al parecer, colaboraba con los comunistas cuando Franco, aunque no era algo que estuviera del todo claro. El caso es que, a pesar de ser un hombre rico, influyente y poderoso, esa situación le llevó a la ruina personal antes que profesional, y la angustia y la desesperación, sumadas al abandono de su mujer, le llevaron al suicidio. ¿Y quién se beneficiaba más de su muerte?

Se hizo el silencio en la habitación, y sólo Ruth y Raquel oyeron a David romperlo.

—Su socio.

—¿Su socio? —preguntó Ruth a David.

—¿Y quién era su socio?

—El abuelo de Ana...

—¡Exacto! —exclamó Josan cuando Ruth repitió las palabras de David.

—¿Y cómo lo sabía... bueno... mi abuela? Ella era una niña cuando todo aquello pasó.

—Pues de dos maneras. Ella era una niña, pero no su padre. Y desde su muerte está a su lado.

—Su padre no se podía comunicar con ella —dijo David—. No hablaba.

—Cierto, los suicidas no se pueden comunicar —aclaró Josan—. Pero, tras morir Loli, su padre cumplió su castigo. Tal vez entonces pudieran hablar. De todas maneras, como supongo que Raquel podrá confirmar, cuando en vida se tiene un contacto tan cercano al mundo de los muertos, una vez fallecidos, se tiene una mayor comprensión de ese mundo, ¿cierto?

—Así es —repitió Ruth las palabras de Raquel.

—Por eso creo que, al morir Loli, conoció las causas del suicidio de su padre, y las posibles consecuencias. Y, por tanto, quién se benefició y sobre quién debe vengarse.

—¡Entonces no tenemos que perder tiempo! —exclamó David.

—Ahora mismo Ana está con sus padres —tranquilizó Ruth—. No creo que intente nada contra ella.

—¿Y por qué estás tan segura?

—He visto algo en los padres de Ana...

—¿Qué *algo*?

Ruth miró a Josan de reojo.

—Pelotas amarillas —respondió el fantasmatólogo.

—¿Las voces? —se alarmó David—. ¿Sabes qué son esas cosas?

—Son como pequeños demonios... Los espectros los pueden crear inconscientemente sobre personas concretas o al azar, ya sean objeto o herramienta para llevar a cabo sus venganzas.

—¿Y los padres de Ana los tienen? —preguntó David.

—Tal vez sean obra del padre de Loli.

—¿Nunca te has preguntado por qué no la querían, David? —preguntó Ruth.

—Entonces... el padre de Loli lleva todos estos años vengándose sobre Ana...

—Tal vez su madre sufriera la misma venganza —aventuró Ruth.

—¿Corre Ana peligro? —preguntó David dirigiéndose a Josan.

—No lo creo —respondió Josan cuando Ruth transmitió el temor de su amigo—. Han tenido todos estos años para hacerle algo malo.

—No me basta.

—Lo sé.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Ruth.

—De momento, nada.

—Hace poco leí un libro sobre este tema —comentó Ruth—. *Después de...*, de un tal Juan Gonzalo Saavedra, ¿lo conocéis?

—Sí —respondió Laura—. Es buena persona, y juega muy bien al billar.

—Emm... bueno... me refería al libro...

—Es profesor nuestro —contestó Laura—. Ese libro es la caña...

—Ahí dice... bueno... todo el mundo lo sabe... que hasta que cumple su cometido, el espectro no puede descansar...

—¿Temes que no pare hasta que le haga algo a Ana?

—Temo que no pare hasta matarla.

—Tengo que ir con ella —dijo David.

—¿Y crees que podrás hacer algo? —preguntó Ruth.

—Al menos, intentar protegerla.

—Entonces iré contigo —ofreció Raquel.

—¿Estás segura? Puede ser peligroso.

Raquel sonrió. Sus labios se alargaron dejando a la vista unos hermosos y blancos dientes. Y rió. Una risa que llenó de paz a su amigo, haciéndole saber que no podría haber nada tan terrible.

—¿Qué más me puede pasar?

—Os acompaño —dijo Ruth.

—¿A dónde? —preguntó Josan.

—A proteger a Ana —resumió Ruth.

—¡Puede ser peligroso para ti! —saltó Laura.

—No tanto si me acompañáis.

Por un instante, se produjo el silencio...

—Esto me pasa por meter las narices —rió Laura.

—¿Pero habéis pensado que...? —comenzó a decir Josan, hasta que fue interrumpido por la voz de Ruth, que respondía a su teléfono móvil.

—¿Ana? ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

Todos los que estaban en la habitación, tanto los vivos como los muertos, esperaban ansiosos a que Ruth dijera algo más.

—Ah, bueno... no, claro que no... ¿Cómo me va a importar? Quedamos donde siempre, ¿vale? Bueno, amor, ahora nos vemos...

Y colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruth a los demás.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó David al mismo tiempo que Laura.

—Nada... que no quiere estar en su casa...

—¿Abortamos la misión de salvamento fantasma entonces? —preguntó Josan.

- En esa casa hay algo... y...
- No, te equivocas —interrumpió Josan.
- ¿Cómo?
- Si hay algo, no está en la casa... va a por Ana... Está tan segura allí como en cualquier lado.
- ¿Y por qué sólo la hemos visto en la casa?
- Porque se supone que la casa es el lugar donde uno se siente más seguro... y donde más se muestra la vulnerabilidad contra el espectro.
- Entonces...
- No podemos dejar sola a Ana... —dijo Laura.
- Voy a buscarla.
- Nosotros vamos contigo —dijo David.
- Eso está claro... —respondió Ruth, dirigiéndose a la puerta -. Y vosotros dos —añadió señalando a Josan y Laura tras cruzar el umbral que daba al portal -. Vosotros tenéis que saber cómo deshacerse de Loli...
- Bueno... —intervino Josan -. Habría que hacer un...
- ¡Pues lo hacéis... pero me sacáis a esa tía lejos de mi amiga!
- Cualquiera se niega... —sonrió Josan, siguiendo a Ruth, junto con Laura y dos acompañantes a los que no podía ver, a la calle.
- Bueno, nosotros tres vamos con Ana ahora —dijo Ruth a Josan -. Vosotros... no sé... buscadme a un exorcista o algo...
- Juliana —dijo Laura a Josan, sin mirarle.
- Está en Londres... creo...
- ¿De verdad conocéis a una exorcista? —se sorprendió Ruth.
- Pues claro...
- Bueno... —dijo Ruth agitando las manos -, pues vosotros id a donde tengáis que ir, que nosotros tres vamos a cuidar... Raquel... ¿Pasa algo?
- David se giró y vio a su amiga, con la mirada perdida en el infinito.
- ¿Qué miras? —preguntó.

—Es ella... —señaló a una mujer que, con rostro triste, hablaba con una pareja.

—Es tu madre, ¿verdad?

—Sí... David... es ella...

—Sí... se te parece...

—Tengo... tengo que decirle... ¡Ruth! —se volvió hacia la médium, con lágrimas resbalando por sus transparentes mejillas—. Tienes que hablar con ella...

—Lo sé... Pero ahora Ana...

—Sí, sí... —respondió Raquel, volviendo a mirar a su madre—, y lo entiendo... mira... vamos a por ella... mientras tengo que decirte qué le tienes que decir a mi madre... ¿vale?

Ruth sonrió.

—Claro que sí.

Soltó una risita.

—Ahora mi vida parece una mezcla entre *Ghost* y *El sexto sentido*...

—Bueno... vamos... estamos perdiendo el tiempo... —agregó David sombríamente.

—David... —dijo Raquel tomando el brazo de su único y verdadero amigo.

—No, no digas nada... —respondió él—. No hace falta.

—Sabes que tengo que hacerlo.

Raquel posó sus dos manos en el brazo de David, los ojos mirándole llenos de tristeza.

El muchacho tomó las manos, y rodeó con sus brazos la cintura de Raquel, apretando su esencia contra la suya propia.

—Es por ella más que por mí...

—Raquel, no te preocupes por mí. Haremos lo que ha de hacerse...

—Pero...

—Pero nada... Tú te irás, y yo pronto iré contigo...

—¿De verdad?

—Claro... —sonrió David -. En cuanto acabe lo mío.

—Bueno —concedió Raquel, desembarazándose del abrazo de David -. Vamos... Ana nos espera...

David miró feliz a los ojos de Raquel.

—Te echaré de menos...

—No sabía nada de esta amiga tuya... —comentó Ana por lo bajo, mientras avanzaba junto a Ruth por las calles de Alcidia.

—Lo sé... —contestó Ruth, mintiendo -. No quise comentarte nada porque aún teníamos demasiado reciente lo de David.

—No me parece tan guapa —comentó Raquel, guiando a la comitiva -. Ni muy lista.

—Lo que te pasa es que tienes celos —bromeó David.

—¿Y de qué la conocías? —preguntó Ana.

—Del chat.

—¿Tú en un chat?

—Una vez que me dio por ahí...

—Es aquí —indicó Raquel al llegar al número 16 de la calle Mártires -. La puerta de abajo está siempre abierta.

—Es aquí —repitió Ruth, empujando el portón, que se abrió sin resistencia.

—El cuarto A —dijo Raquel.

Ana y Ruth entraron en silencio al ascensor, dejando fuera a Raquel y David, que aparecieron ante las dos amigas cuando el ascensor las llevó a la cuarta planta.

—¿Cómo hemos hecho eso? —preguntó David, a lo que Raquel respondió con el rostro serio, encogiéndose de hombros.

—Está bien —dijo Ruth a Ana, antes de llamar a la puerta -. Esta mujer ha pasado por una desgracia. Cree que su hija, la única razón de su vida, se ha suicidado. Pero yo dudo que lo hiciera, ¿vale?

Ana asintió, los grandes ojos oscuros brillándoles, agarrándose fuertemente la muñeca.

—Sí. Ya me lo has dicho.

Ruth llamó, la mano temblorosa, al timbre, mientras Raquel agarraba la mano de David.

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió. Al otro lado del umbral, una mujer de algo más de cuarenta años, el pelo oscuro y rizado, el rostro grave, la ropa oscura, miraba a las dos chicas que, vestidas de negro, una alta y rubia, la otra algo más baja, de cabello negro ondulado, la esperaban al otro lado.

—¿Sí? —preguntó la mujer.

—¿Juani? —contestó Ruth.

—Sí.

—Soy una amiga de Raquel...

—Cuando me enteré de... bueno... de lo que pasó... no podía creerlo —mentía Ruth dejando sobre el posavasos el vaso de agua que la madre de Raquel le ofreció.

—Sí, hija —asintió Juani, secándose las lágrimas—. Pues así fue...

—No la conocía mucho, pero me... no sé... ¿Está segura de que...?

—¡Sé un poco más delicada, si no te importa! —reprendió Raquel, llorando de pie junto a su madre.

—Yo lo vi con mis propios ojos, hija... Y aún así no puedo creer que ella... en fin...

—Sé que Raquel estaba enferma, y la soledad que sentía... Ella me lo contaba cuando hablábamos... Pero no...

—¿No qué? —preguntó Juani.

—No creo que se suicidara...

Se hizo el silencio en el salón de la casa de Raquel. Sólo se oía el murmullo de Ana jugueteando nerviosa con su muñequera.

—¿Por qué crees eso? —preguntó la mujer.

—Bueno... ¿Qué motivos tenía?

—La soledad, sobre todo desde que su padre y yo nos separamos. Su enfermedad, que le hacía difícil hacer amigos... Era

depresiva, esquizofrénica... siempre parecía estar asustada, tener miedo... -. Juani se llevó las manos a la cara mientras empezaba a llorar.

—¿Y qué razones tenía para seguir viviendo? —dijo Ana rompiendo su sepulcral silencio.

Todos los ojos, tanto vivos como muertos, se dirigieron a ella.

Al saberse observada, Ana se quitó la muñequera negra, mostrando los cortes en su piel.

—Yo intenté suicidarme. El hombre al que amaba murió. Mis padres eran unos extraños en cuya casa yo habitaba. Y sentía que todo mi mundo había acabado...

Ana miró a sus rodillas una fracción de segundo, para volver a mirar a la madre de Raquel.

—Pero entonces descubrí que debía seguir viviendo. Porque supe que mi muerte no arreglaría nada, pero traería más dolor aún. Hay gente que me quiere. Gente a la que no quería hacer sufrir. Gente que me necesita viva... No conocí a Raquel. Pero, si alguna vez usted sintió que su hija la quería, sólo eso debe bastarle para saber que ella vivía sólo por usted. Tampoco sé cómo murió. Pero, si tiene una mínima duda de que no buscaba su muerte, debe creer con todas sus fuerzas que quería seguir viviendo a su lado...

Ruth alzó la vista hacia donde se encontraba Juani. La veía llorosa. Y, tras ella, Raquel lloraba también. Incluso David parecía abatido. Tras sorprenderse al ver llorando a Ana, descubrió que también ella vertía lágrimas.

—Eso fue muy... intenso... —comentó Ana una vez volvieron a la calle.

—Sí, pero, ¿funcionará? —preguntó David.

—Ha funcionado —respondió Raquel.

—¿Por qué te paras? —preguntó Ana a Ruth.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó David.

—Tengo que llamar a Mata... El pobre estará preocupado.

—Ha funcionado... siento que ya me puedo ir. ¡Ruth...! Por favor. Iros... Me quiero despedir de David.

—¿Vamos a tomar un helado? —propuso Ruth.

—¡Vale! —respondió Ana.

—¿Dónde vamos?

—¡Al Viejo Monasterio! Llama a Carlos Mata y dile que venga con nosotras. ¡Yo invito!

—Allí os veré —dijo David.

David miraba tristemente a Raquel, que veía cómo se alejaban Ruth y Ana.

—Me gustaría darle las gracias a Ana. Y también a Ruth, claro... No le he dicho nada... qué mal...

—Entonces... te vas...

—Me voy, David —respondió, feliz, Raquel.

El chico apartó la triste mirada.

Pero notó las manos de Raquel tocar su cara, y hacerla girar hasta obligarle a dirigirle sus ojos azules.

Ella rebosaba felicidad.

—David, no estés triste, por favor...

—Pero te vas... Me quedo solo...

—No, no estás solo.

—Pero no podré tocar a ningún otro ser querido, Raquel...

Aumentando su sonrisa, como ignorando el pesar de David, la chiquilla, abrazó fuertemente a su amigo.

Él tenía ganas de romper a llorar como se estrellan las olas contra un acantilado en medio de una tormenta.

Ella pensaba que la tristeza era una mentira que nunca conoció.

—¿No piensas que tal vez pronto vengas conmigo?

—No, Raquel no... No sé qué tengo que hacer para irme de aquí...

—¿Aún no te has dado cuenta?

Raquel se separó de él. Sonriendo, la cabeza ladeada, brillando sus ojos verdes...

Más hermosa en su felicidad como nunca pensé verla...

—Tal vez esas pelotas amarillas te confunden... —dijo mientras volvía a abrazarle con fuerza y ternura.

—¿Qué... qué dices...?

—Gracias por hacerme...

David notaba que aquello que rodeaban sus brazos iba haciéndose cada vez más ligero... hasta que no quedó nada junto a él...

Sólo la voz que terminaba la última frase de Raquel...

... sentir viva...

“¿Viva?”, se preguntaba David.

“¿¡Viva!?”

Estaba muerta... no sólo estaba muerta, si no que, además, le había abandonado. Le había dejado, finalmente, sólo en ese valle de cenizas...

Y al final supo qué tenía que hacer él... pero no se lo dijo... ¿Y qué quiso decir con lo de las pelotas amarillas?

Todo era demasiado duro, confuso, extraño, inexplicable y doloroso ahora que ella se había ido de su lado...

David se dejó de caer con todo el peso de su alma sobre sus rodillas. Y el dolor de su espíritu al perder a la única persona que podía tocar se transformó en un alarido de desesperación que hirió el espíritu de algún vivo que no llegaría a oírle.

XLV

De nuevo solo, ¿eh...?

Aquella tarde, a ojos de David, Alcidia parecía habitada por más fantasmas que vivos. Dondequiera que mirara, bajo el duro sol del verano, sólo veía transparentes formas que un día vivieron... Despojos, vestigios de una vida que forma parte del pasado, sin poder, como él, encaminarse al futuro.

Ella sabía qué tenías que hacer, pero no te lo dijo...

Se sentía traicionado por Raquel... Él renunció a su única compañía y le proporcionó los medios para avanzar... mientras ella le condenaba a seguir encadenado a un mundo al que ya no pertenecía...

Y de nuevo sentía ese frío...

¿Para qué tu sacrificio...?

Mientras, en la heladería junto el Viejo Monasterio, Ana y Ruth se habían reunido con Mata, disfrutando, respectivamente, de un helado de stracciatella, de chocolate con nueces y de limón y naranja.

—¿Estás enfadado? —preguntó Ruth mientras Ana fingía concentrarse en los trozos de chocolate de su helado.

—No —contestó Mata secamente.

—Ha sido culpa mía —confesó Ana, llevándose un pequeño trozo a la boca, y permaneció en silencio hasta que se derritió -. Me sentía muy solita...

—No... si te entiendo... —respondió Mata, aunque no añadió nada más.

Ana, sin embargo, no tenía intención de soltar a Ruth mientras esa cosa siguiera en su casa. A pesar de disimularlo, estaba aterrada, y Ruth lo sabía.

Ruth le había pedido por favor a Ana que no le comentara nada su novio acerca de los extraños sucesos que se estaban desarrollando. Además, le pidió que no le comentara nada a Mata acerca de lo sucedido en casa de Raquel, ni de Raquel misma.

Eso no hizo más que aumentar la curiosidad de la chica al respecto.

—Vi a... Julio, hace un rato —comentó Mata, haciendo que tanto a Ruth como a Ana les diera un ligero ataque de tos al tragar.

—¿Estás seguro? —preguntó Ruth.

—Sí... bueno... me pareció que era él...

—Tenía que estar en el norte... —musitó Ana.

—Pues ahora está en el sur... —murmuró Mata mientras atacaba a la naranja.

—¿Qué coño hace aquí? —preguntó Ruth.

—No lo sé. No hablé con él -. Mata dirigió una mirada fugaz a Ana -. Nunca me gustó ese nota...

—Lo sé —respondió Ana, preocupada.

—Ya... —dejó caer Mata -. ¿Y qué habéis estado haciendo estos días?

—Nada lésbico —bromeó Ana -. Nada... cosas... charlar, beber, reír...

—Raquel ya se ha ido —escuchó Ruth la voz de David, la cual casi le provoca un atragantamiento.

Levantó la mirada y vio a su amigo junto a Ana, ocupando el asiento hasta entonces vacío.

—Ahora sí estoy solo.

David vio que Ruth le miraba negando con la cabeza, el ceño fruncido.

Ruth, por su parte, vio a Ana mirándola con una sonrisa.

—Creo que os dejo —dijo.

—¿Y eso? —preguntó Ruth.

—Digo yo que necesitaréis estar solos un rato, ¿no?

—¿Estás segura? —intervino Mata, sonriendo—. No nos molestas, ¿eh...?

—No, no... en serio —sonrió Ana—. Estaré bien. Me voy a casa... Mis padres deben sentir algo parecido a echarme de menos.

—Como quieras... —contestó Ruth—. ¿Estarás bien?

—No me separaré de ella —intervino David.

—Claro que sí —respondió Ana.

—Bueno... si me necesitas, para lo que sea, dame el toque.

—Que sí... —insistió Ana—. Voy a pagar y me voy a mi casa...

Cuando Ana abrió la puerta de su casa, David ya estaba allí, esperándola.

—¿Mamá? —llamó Ana, aun sabiendo que no recibiría respuesta.

—No están, nena —respondió David, aun sabiendo que no le escucharía.

—¿Estos dos se pasarán por aquí en algún momento?

David recordó entonces que Ana le dijo alguna vez que, cuando tenía miedo, hablaba sola.

Deseaba tanto decirle que no tenía por qué temer...

Aunque él también sentía el miedo.

Por eso se unió al sobresalto de su querida cuando unos nudillos golpearon la puerta.

—¿Q... quién es? —preguntó Ana.

—¿No tienes mirilla o qué? —respondió una voz al otro lado de la puerta.

—¿Julio? —preguntó Ana al reconocer la voz —¿Eres tú?

—No le abras, niña —dijo David.

—¿Por qué no abres y lo compruebas?

—Vete de aquí, Julio. No quiero verte.
—Vamos... Si he venido sólo para verte...
—Vete. O llamo a la policía.
—¿A la policía? —se extrañó David -. ¿Qué pasa?
—Anda... vamos... ábreme... ¿Qué pasa? ¿No te dejé contenta?
—¡Ana! —exclamó David -. ¿Qué dice este?
—¡Hijo de puta! —gritó Ana -. ¡Voy a llamar a la policía! ¡Voy a denunciarte!

—¿Por qué? ¿Por violarte? No seas idiota...

—¿Qué...?

David no podía dar crédito a lo que oía.

Notaba el frío desvanecerse de su alma, y verla reemplazada por un fuego casi demoníaco...

—Cabrón... —lloraba Ana.

—No puedes demostrarlo... —dijo Julio desde el otro lado de la puerta -. Es más... no recuerdo que te resistieras...

Eso fue demasiado.

Empujado por una ira como no conociera jamás, una ira que le poseía y decidía sus movimientos, David atravesó la puerta como si fuera aire, para encontrarse con el rostro sereno de Julio...

... alrededor de cuya cabeza orbitaban cuchicheantes esferas amarillas.

Igual que las que veía, cada cierto periodo, pasar ante sus propios ojos...

Mientras, en el interior de la casa, Ana logró sobreponerse al estremecimiento y reaccionar, y correr hacia el teléfono.

Sin embargo, antes de alcanzarlo, este salió despedido de la mesa para estrellarse contra la pared.

Demasiado asustada para gritar, sacó de su bolso el teléfono móvil, pero no acertó a marcar y, en lugar de eso, llamó al último número marcado... justo antes de notar una fría bofetada que la proyectó contra el suelo.

Mientras, fuera, David asomaba a la calle, a través de la maciza puerta, sin atreverse a tocar a Julio, mientras veía cómo las pelotas amarillas seguían dando vueltas, cuchicheando al oído de Julio, mientras las suyas propias le hacían lo mismo.

Tu cadáver aún estaba caliente...

... y ella se folló a este...

... ¿eso es lo que te amaba?

Pero sabía que no debía hacerles caso.

—Voy a quedarme aquí plantado —dijo David a alguien que no podía escucharle—. Y, si intentas pasar... te detendré.

En ese mismo momento, para mayor sorpresa de David, oyó cómo se retiraba el cierre de la puerta.

Se volvió, entrando en la casa, para ver a Loli, mirándole con una sonrisa, abrir la puerta...

Y agarrarle lanzándole con una fuerza descomunal, para permitir el paso de Julio.

—Vaya... —dijo con una sonrisa despreocupada al avanzar y encontrarse a Ana tirada, aturdida, en el suelo del salón.

—¿Qué te pasa, Julio? —preguntó Ana, aterrada—. Tú no eras así...

—¿Así cómo...?

—No, déjame... Aquí hay algo...

—Claro que hay algo... —susurró Julio acercándose a Ana.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó David clavando sus incorpóreas manos en la espalda de Julio.

En ese instante, Ana, aún más presa del pánico, no comprendía por qué Julio empezaba a contorsionarse. Ella, que se incorporaba y se dirigía a un rincón, no podía saber la corriente de algo como electricidad, sólo que de un frío glacial, atravesaba su cuerpo y su alma.

Mucho menos podía imaginar el dolor, no físico, que sentía David: como si partes de su propia alma estallasen en llamas.

Hasta que la materia de sus brazos alcanzaron tal nivel de presencia física, que salieron disparadas del cuerpo de Julio.

Mareado, al intentar incorporarse, Julio cayó de espaldas sobre el suelo, intentando levantarse, pero David, que tampoco estaba mucho mejor, hizo lo que pudo para sentarse a horcajadas sobre el vientre de su peor enemigo, intentando ignorar el dolor que le suponía, para empezar a golpearle con sus ya bastante tangibles puños.

Ana, por su parte, contemplaba la escena, cada vez más asustada, cada vez más confusa.

Hasta que empezó a ver algo.

Primero, una leve luz que golpeaba el rostro de Julio. Luego, una desdibujada niebla, una sombra sobre él...

David golpeaba a Julio sin cesar, poseído, reprimiendo además el dolor de las manos de su oponente, que golpeaban el aire sin saber, alcanzando el rostro de David, haciéndolo más tangible... y visible...

—David... —susurró Ana.

Podía verle... ¿era él en verdad?

“Estoy alucinando...”

—Te mataré hijo de puta... —repetía David.

Pero algo le detuvo.

Si el dolor de estar pegado a Julio afectaba a la parte aún intangible de su alma, cuando Loli le agarró por atrás notó otro dolor, el que afectaba a su parte tangible.

—Suéltale... —le dijo el espectro mientras le arrojaba por los aires.

Él, sin embargo, la ignoró, y volvió a arremeter contra el maltrecho Julio, agarrándole fuertemente para evitar que, de nuevo, Loli le proyectara.

—Suéltale... —repetía Loli.

Sin embargo, David la ignoraba todo cuanto le era posible. A pesar de su tenebrosa voz. A pesar de su doloroso tacto, tan diferente del de Raquel...

Pero ese contacto hizo que a la cada vez más confusa espectadora acabase viendo no ya una, si no dos formas forcejeando

sobre el suelo. Hasta que Loli consiguió hacer que David soltara a Julio, que yacía inconsciente sobre el suelo.

Pero David se zafó, encarando a la forma envuelta en negras nubes que era Loli.

—¡Ana! —gritó Ruth entrando por la puerta abierta.

—¡Coño! —exclamó Mata al contemplar la escena -. ¡David!

—¿Mata?! —respondió David, con la voz temblorosa -. ¿Mata?!

Al comprender que Mata podía verle, dirigió la mirada a Ana.

Allí, encogida en un rincón, ella le observaba, los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas, la barbilla temblando.

—¿Ana...? —preguntó tendiendo la mano hacia ella, avanzando -. Mi niña...

—David...

Pero, en ese momento, la forma apenas visible de Loli arremetió contra David, lanzándolo contra la pared, causándole un dolor físico que apenas recordaba.

—Loli... ¿por qué haces esto? —preguntó David.

—¡Abuela! —gritó Ruth.

El silencio se apoderó del salón.

—¿"Abuela"? —repitió Ana.

Loli se volvió a mirar a Ruth, con unos ojos que asomaban entre la vorágine de nubes que la rodeaban.

—Así que eres tú... —dijo el espectro.

—¿Por qué haces esto? —lloraba Ruth.

—Esa niña es fruto de nuestra desgracia.

—Pero ella no tiene la culpa.

—Puede que no... pero pagará los pecados de su abuelo.

—No te lo permitiré... —intervino David poniéndose ante ella.

—Entonces te destrozaré poco a poco, Niño Guapo... Pero sabes que no podrás detenerme siempre.

—¡Quieta! —se oyó ordenar una voz en la puerta.

“¿Quién viene ahora?”, se preguntó Ana al ver entrar por la puerta a dos mujeres, una mayor, la que dio la orden, y otra más joven, acompañados de un hombre de unos treinta.

Ruth y David reconocieron a estos dos últimos, mas no a la mujer, bajita, de unos cincuenta años, vestida con unos vaqueros y una blusa blanca que les acompañaba.

Y, a pesar de la sorpresa general, Loli se detuvo.

La recién llegada, cuya imponente presencia era algo que escapaba a la lógica viendo sus reducidas proporciones, se pasó la mano por su lacio cabello castaño, respirando aceleradamente.

Su cara regordeta estaba adornada con una sonrisa amable.

—No es a ella a quien buscas —dijo.

—¿Tú qué sabes?

—Sé... —respondió—. Sé que a quien buscas es a su abuelo. Y él no está aquí.

—Déjame... no me importa... —alegó Loli.

—Su abuelo fue quien te arruinó la vida... Y sé dónde puedes encontrarle...

Loli giró la cabeza, prestando renovada atención a la extraña.

—Ve al almacén en que murió. Allí sigue. Y allí le encontrarás.

—Si no está ahí... —dijo Loli, y señaló a Ana —... volveré a por ella.

—Eso no será necesario —respondió la mujer.

Loli sonrió. Y se esfumó.

En ese momento, el mismo ambiente parecía destensar sus músculos y volver a respirar.

—David...

La voz de Ana fue lo primero que se escuchó, y todos dirigieron la mirada a la forma que, poco a poco, desaparecía.

—Bueno... —dijo Mata, intentando recuperar el control de sí mismo, mirando a los tres extraños—. Ahora lo que pega es que alguien me explique lo que ha pasado...

La policía llegó momentos después. Cuando Josan y Laura llamaron a sus contactos en el cuerpo, se dedicaron a llevarse a Julio a espera de que Ana presentara una denuncia contra él, y, por supuesto, ignoraron todo lo referente a fantasmas y espectros.

—Y bueno, Antonio, ¿todo bien entonces? —preguntó Josan una vez su amigo salió al porche.

—Sí... Esta vez ha sido fácil —respondió el policía con una sonrisa -. Espero que este tío acabe a la sombra. Por lo demás, veo que Juliana se ha encargado de lo peor...

El fantasmatólogo sonrió.

—Siempre lo hace.

—¿Quién es esa Juliana? —preguntó Ruth, abrazando a Ana.

—Soy yo —dijo la aludida -. Perdón por no haberme presentado.

—Es Juliana —presentó Laura -. Psicóloga, psicoexorcista y amiga.

—¿Psicóloga y psicoexorcista? —preguntó Ana.

—Sí —respondió ella con una sonrisa —... no tiene que ver nada una cosa con la otra... pero así es.

—Tenéis trabajos muy raros... —susurró Ruth.

—Bueno... —intervino Antonio -. Alguien va a tener que declarar... ¿Te importa que empecemos contigo? —preguntó a Mata.

—Está bien.

—Nosotros tres creo que nos vamos a ir yendo —dijo Josan -. Y bueno... si necesitáis lo que sea... sólo dadme el toque —dijo a las dos amigas.

—Está bien —asintió Ruth.

—Muchas gracias por todo —dijo Ana con una sonrisa.

—De nada —respondió Josan a la sonrisa de Ana -. Pronto nos veremos. Supongo que hay muchas cosas de las que tenemos que hablar aún.

—Claro...

—Cuidaos...

Cuando Ana y Ruth se quedaron solas, sentadas en los peldaños que daban a la puerta, la chica rubia dio un beso en la frente a su amiga.

—¿Estás bien?

—Sí... no sé... Me encuentro rara... ¿Sigue él aquí?

—¿David?

Ruth sonrió, levantó la mirada, y respiró hondo.

—No —respondió—. Ya se ha ido.

—Ah—. Ana estaba claramente decepcionada.

—Tenía algo que hacer. Tenía que protegerte. Una vez lo comprendió, y lo cumplió, se hizo merecedor de su libertad.

—Pero... no sé... quería decirle algo antes de que se fuera... del todo... Y no esperaba que fuera tan pronto.

—Estoy segura de que lo sabrá... No sé cómo, pero lo sabrá.

Ana sonrió.

—¿Sabes por qué no me suicidé?

—Claro... Por nosotros, ¿no? Se lo dijiste a la madre de Raquel.

Ana sonrió aún más.

—No sólo por eso... Verás... sabes que, una semana antes de morir, David y yo nos acostamos, ¿verdad?

—Sí...

Ana se levantó la camiseta, dejando al descubierto su vientre.

—Antes de irse, nos dejó un recuerdo...

Epílogo

No tengas miedo.

Todo saldrá bien.

Confía en mí...

Las palabras de Manolo resonaban en la cabeza de Luisa minutos después, cuando ya se encontraban sobre el escenario. Las manos habían dejado de temblarle, pero no así las piernas.

—¿Hola? —preguntó Mata a través del micrófono—. ¿Se me oye? Sí, ¿no?

—¡Mata, tío bueno! —se escuchó a Ana entre el público.

—Bueno, vale... —concedió Mata—. Antes que nada, quiero presentaros a nuestra nueva guitarra rítmica... por favor... ¡un fuerte aplauso para nuestra pequeña Luisa!

El reducido público jaleó, vitoreó, aplaudió y saludó entusiasmado a Luisa, cuya confianza en sí misma iba poco a poco en aumento.

—Quiero darle las gracias por ocupar un hueco en nuestra formación —continuó Mata—. Un hueco que, en cambio, sigue en nuestras almas. Y no me pega ahora ponerme sentimental, pero quiero dedicarle esta actuación al que hasta hace poco era nuestro guitarra rítmica, y, siempre, amigo, compañero y hermano. El verdadero ángel por el que lloramos.

>> David, niño, estés donde estés, esto va para ti...

Luisa y Manolo, con la acústica y la Stratocaster respectivamente, empezaron con los primeros acordes y notas de esa canción.

No podía ser otra.

Cuando Mata comenzó a cantar *Watching over me*, noté que los vellos se me erizaban. Y que casi sentía ganas de llorar.

A pesar de estar muerto...

Así es. Aquí permanecí, a pesar de que le pedí a Ruth que le mintiera a Ana.

Porque, después de todo, es la única forma que tenía de seguir su propia vida.

Pero aún tenía que cuidar de ella. De ella y de nuestro hijo.

Para cuando Ana dijo a sus padres que estaba embarazada, ya tenía hecha la maleta. No es que esperara que la fueran a echar, aunque esa idea nunca fue totalmente descartada. Pero tenía claro que no quería que su hijo creciera en ese ambiente. Además, los padres de Ruth siempre la apreciaron, e insistieron en que se quedara con ellos hasta que quisiera.

Pero no salieron las cosas así. Cuando fue a ver a mis padres para pedirle permiso para que nuestro hijo llevara mis apellidos, no la dejaron salir hasta que les prometiera que se quedaría con ellos. En mi casa. Con mi familia.

No recuerdo haberme sentido nunca tan orgulloso de ellos.

Todos nuestros amigos insistían en que mi hijo debería llamarse como alguno de nuestros ídolos. Pero, cuando supimos que esperábamos una hija, el nombre estaba, para Ana, más que claro...

Layla...

Layla nació ocho meses y pico después de mi muerte. Una niña sana, hermosa como su madre, con los ojos de su padre.

Creció feliz, con su madre, sus tías y abuelos, con los amigos de sus padres, que le enseñaron a dominar el instrumento que amó su papá, ese al que ella nunca conoció, pero que nunca se apartó de su lado.

Se hizo periodista y se acabó uniendo a, como no, un músico. Y tuvo una hija. Sheela.

Mis padres y hermanas vivieron muy felices ayudando a Ana a criar a Layla.

Papá y mamá vivieron hasta una edad muy avanzada, dejando el negocio a Paloma, que se casó tres años después de mi muerte, dándome cinco sobrinos guapos como ellos solos.

Sonia, por su parte, no llegó a casarse, puesto que no encontró a ningún hombre al que pudiera aguantar demasiado tiempo. Aunque se dedicó en cuerpo y alma a sus seis sobrinos, de los que decía con una sonrisa, ya le eran más que suficiente.

Mis angelitos llorones hicieron que me sintiera orgulloso. Permanecieron juntos y sin más cambios en su formación. Su carrera duró más de treinta años. Y, aunque nunca llegaron a llenar un estadio, sí recorrieron toda Europa y parte de Asia y América, de concierto en concierto, de festival en festival, llevándome en el recuerdo.

Ruth y Mata se casaron nueve años después de mi muerte, y tuvieron dos críos más guapos que su madre. Manolo y Luisa hicieron lo propio, aunque se separaron antes de tener descendencia, y siguieron llevándose bien.

Paco y Ricardo tuvieron vidas más acordes con su profesión, no sentando la cabeza... bueno... hasta bastante superados los cuarenta...

Ana tampoco se casó. Ni tan siquiera volvió a enamorarse.

A pesar de que le hice pensar que la había abandonado para que así pudiera continuar su vida, ella se dedicó más a su Layla y a su carrera. Tras dar a luz terminó el bachillerato de arte, y empezó a estudiar el módulo que yo quería.

Curioso, ¿verdad?

Así siguió unida al grupo, trabajando con ellos, tanto en lo técnico como en todo lo referente a diseño, así como con otros grupos, en la discográfica que acabaron fundando, *Dragón Rojo*.

Sin embargo, le detectaron un tumor en el cerebro cuando estaba ya muy avanzado. El primer mal contra el que no pude protegerla. Luchó contra él como la guerrera nata que era, mas no bastó.

Tras una vida breve, pero intensa y productiva, Ana acabó sus días en una cama de hospital, rodeada de sus seres queridos.

—Bueno —le decía a Layla cuando, solas las dos, ella veía cercana la hora de partir—. Ahora, al menos, me reuniré con tu padre.

—Dale un beso de mi parte —dijo mi hija con una sonrisa y una lágrima.

—Claro... David... —. Sonrió —. Ojalá pudiera ver cómo es su hija...

—Creo que puede verme...

—Sí... a veces era como si no se hubiera ido...

Ana inspiró profundamente.

—Layla... Cuida de Sheela...

—Lo haré, mamá —se despidió Layla.

Pero su madre no respondió.

Llorando, Layla ignoró a los instrumentos que le decían que su madre ya no estaba ahí, y besó sus mejillas, saliendo de la habitación.

Pero Ana abrió los ojos, levantándose de su cuerpo inerte, mirando a su alrededor.

—Así que así es cuando todo se acaba.

—¿De verdad crees que así es como acaba todo? —escuchó una voz entre las sombras.

Una voz que ella conocía muy bien...

Una voz que la hacía reír y llorar...

—Hola, mi niña... —saludé.

—David... —dijo Ana, sonriendo, justo antes de cubrirse los ojos—. No me mires, por favor... Estoy horrible.

—No digas eso, niña... Hemos envejecido juntos, sólo que yo no he podido cambiar contigo.

Avancé y me acerqué a Ana, apartando las manos de su rostro.

—Eres tan hermosa... Y te quiero tanto...

—Sólo soy una vieja...

—Mira... si eso te hace sentirte mejor...

Acaricié el rostro de Ana, y ella notó, cerrando los ojos, como si su piel recuperara la suavidad de años pasados, su cabello volvía a crecer, negro, en anillos que alcanzaban la mitad de su espalda... Las manos volvían a ser fuertes aunque suaves, los pechos recuperaban firmeza, la cintura volvía a estrecharse, y, en lugar del pijama del hospital, Ana veía que, sobre su apariencia de nuevo adolescente, lucía el vestido que llevaba la última vez que me vio con vida.

—Mírame... vuelvo a ser como antes... —dijo ella sonriendo.

—Yo nunca te he visto de otra manera...

—¿Y es así como permaneceré toda la eternidad?

—No, Ana... Tú vas a un lugar donde no hay apariencia. Donde sólo el alma importa.

—Entonces... ¿ya podemos irnos?

—Tú sí. No has dejado nada por hacer.

—Pero... David... ¿Tú no? Pensaba... que tenías que cuidar de mí.

—Sí... pero aún me queda algo por hacer. No tardaré mucho.

—¿Me lo prometes?

Sonreí.

—Al lugar donde vas estarás por toda la eternidad... Y mil años te parecerán un abrir y cerrar de ojos.

Los ojos de Ana me miraron, de nuevo, con lágrimas, y se abalanzó contra mi pecho, llorando.

—¡David! Siempre supe que estabas ahí... No sé cómo explicarlo... Ruth me dijo que te habías ido para siempre... pero yo... Te notaba... Tu... no sé... Tu voz, tu calor... Y tu olor... siempre tu olor... Ese olor a libro viejo que me hacía llorar cuando iba a la librería...

Ana y yo nos abrazamos como no nos abrazamos nunca antes, sin piel, carne o hueso que entorpecieran el contacto de nuestros espíritus.

—Te amo... —me dijo, por primera vez, Ana.

—Te amo... —respondí.

—Nos vemos pronto, ¿verdad?

—Muy pronto.

—Te estoy esperando... —dijo Ana mientras su espíritu se descomponía en luz.

En ese momento, Layla entraba en la habitación, tomando de la mano a la pequeña Sheela, que aún tenía cinco años.

—Aquí está, Sheela. La abuela. ¿De verdad quieres decirle adiós?

—Sí... —contestó la niña, fuerte como su madre y su abuela, con los ojos rojos de llorar.

La niña se acercó al cuerpo de Ana, besando su mejilla.

—Adiós, abuela. Te quiero.

Se me hizo un nudo en el corazón.

—¿Por qué nos ha dejado? —preguntó a su madre.

—Sheela... llegó su momento.

—Ya no cuidará de mí.

—No te preocupes por eso. Ella nunca te dejaría sola.

—¿Y de verdad estará mejor?

—Claro... ahora está con tu abuelo David.

Sheela volvió a mirar al cuerpo de Ana, mientras el equipo del hospital esperaba en el umbral.

—Entonces ahora está bien —sentenció Sheela.

Y le dio un último beso a su abuela.

Yo me arrodillé tras ella, rodeando su cuerpo con mis brazos, y besándole la cabeza.

Ella mostró signos de notar un reconfortante calor proveniente de su nuevo Ángel de la Guarda.

—No te preocupes, Sheela —susurré a su oído—. Tu abuelo ahora cuida de ti...

FIN

San Fernando,
martes, 13 de junio de 2006

Agradecimientos

Ana y yo me abastamos. Como no nos abastamos nunca
antes, en paz, como si fuéramos los dueños del mundo de
nuestro espíritu.

¿Abastamos? — dice ella por primera vez, Ana.

— ¡Abastamos de la vida!

— Nos vamos por la vida?

— Muy pronto.

— Te voy esperando... — dice Ana mirando en el espejo y des-
componiéndose en él.

En ese momento, la vida normal se le hunde en el fondo de
la mente a la pequeña Sílvia, que vive en la encierro.

— ¡Ay, esta Sílvia! La abuela. ¿De verdad quieres irte con ella?

— Sí... — responde la niña, fuerte como un padre — en abuela, con
los ojos rojos de llorar.

La niña se acerca al cuerpo de Ana, besando su pecho.

— ¡Ay, abuela! Te quiero.

— Me gusta de verdad en el corazón.

— ¿Por qué nos ha de gustar — pregunta a su madre.

— Sílvia... luego se me olvidará.

— Ya me olvidas de mí.

— No te preocupes por eso. Ella quiere te dejes todo.

— ¿Y de verdad quieres irte?

— Claro... ahora está con su abuela. Deval.

Sílvia volvió a mirar al cuerpo de Ana, mirando el cuerpo del
hospital vestido en el espejo.

— ¿Entonces ahora está bien? — preguntó Sílvia.

— Se dio un último beso a su abuela.

Yo me acerqué a ella, rodeando su cuerpo con mis brazos
y besándole la cabeza.

Ella besó mis labios de nuevo, un momento más y ella pro-
curó de su cuerpo / local de la Guardia.

— No te preocupes, Sílvia — respondió a su abuela —. Ya abuela
ahora cuida de ti.

Agradecimientos

Dicen por ahí que escribir una novela es una actividad solitaria, pero en este caso no habría podido salir adelante sin la ayuda de mucha gente.

Antes que a nadie tengo que darle las gracias a mi gran amiga Anabel, ya que sin su empuje (a veces literal) esta novela nunca habría pasado del segundo capítulo. A Marta, por supuesto, por creer más en mí que nadie (más que yo, especialmente), y por esa portada tan guapa que hizo. A mamá, por decirme cada tres días “¿Qué vas a hacer con el libro?” desde que lo terminé. A Antonio Rodríguez Cano, gran artista, mejor persona, por su salvaje apoyo a la campaña de crowdfunding, por sus acuarelas y por sus montajes. ¡Leed su webcómic *Ibosim!* A Medusa Dollmaker (gran artista, mejor persona) por regalarme los marcapáginas para el sorteo. A Adrià de Verkami y a Rocío Martínez de Círculo Rojo, por su paciencia infinita aclarándome TODAS las dudas que se me iban ocurriendo. A Toni Romero, alias ToniFerro, (gran artista, mejor persona, también), por las dos ilustraciones guapísimas que se sacó por la cara y que podéis ver en su perfil de Subcultura.es. ¡Vedlas!

A Javichu y a David, porque os echo mucho de menos.

A ti, seas quien seas, por llegar hasta aquí.

Esta novela no habría sido posible sin la ayuda de los siguientes amigos:

@mteria, Alberto Canet, Arkaitz, Cano, Carlos Beck, Carlos Benedito, Carme Alsina, Carmen Rodríguez Cano, Carmen Rubio Garcia, Ceci y Rafa, Concha González, Chris G. Represa, Dani de Castro, David Prieto (Valerian), Efraín Pérez, Elena, Encarna Tacón, Enerio, Faisas, Familia Prada-Garrido, Francisco, Fuznetika, Javier Arance López, Javi Moreno, JC Claveria, Jeral, Jorge González González, Jose María de Matos, Lestat de Lioncourt 80, Lewis, Luis Celaa, M. Carmen de Matos, Maleni Rodríguez Cano, Marc Quintans, Mari Manzanera, María Eijo 'Nullien', Marta Castellà, Marta Mesas, Mercedes Arnal, Merche Manzanera, Merche Pérez, Minaya, Mj Carrillo, Naruedyoh, Nixarim, Oscar Eduardo Chaparro Blancas, Paco Serrador, Pilar de Matos, R Surroca, Raxar, Rebeca y Conrado, Rocío, Sabrina Cámara, Sandra Manzanera, Sergio Gallardo, Sheila Marco, Sheila Roitman, Sofía Gracia, Sonia López, Toni Romero, Vimes, Xulia, Zelloss.

Gracias a todos.

Índice

Nota	9	XVI.....	73	XXXII.....	145
I.....	11	XVII.....	77	XXXIII.....	149
II.....	15	XVIII.....	82	XXXIV.....	155
III.....	19	XIX.....	87	XXXV.....	160
IV.....	22	XX.....	92	XXXVI.....	165
V.....	25	XXI.....	95	XXXVII.....	168
VI.....	30	XXII.....	100	XXXVIII.....	172
VII.....	34	XXIII.....	104	XXXIX.....	176
VIII.....	37	XXIV.....	109	XL.....	180
IX.....	40	XXV.....	114	XLI.....	184
X.....	44	XXVI.....	118	XLII.....	202
XI.....	50	XXVII.....	123	XLIII.....	216
XII.....	54	XXVIII.....	127	XLIV.....	229
XIII.....	57	XXIX.....	131	XLV.....	244
XIV.....	60	XXX.....	135	Epílogo.....	255
XV.....	66	XXXI.....	140	Agradecimientos..	263



Editorial Círculo Rojo celebra una gala anual para entregar sus prestigiosos galardones a los libros más destacados de su catálogo. Estos premios tienen un gran peso en el panorama literario español, y participan todos los autores que han publicado bajo nuestro sello. Por nuestra alfombra roja de las letras desfilan personalidades del mundo de la cultura de nuestro país.



*"Para viajar lejos,
no hay mejor nave que un libro."*

(Emily Dickinson)



@editorialcircularojo
www.editorialcircularojo.com

AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401851223

David es un chaval de 19 años como podría ser otro cualquiera. Tiene sus amigos, su chica, sus proyectos de futuro, su grupo de música y su trabajito. Pero todo eso acaba la noche en la que muere.

Todo acaba... pero otro mundo empieza para él.

David ahora es un espíritu errante atrapado en el mundo de los vivos, buscando la forma de dar el paso al más allá, sin tener del todo claro que eso sea lo que quiere hacer. Seremos testigos de cómo sus seres queridos tratan de continuar sus vidas sin él, a la vez que vamos viviendo sus últimos meses con vida mientras él mismo nos cuenta su historia.



Círculo Rojo
EDITORIAL

ISBN 978-849175746-1



9

788491

757461

Ayuntamiento de Madrid